

ANTI LIADOS

El desafío de Henry



Slow Death  4

El desafío de Henry

Slow Death 4

ANTILIADOS

©Antiliados 2017

Título original: El desafío de Henry

Reservados todos los derechos. No se admite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier modo, sea este mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor.

Quiero dar las gracias a todas las *lokitas/os*: Arantxa, Talía, Juanise, Giuli, Eli, Ela, Vanesa, Gema, Marta, Ingrid, Marian, Daya, Ana, Angie, Astrid, Irene, Laura, Lidia, Lena, Lig, Mariela, Marilyn, Mica, Mj, Frances, Ceci, Sara, Vilu, Majo, Mary, Myriam, Paula, Ruth, Sandra, Sira, Tanisha, Vilu, Zuri, Jos...

Y a tantas más, que comprenden esta gran familia de locas adorables. Es posible que me quede pendiente de nombrar a muchas, lo lamento, jamás imaginé que fuéramos a ser tantas las *lokas*. No obstante, os tengo presentes, siempre.

A mi familia, por animarme y acompañarme en esta aventura, dándome ánimos en cada momento del proceso.
A mi musa, Eva, los kilómetros nos separan, pero las letras siempre nos unirán en el tiempo.

Al grupo de Facebook Las lokitas de Antiliados, sois los mejores compañeros de viaje que una escritora podría pedir. Me ayudáis con cualquier duda y me animáis en los momentos que más lo preciso.

Scarlett, ¿acaso pensabas que no te mencionaría? ¡Ay, qué cosas tienes...! Gracias por el apoyo continuo, las charlas hasta las mil, las confidencias, los consejos, y, sobre todo, por ser tú.

Y, por último, a mi salvadora Alejandra, eres un cielo de niña, te tendría que dar mil agradecimientos y me faltarían páginas para escribirlos.

A todos, gracias.

El desafío de Henry

1. Tour manager

2. Rockstar

3. Contra la espada y la pared

4. Sospecha

5. Guatemala

6. Descontrol

7. Dilema

8. ¡Viva Las Vegas!

9. ¡Dos!

10. No puede ser

11. Lagunas

12. Golpe bajo

13. El acuerdo

14. Trece

15. La falta

16. Buenos Aires

17. San Fernando

18. Todo

19. Monumental

20. Resaca

21. Rumores

22. Time

23. Sucesos

24. Annie

25. Aprendiz

26. Papá

27. Vida

Epilogo

Sinopsis

Henry Strom, batería del grupo Slow Death, alegre, bromista, siempre con una sonrisa en el rostro, ha visto como sus compañeros han ido cayendo en las garras del amor, uno tras otro. Pero él se niega a cambiar su estilo de vida desenfadada. El *rock*, las fiestas y el sexo van de la mano según él. Y no piensa perder eso. Verse envuelto en una relación seria y que todo se convierta en algo aburrido y monótono no le interesa.

Todas las personas se marcan objetivos en la vida. Proyectos a corto, medio y a largo plazo. Dicen que tienen un desafío ante ellos cuando pretenden lograr el éxito en un tema determinado. Pero ¿qué sucede cuando lo que se pretende superar está en nuestro interior, en nuestro pasado?

Una mujer entrará en su vida con ansias de conocer qué esconde este alocado roquero con aires de *hipster*. Un tira y afloja peligroso en el que no se sabe quién ganará, ya que lo que para algunos es el mayor regalo del mundo, para otros es la muerte de su libertad.

1. Tour manager

Londres, Heathrow.

ADABELLA

Me quiero morir. Llevo como una hora esperando el turno para poder facturar las maletas, y el culpable de este retraso es el nuevo ayudante de mi padre, que en vez de reservarme un billete en *business*, como siempre, lo ha hecho en turista.

Hace unos días, se puso en contacto conmigo Dana Tuner, la reportera que tiene en el punto de mira a Slow Death, para advertirme e intentar sonsacarme algo sobre ellos. Cuando atendí la llamada, procuré ser lo más correcta posible mientras mantenía la charla con ella, pero me vi en la obligación de informar a los componentes de lo que me había dicho.

Ahora, recuerdo que me permití sonreír un instante al comprobar que el ensayo previo al concierto en Múnich estaba yendo sobre ruedas. Antes de comenzar a trabajar oficialmente como su *tour manager*, les estuve observando durante el concierto anterior, en Londres. Tuvieron una actuación pésima, aunque, según parece, toda la culpa fue del equipo técnico que tenían en ese momento. Sin embargo, en la ciudad alemana se notó la presencia de Mike en el *backstage*. Gracias a él, los empleados acataban sus órdenes con inmediatez y todo terminó bien, pese a que creo que el grupo telonero no les agrada demasiado.

Tras la actuación, llamé a la puerta de Magister, pero no obtuve respuesta alguna. En el siguiente camerino, los sonidos que se escuchaban a través de la de Max Foster me hicieron dar media vuelta. Tampoco encontré a John por ningún sitio, y, antes de seguir mi propósito, uno de los chicos de sonido me comentó que Alex y su novia se habían marchado con el hijo de este.

Puse los ojos en blanco al verme obligada a hablar con él. Me exaspera su

falta de madurez, pero, como soy una profesional, intenté olvidarme de las veces en las que me ha hecho perder la compostura y, después de escuchar su escueto «pasa», entré.

Miré a mi alrededor y no lo vi por ningún lado. Pensé que estaría cambiándose en el baño. Entonces, aproveché para revisar las baquetas que tenía encima de una mesa y recordé que aún guardaba en mi poder una que le quité hace unos meses en una rueda de prensa. ¡Y es que tuve que hacerlo! El muy loco iba a darle a un reportero con ella en la cabeza.

Fruncí el ceño al ver que el resto de la superficie estaba ocupada con productos de cosmética. ¡Si tiene más que yo! Escuché un carraspeo a mi espalda y me alejé de sus pertenencias, dándome la vuelta.

—¿Me echabas de menos, Bella? —dijo, acercándose con una media sonrisa en su rostro, con tan solo una toalla alrededor de la cintura.

—¿Quieres taparte?! ¡Y no me llames «Bella»! —grité, dando un paso atrás. Tenía el cuerpo cubierto de tatuajes, tal y como era de esperar. No obstante, no me imaginé que le fueran a quedar de esa manera tan... sexi. Los músculos de los abdominales se le marcaban a la perfección, y no puedo evitar pasarme la lengua entre los labios al recordararlo, sus bíceps, ¡ay, sus brazos...!

Me abanico con la mano al recordar su espléndida anatomía.

—Estoy tapado, notarías el cambio si dejas caer... —Hizo un gesto con la mano como si fuera a retirar la toalla.

—¡No lo hagas! —Le sujeté de la muñeca en un acto reflejo y levanté la mirada. La incomodidad del momento y lo inapropiado de mis pensamientos se apoderaron de mí. Me alejé como un resorte—. Comportate como un adulto, por Dios...

Mi comentario pareció hacerle gracia.

—A ver, dime, si no has venido a aprovecharte de mi cuerpo... —«¡Este hombre es imposible!»—. ¿Para qué entonces?

—Dana me ha llamado. Ha resurgido gracias a la exclusiva de Max —le informé.

—Continúa. —Se cruzó de brazos y, al ver que tardé en responderle, quizás un microsegundo más de la cuenta, me dijo—: Eso ya lo habíamos imaginado, esa mujer no se rinde con facilidad.

—Está indagando en el pasado de todos. Preciso que me digáis si hay algo que deba saber para que no salpique al grupo durante la gira.

—Entre Adam y el embarazo, Alex y su divorcio, y lo de Max, ¿no tienen suficiente para un especial de cuatro años?

—No me has contestado. —Puse los brazos en jarra al darme cuenta de que esquivaba el tema.

—Me voy a vestir. ¿Quieres quedarte a mirar cómo lo hago, Bella? —Hizo el amago de retirar la pieza de felpa que le cubría, consiguiendo que mi corazón se acelerase más de lo normal.

—¡Que no me llames así! ¡Mi nombre es Adabella! —Salí dando un portazo.

Ese fue el último encuentro que tuve con Henry, y todavía sigo preguntándome: «¿Qué diablos me sucede para que, cada ocasión que tiene, me haga rabiar de esa manera tan infantil? Y lo peor, ¿por qué me afecta tanto?».

Vuelvo en sí debido al ruido que están haciendo a mi alrededor. Delante hay una familia con tres niños que no dejan de moverse, inquietos, de un lado a otro, corretean y se quejan a cada rato. Detrás, un grupo de chicos, que han estado preguntándome el motivo de mi viaje y cosas que tampoco vienen a

cuento en repetidas ocasiones y que, además, no dejan de hablar entre risas. Cierro los ojos e inspiro con calma. «Todo saldrá bien, todo saldrá bien», me repito para serenarme.

Hace unos meses le solicité a mi padre tener más peso en la discográfica; no obstante, nunca me imaginé que me daría este tipo de labores. Cuando terminé la carrera, pensaba que podría ponerme al frente de ella en un futuro, pero he tenido que demostrar en más de una ocasión que era digna de tal desempeño. Y, al parecer, aún lo sigo haciendo.

Comencé como secretaria, organizando los eventos, fechas y reuniones de uno de nuestros directivos.

Mala época, mejor sáltate varios años.

Cierto, no fui muy lista en aquel momento. Ahí fue cuando descubrí, sin la ayuda de nadie, lo hipócritas y falsas que son las personas de este gremio. Balances, resultados,... Todo se resume en una única cosa, dinero.

Años más tarde, me otorgó la posibilidad de encargarme de la producción de los discos que salían al mercado. Mi gran pasión es la música, es algo que llevo en la sangre; sin embargo, el desencanto de formar parte de todo el proceso ha hecho mella en mí.

A menudo las compañías discográficas firman contratos con artistas de varios géneros musicales; y la nuestra, bueno, para ser más precisos, la de papá, no es distinta a las demás. Tenemos de todo tipo, pero Slow Death es la joya de la corona. Mi padre los mimaba y consiente a partes iguales.

Si quieren cambiar la fecha de una gira internacional, no hay problema. Que la mujer de un componente va a ser la nueva fotógrafa oficial de dicha gira, hecho. Que los hijos van a acompañarlos...

No me la digas, esta me la sé.

Quizá debí marcharme ayer en el avión privado, como hicieron todos, pero

decidí aceptar el encuentro con Dana e indagar un poco más sobre lo que, supuestamente, está investigando. La cita fue una pérdida de tiempo, no soltó prenda. Y mi curiosidad va en aumento, que es lo peor. No puedo permitir que salte un escándalo nuevo sobre ellos, el último ha creado demasiada controversia en medio mundo.

¡Al fin nos movemos! Retiro del bolso el pasaporte, compruebo, una vez más, el tiempo que me queda para poder embarcar e intento meter prisa a la chica del mostrador que debe ser nueva. Me dan ganas de pegar un grito a la desesperada cuando me doy cuenta de que en la cola del mostrador de al lado hay un matrimonio que me suena de algo.

—Señores Fuller, ¿qué hacen aquí? —cuestiono con tono elevado. Ante mi sorpresa, la pareja se gira.

La madre de Adam sonrío y su mirada brilla de una manera un tanto peculiar al posar sus ojos en mí. El señor Fuller, a su vez, frunce el ceño, un gesto que me recuerda mucho a Adam, tienen un parecido asombroso.

—Disculpe, ¿nos conocemos? —me pregunta, es la primera vez que coincidimos en persona. Les conozco por los tabloides y porque, en mi cruzada personal, he investigado sobre la vida de los chicos del grupo estas últimas semanas.

—Perdónenme, me presento... —Extiendo la mano, olvidándome por un rato de la ineptitud de la auxiliar que tengo enfrente—. Soy Adabella O'Connell, la nueva *tour manager* de Slow Death.

—Charles... —le susurra Martha a su marido, dándole un pequeño codazo en la cintura que me hace un poco de gracia—, es la chica de Henry.

¡¿Qué?! ¿La chica de quién?

Mi cara debe de ser un poema por cómo me mira medio aeropuerto. ¡¿Se puede saber qué anda diciendo ese por ahí?! Cuando lo vea, me va a escuchar.

—No soy la chica de nadie —les digo de manera brusca. Respiro una vez más para tranquilizarme, y decido cambiar de tema—: ¿Se van de viaje?

—En efecto, nos vamos a México. Hemos decidido acompañar a los chicos en la gira. —No puede ser, me llevo la mano a la sien, debe ser una broma.

—¡Qué bien! —No sueno muy convincente.

—Señorita O'Connell, puede recoger su pasaporte —me indica la tortuga más lenta que he tenido el placer de conocer.

—Bella... —«No me llamo así», pienso para mí—. Que tengas buen viaje.

—Lo mismo...

He pasado doce horas de vuelo soportando los ronquidos de la señora que me tocó a la derecha y el miedo enfermizo a volar del chico de mi izquierda. En definitiva, un viaje de lo más entretenido, como para repetir la experiencia.

Cuando logro recuperar mi equipaje y doy gracias de que no lo hayan perdido, lo primero que hago es buscar al chófer que debería estar esperándome para llevarme al hotel.

Lo localizo entre el ir y venir de pasajeros sosteniendo entre las manos un cartel con mi nombre. No entiendo muy bien el español, agradezco que el conductor sepa expresarse mínimamente en un inglés un tanto precario pero no lo demuestro y, simplemente, sigo sus pasos permitiendo que lleve mis maletas.

La bofetada de calor que percibo al traspasar la puerta es asfixiante. Me sobra parte de las prendas que visto y me retiro con rapidez la chaqueta blanca del traje. «Menos mal que he sido previsora al elegir un traje de tela fina y ni siquiera ponerme medias», pienso cuando el sol me da de lleno en la cabeza, pero creo que en cualquier instante mis piernas van a empezar a arder.

¡Me sobra hasta la minifalda!

Doy un suspiro al comprobar que la limusina tiene aire acondicionado. Eso hace que me mantenga callada durante el trayecto y que, al llegar al destino marcado, alargue el momento lo máximo que puedo antes de bajarme.

Agua, necesito agua.

Realizo una mueca de sufrimiento con la cara al no poder mantenerme por más tiempo cerca de airecillo fresco. Me planteo la posibilidad de llegar dando zancadas hasta el vestíbulo principal, aunque solo lo imagino, porque me desnucaría en el proceso si lo intento con los tacones que llevo.

Le doy las gracias al botones, que muy amablemente me ayuda a transportar todo mi equipaje hasta el *hall*.

Va en su sueldo...

Me estoy registrando para que me den la llave de mi *suite* cuando escucho las voces que un par de personas dan a lo lejos.

—¡Dimito! —Alza la voz una chica.

Me llevo la mano a la frente al comprobar que Alex, el vocalista de la banda, la sigue de cerca, y Henry... Aprieto las manos y me clavo las uñas en las palmas.

—¡Diana, espera! —Este último intenta sujetarla de un brazo, pero ella se zafa de su agarre con brusquedad.

—No, yo no puedo... —Observa con ojos vidriosos a Henry. ¿Qué ocurre aquí? Me mantengo a la expectativa.

—Te dije que no te hicieras ilusiones...

—¡Pues lo lamento, pero lo hice! —Pasa el dorso de la mano por la mejilla, retirándose alguna lágrima que le cae sin control. Pobre...

—Yo... lo siento, ¿qué más quieres que diga? —se disculpa él.

—Nada, no quiero que digas nada. —Aspira con fuerza, sujeta la pequeña

maleta y la arrastra hasta llegar a la recepción, donde me encuentro. Me hago a un lado y dejo que la atiendan. A la muchacha se la ve tan abatida que me da pena.

Diana se marcha. Permanezco con la mirada en ella hasta perderla de vista, volteo la cabeza para observar la reacción de ambos y casi suelto una carcajada al ver que Alex le da a su amigo una colleja en toda regla con fuerza.

—¡Joder, he dicho que lo siento!

—¡No me mires así! Acabas de conseguir que pierda a una niñera cojonuda, y todo por culpa de tu polla. ¿No podías haberte acostado con otra, *merluzo*?

—Haya paz, ya estoy aquí... —les interrumpe la madre de Adam, haciendo acto de presencia.

—¿Mamá Fuller? —dicen al unísono, sorprendidos de verla, antes de abrazarla.

Paciencia, paciencia...

—Hola, Bella. No te había visto —me saluda Henry, mientras sonrío y hace un escrutinio de mi cuerpo, de pies a cabeza.

¿Grito, lloro, pataleo o le doy una bofetada? Me llamo Ada... ¡Qué más da! Quiero dormir...

Fijo la mirada en la suya y, sin decir nada más, me dirijo al ascensor. Solo cuando llego a mi dormitorio, me permito hacerme una pregunta: «¿Dónde me he metido?».

Los tres meses de gira van a ser una odisea.

2. Rockstar

Ciudad de México. Comienzo de la gira de Slow Death.

HENRY

La claridad me molesta y hace que me gire en la cama para poder continuar durmiendo un poco más. Ayer llegamos a México, y, pese a la comodidad del avión privado que la discográfica ha puesto a nuestra disposición, no pude conciliar el sueño durante el viaje. Una vez aterrizamos en el aeropuerto de Ciudad de México y nos trasladaron al hotel, decidí no irme a la *suite* como el resto. El *jet lag* es una mierda, y me quedé en el bar. He de reconocer que la Corona, pese a que es suave, me gustó bastante y acabé bebiendo un par de ellas más.

«Tengo hambre», pienso al escuchar mis tripas gruñir.

Tú siempre tienes hambre.

Mi conciencia tiene razón, soy un pozo sin fondo. Bostezo y estiro tanto los brazos como las piernas, lo máximo que puedo. Me quedo paralizado al sentir el cuerpo de alguien a mi lado. ¡Mierda!

Entreabro un ojo con cautela, ¿este es mi dormitorio o es el de...? ¿Con quién cojones me acosté ayer?

Intento hacer memoria y recuerdo que me fijé en un par de camareras a las que sonreí, pero no hablar el mismo idioma es un gran inconveniente cuando quieres llevarte a una mujer a la cama y ella no sabe qué pretendes.

Arrastro el culo hasta el borde del colchón y busco con la mirada dónde puede estar mi ropa. Me tenía que haber marchado de su habitación en cuanto terminamos. ¡Joder! Me quedo con medio cuerpo estirado hacia delante, en una posición un tanto rara, rozando con las puntas de los dedos el pantalón que está tirado de cualquier forma en el suelo, y, al notar que ha comenzado a

despertarse, permanezco paralizado como una estatua.

—Mmmm, ¿Henry? —menciona mi nombre de manera perezosa a mi espalda.

¿Y si me quedo callado? Giro la cabeza y compruebo que tiene su mirada fija en mí.

—Buenos días —la saludo con rapidez, incorporándome del todo para terminar de recoger las prendas y vestirme lo antes posible—, no hace falta que te levantes, ya me marchaba.

Diana frunce el ceño.

¡Uf, mala cosa!

—Puedes quedarte el resto de la mañana, no tengo que cuidar a los niños hasta la tarde.

—Será mejor que no —le contesto de manera escueta.

—¿Por qué? —cuestiona con un tono de voz que se acerca a la indignación. Inhalo en profundidad aprovechando que me coloco la camiseta y me preparo para decirle algo que, si mal no recuerdo, le comenté ayer. Porque... lo hice, ¿no?

—Diana... —Me siento encima de la cama para mirarla a los ojos—. Eres una mujer estupenda, nos hemos divertido juntos...

—Ahora viene un pero, ¿verdad? —Se acomoda para quedar en una mejor posición, pero la sábana se desliza por su piel y sus pechos quedan expuestos... la vista se me desvía por un instante. Se cruza de brazos, tapándose esos preciosos pezones y logrando su objetivo, que le preste atención de nuevo. Si las miradas mataran...

—Te dije que... —me interrumpe de nuevo, echando para atrás las sábanas y levantándose de golpe.

—¡Me hiciste el amor! —grita, alterada, señalándome con el dedo índice.

—Follamos, que es distinto. Y creo que, ambos, lo queríamos.

—Se folla con un desconocido, te conozco desde que Peter nació.
—«Tampoco es para tanto, hemos coincidido de vez en cuando en los últimos años en alguna que otra reunión o celebración que Alex realizó», pienso para mí—. Lo de ayer fue...

—Un error —suelto por la boca sin meditarlo, ganándome una bofetada.

—Sal de mi dormitorio inmediatamente —me ordena con rabia.

Doy un paso al frente para intentar apaciguarla, pero ella se aleja, niego con la cabeza y decido que es mejor obedecerla.

Al cerrar la puerta, parece que el pasillo de nuestra planta está despejado. Comienzo a caminar dirección a mi *suite*, echo la vista hacia atrás cuando escucho el sonido de un portazo y compruebo que Diana avanza hacia el ascensor arrastrando una maleta.

—¡Diana! —Elevó la voz, mientras pretendo llegar antes de que entre en el ascensor, pero no lo consigo. Doy un golpe a la pared con la palma de la mano, cabreado por no haber sido más rápido.

—¿Se puede saber por qué Diana acaba de meterse en ese ascensor con una maleta? —inquire Alex, detrás de mí. ¡Mierda!

—Ahora no puedo contestarte, debo... tengo que... —Señalo las escaleras de emergencia que están situadas al fondo del pasillo y echo a correr.

—Henry, ¡¿qué cojones has hecho?!

Soy consciente de que mi amigo me está persiguiendo, pero no es el momento de darle explicaciones. Intento apurarme lo máximo posible y, de ese modo, alcanzar a Diana antes de que salga del hotel. Esto es una locura; las mujeres están locas.

Casi me mato en el trayecto, con la respiración agitada todavía, reviso con rapidez dónde se puede encontrar y doy con ella, que está disculpándose con

una persona con la que parece ha debido chocar en su huida alocada.

—Espera —le grita Alex, y me fulmina con la mirada—. ¿Se puede saber que ha ocurrido?

—¡Dimito! —responde, alterada, levantando los dos brazos para luego dejar que caigan por su propio peso.

Soy hombre muerto.

—¡Diana, espera! —Intento sujetarla, pero no lo consigo, dado que se aparta con brusquedad.

—No, yo no puedo... —Me doy cuenta de que está a punto de llorar.

—Te dije que no te hicieras ilusiones —le recuerdo.

—¡Pues lo lamento, pero lo hice! —declara a gritos, de una manera un tanto histérica.

—Yo... lo siento, ¿qué más quieres que diga? —Me siento con la necesidad de pedirle perdón, no debí acostarme con ella. No con alguien tan cercano al grupo.

—Nada, no quiero que digas nada. —Afectada, se aleja hasta el mostrador de la recepción, y me percató de la presencia de Bella, nuestra nueva *tour manager*.

Me quedo embobado observando las piernas estilizadas de Adabella. Debería de existir una ley que la obligara a llevar todos los días de la semana una falda, para contemplarlas. Un golpe en la nuca me devuelve a la realidad, me llevo la mano a la zona y miro a Alex.

—¡Joder, he dicho que lo siento!

—¡No me mires así! Acabas de conseguir que pierda una niñera cojonuda, y todo por culpa de tu polla. ¿No podías haberte acostado con otra, *merluzo*?

¿Cómo ha sabido que me acosté con ella?

No hay que ser adivino para intuir lo que ha pasado.

—Haya paz, ya estoy aquí...

Hablando de adivinas...

—¿Mamá Fuller? —decimos, tanto Alex como yo, asombrados de encontrarla aquí. No obstante, y pese a la sorpresa, no dudamos ni un segundo en abrazarla.

—Contadme, ¿qué ha ocurrido?

—Me he quedado sin niñera por culpa de este —me acusa, señalándome—. Ya verás cuando se entere Mey, te va a dejar sin descendencia.

Me llevo las manos a los huevos por acto reflejo al recordar el humor que se gasta la rubia.

—No temas, yo me ocuparé de atender tanto a Peter como a Awen cuando queráis intimidad. —Sonríe Martha, cómplice.

—Gracias, pero no creo que a Adam le agrade la idea. Quizá... —Mamá Fuller levanta el dedo índice interrumpiendo a mi amigo.

—He dicho que me ocuparé de ellos, y no se hable más. He volado hasta México y pienso acompañaros el resto de la gira. Quiero pasar tiempo con mi familia y eso mismo haré. ¿Entendido? —Asentimos a la vez, pero, cuando creo que ha terminado, fija su mirada en la mía—. Ahora ve a saludar como es debido.

¿Qué sucede cuando Mamá Fuller propone que se haga algo? Que se obedece sin realizar pregunta alguna.

—Hola, Bella. No te había visto —le miento, descaradamente, mientras realizo un escaneo por su cuerpo con más detenimiento que el anterior. Se ha retirado la chaqueta, y sus pechos voluminosos sobresalen un poco por encima de la camiseta de color blanco que viste. Elevo la mirada a la altura de sus ojos verdes, sin perder la sonrisa, pero estos expresan con total claridad el

nivel de irritación que le ocasiono.

No me responde, y tampoco la reto de nuevo, solo observo que se aleja dirección al ascensor y no la pierdo de vista hasta que las puertas se cierran. Me encanta hacerla rabiar, y, aunque aún no tengo muy claro el motivo, lo descubriré.

ADABELLA

El concierto será en tres días. Hoy han tenido tiempo para descansar en el hotel, pero me he enterado de que han salido a hacer turismo. ¡¿Turismo?! ¡Ellos! Ni que fueran los típicos turistas.

Prefiero no pensar demasiado en eso, tengo trabajo que adelantar. Resoplo y muevo la mano intentando abanicarme. Pese a tener el aire acondicionado al máximo, no dejo de tener calor. Prácticamente, estoy en ropa interior mientras organizo las entrevistas que tienen programadas para mañana. Realizo llamadas a cadenas de televisión y radio, verificando los horarios y comprobando que todo esté meticulosamente preparado. No me gustan las sorpresas de última hora, y con estos chicos me da la sensación de que tendré que ser más cautelosa de lo habitual.

De repente, comienzo a sofocarme, de tal manera que elevo la mirada hacia el aparato del demonio. Arrastro la silla, me incorporo y subo las dos manos buscando un resquicio de aire fresco. ¡No puede estar pasando esto! Nada, ni una brisa leve, se ha estropeado.

Me acerco al teléfono que está encima de la mesilla e intento comunicarle a la recepcionista que preciso que venga alguien de mantenimiento a reparar de inmediato el dichoso trasto.

—¡Pancho! —grita la mujer, y tengo que apartar el auricular de la oreja para no quedarme sorda—. *Vete a la ocho dos seis, en chinga.* —Lo último

que dice, no lo comprendo.

—Disculpa, vendrá alguien o...

—Por supuesto, no tardará mucho. —Le doy las gracias y cuelgo.

Llevo el cabello recogido en un moño alto, pero tengo tanto calor que dentro de nada entraré en combustión. Decido ir al baño y mojarme la cabeza para apaciguar de alguna manera la espera. Los ingleses no estamos acostumbrados a este tipo de climas tan cálidos. Abro el grifo del agua fría y emito un jadeo de placer al apreciar el cambio de temperatura. Tras estar un par de minutos a remojo, retuerzo la melena y me seco con una toalla. Escucho unos golpes en la puerta y me cubro con un albornoz de seda de color blanco antes de abrirla.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunto, extrañada.

—Vaya, no me esperaba encontrarte así —me comenta, manteniendo la mirada en la v que forma el escote del albornoz.

—¡Eh, que estoy aquí arriba! —Chasqueo los dedos delante de su cara para que me preste atención—. Dime de una vez a qué has venido.

—A presentarme como corresponde. Me he enterado de tu llegada y, como pasaremos los próximos tres meses compartiendo gira, pensé...

—Ray Larson. —Le mantengo la mirada fija—. Vocalista de Dark & Black Roses. Hermano mayor del batería de la banda, Axel. Briton e Ian, guitarrista y bajista respectivamente, se unieron a vosotros hace unos ocho años.

—Veo que has hecho bien los deberes. —Sonríe, y me percato por primera vez desde que he empezado a hablar con él de lo imponente que es. Tiene un cuerpo ancho y bien formado, sus brazos son... Parpadeo un par de veces. Pero ¿qué estoy haciendo?

—Sé quién eres, Ray —le indico. Él da un paso al frente y me retira un mechón, apartándolo detrás de la oreja.

—Bien —susurra—, ahora me gustaría conocerte yo a ti, Adabella.

El murmullo de varias personas hablando entre sí se escucha de lejos. Giro la cabeza y compruebo que tanto John como Henry acaban de aparecer en el pasillo. Sin casi ser consciente de la cercanía de Ray, este pasa su mano alrededor de mi cintura y me atrae a su cuerpo para besarme en la mejilla.

—Nos veremos pronto, preciosa.

Abro y cierro la boca sin ser capaz de entender qué acaba de ocurrir. Ray se aleja dirección opuesta a los chicos, y volteo de nuevo la cabeza para comprobar que siguen ahí, dado que han dejado de conversar. Me fijo en que John sujeta el brazo de Henry, el cual me observa con ojos furiosos.

¡Hombres!

Me meto de nuevo en el dormitorio cerrando la puerta a mi paso. Me quedo con la espalda pegada a ella y, al poco rato, siento que alguien llama. Sin más preámbulos, me doy la vuelta y abro. Unas manos anchas y fuertes me sujetan de la cintura, y me veo envuelta inmediatamente por su cuerpo mientras me besa con furia. Su barba me resulta atractiva, me hace pequeñas cosquillas en el rostro mientras caminamos sin dejar de besarnos dirección a la cama. Un calor diferente comienza a surgir en mi interior.

—Señorita, señorita. —Parpadeo, volviendo en mí—. ¿Puedo entrar para arreglarle el aparato?

Uy, el aparato...

—¿Qué? —murmuro, mientras escucho la carcajada de mi conciencia.

—El aire acondicionado —puntualiza el empleado de mantenimiento.

Asiento y le permito que realice su trabajo. Trago saliva sin comprender por qué acabo de imaginarme a... —Me llevo la palma de la mano a la sien—. Dios, el calor me ha debido de afectar. He de estar incubando algo, no puede ser que mi subconsciente se haya montado por sí solo tal escena con... con él.

¡Con Henry!

¡Eh!, a mí no me eches la culpa.

Pues a alguien se la tendré que echar, ni siquiera es el tipo de hombre que me gusta. Aborrezco a los barbudos.

Quizá precisas de una alegría, llevas sin ella unos cuantos meses.

¡¿Qué?! No, y menos con él.

El técnico se marcha a la media hora. Puede que se haya quedado solucionado lo del sistema de ventilación; no obstante, mi termostato interno está más que averiado. Aún no soy capaz de discernir qué es lo que ha pasado para que me imaginara tal situación.

HENRY

Enfrijoladas, enchiladas, el pozole y las tortas ahogadas son varios de los platos que he podido probar durante el pequeño acercamiento a la gastronomía mexicana que hemos hecho tanto John como yo. En un par de días, acudiremos al Estadio Azteca y podremos empezar con los conciertos, pero, mientras tanto, pienso aprovechar el tiempo libre que tenga para divertirme. Y, así, curiosear los rincones que no salen en los folletos de turismo que suelen ofrecer a los turistas.

—Eres un maldito pozo sin fondo. Más te vale no ponerte enfermo después de haberte comido media ciudad —me dice mi amigo.

—Lo que te ocurre es que tienes envidia de que pueda comer lo que me plazca sin engordar —le contesto a John, mientras subimos a nuestras *suites* en el ascensor para buscar los bañadores. Dentro de un rato, hemos quedado con el resto del grupo en la piscina.

—Anda, deja de alardear de cuerpo, y vayamos a prepararnos para bajar.

Me dispongo a responderle cuando me fijo que en el pasillo se encuentra

Bella, acompañada de... Ray. El *baboso* la rodea con los brazos y se despide dándole un beso en la mejilla. Ella tan solo lleva un albornoz blanco, que deja intuir la ropa interior. Su cabello rizado está húmedo, cae en cascada hasta casi llegarle a la cintura. Una preciosa imagen, si no fuera por el *comepollas* de Larson, que la estropea.

Asco, rabia y un enfado que no puedo controlar se apoderan de mí. Avanzo un par de pasos con la intención de partirle la boca a ese imbécil, pero John me sujeta del brazo y niega con la cabeza. Giro de nuevo la cabeza hacia la habitación de Bella y me encuentro con sus ojos verdosos, que me observan, no puedo enmascarar el malestar que tengo. Inmediatamente después, ella entra en su dormitorio.

—Suéltame —le digo, conteniendo como puedo el mal humor.

—¿Se puede saber qué ibas a hacer?

—¡Se la ha follado!

—¿Y eso que más te da? Además, no puedes saberlo con seguridad.

Eso, qué más te da...

—No debería de fiarse de *ese* tipo. —Señalo con el dedo hacia el fondo del pasillo, por donde ha huido el cobarde de Larson.

—Déjalo, no es de tu incumbencia. Centrémonos en la música, *bro*.

Aprieto los labios, lleno de frustración, porque me gustaría rebatir de alguna manera el consejo de mi amigo, pero no lo hago. Expulso con resignación el aire de mis pulmones y, sin mediar palabra, me dirijo a mi cuarto.

Realizo una llamada a recepción y les pregunto por el gimnasio. Me indican que la instalación está en la tercera planta, y, en vez de acudir con los chicos a la piscina, me dedico a intentar calmarme de la mejor manera que sé: boxeando. Durante el resto de la tarde, no dejo de pensar en ellos dos, juntos,

retorciéndose de placer, deseo y pasión. Golpeo una y otra vez el saco intentando apaciguarme.

«Quizá sería conveniente alertarla sobre Ray».

3. Contra la espada y la pared

HENRY

Miro el reloj que hay en el camerino, queda media hora para que dé comienzo el espectáculo. Tengo ganas..., rectifico, estoy deseando perderme en el escenario. Lo necesito. Estos últimos días han sido un poco, por no decir bastante, estresantes. Mientras Adam ha estado histérico controlando a su madre a cada instante; ella, por su parte, se reafirmaba e insistía en que se encontraba bien para cuidar de su nieta y del pequeño Peter; Alex se quejaba del asedio de la prensa, como siempre; John ha estado pendiente del móvil más de lo habitual; y Max... Bueno, aún me cuesta ver a Max con Emilie y prefiero no saber demasiado sobre lo que hacen en su tiempo libre.

Por si fuera poco, tengo que aguantar al *comepollas* de Larson pulular cerca de Bella cada dos por tres. Ayer, solo con la intención de advertirle sobre él, intenté acercarme a ella antes de la entrevista, que dimos en uno de los programas con más audiencia del país. ¿Y cuál fue su respuesta? Ninguna, no obtuve ninguna. Al percatarse de que me dirigía hacia ella, comenzó a decirme cómo tenía que comportarme, haciendo hincapié en que, como es un *show* en directo, debía medir las palabras y cuidar mi forma de actuar ante la cámara.

Justo cuando el presentador trajo unos platos típicos para que los degustásemos, cosa que hice, decidí que una guerra de comida sería graciosa. Cuando alcé la vista para ver su reacción, la vi alejarse y salir del plató. Creo que hice el ganso más de lo habitual, solo por meterme con ella. Pensé que, al finalizar el programa, vendría a echarme un sermón, se enfadaría poniendo el grito en el cielo o algo similar; sin embargo, no fue así. No la he vuelto a ver desde entonces.

¡Joder! Han pasado diez minutos, y sigo sin estar listo para salir. Continúo

con lo que estaba haciendo antes de haberme puesto a divagar, o sea, perfilando con el delineador negro ambos ojos para que destaquen en la oscuridad. Me aplico la sombra... ¡Perfecto!

«¡Cinco minutos!».

De fondo escucho el movimiento del *backstage*, y los típicos nervios que se acumulan en la boca del estómago hacen su aparición. La adrenalina bombea con fuerza, elijo las baquetas que usaré esta noche y, enseguida, salgo al pasillo.

La primera figura que reconozco a lo lejos es la de Bella, que no deja de dar órdenes a los de seguridad sobre no sé qué de las vallas. Es una mujer imponente, tanto que me cuesta apartar la vista de su escultural cuerpo y centrarla en otro asunto. Esas piernas van a ser mi perdición...

—¡Hey, tío! ¿Preparado para el *rock and roll*? —me apremia Alex, pegándome una palmada en la espalda que me hace volver súbitamente a la realidad.

—¿Cuándo no lo estoy?! —Alzo el grito, exagerando mi respuesta.

Camino acompañado de mi amigo hasta donde se encuentra Bella y me freno detrás de ella. Alex me hace un gesto con la cabeza para que vaya al escenario, y le indico con la mano que me dé un segundo.

—¿Todo va bien? —le pregunto, logrando que Bella se sobresalte con mi presencia. Me mira de reojo con el ceño fruncido y se cruza de brazos.

—¿¡Qué si todo va bien!?! —grita, molesta—. ¿Te crees que puede ir bien después de la que montaste ayer? —Gesticula con los brazos—. No tengo ni idea de cómo te comportabas antes con Jeremy, pero te puedo asegurar que yo no soy él.

—Eso no hace falta que lo jures... —susurro en voz baja y, sin casi ser consciente de ello, voy perfilando su figura con la mirada, desde esos tacones

que me provocan palpitaciones en un lugar muy al sur de mi anatomía, pasando por sus interminables piernas y terminado en sus pechos...

—Henry, cojones, ¿quieres mover el culo de una vez?! —Molestándome la interrupción de Adam, aprieto con fuerza las baquetas.

—Ya voy, ya voy... —le digo con un tono que denota el fastidio que me provoca la interrupción. Me volteo para poder contemplar una vez más a Bella antes de ir al escenario, y mi rostro cambia al ver que el cabronazo de Ray está pendiente de ella desde el otro lado del *backstage*. Es hora de que se lo diga—: Hay una cosa que debo hablar contigo cuando el concierto termine.

Su pose cambia, se vuelve a cruzar de brazos y levanta el mentón.

—Yo también quiero hablar un par de cosas contigo. —Sus ojos se convierten en dos líneas delgadas, que, prácticamente, me fulminan de un vistazo. Puede que hoy me lleve la bronca de la que me salvé ayer...

Camino hacia el escenario, sumido en una penumbra programada que durará hasta que todos estemos situados en nuestros respectivos sitios. Cuando paso cerca de Adam, le comento por lo bajo que se relaje un poco, que si necesita que vaya a buscar a su chica para que le dé algún masaje con final feliz, que me avise y seré su mensajero.

—¡Cállate, joder! —se irrita, y busca con la mirada a su mujer, que se encuentra en el foso con los de seguridad.

Alice, cámara en mano, no deja de realizar fotografías tanto al escenario como al público asistente. Casi al mismo tiempo, la prensa y fans hacen lo mismo con ella. ¡Uh, mal rollo!

—Dile que lo haga desde el interior, o...

—¿Crees que no lo he hecho?! —replica, consiguiendo que las primeras filas se den cuenta de que algo sucede. Me giro y compruebo que su chica le susurra algo al oído a Marcus, quien se ha convertido, como quien dice, en un

guardaespaldas a tiempo completo de las chicas del grupo.

Todos, incluido Adam, abren la boca asombrados por lo que está sucediendo. Doy dos pasos atrás, no quiero que esto me salpique. Marcus ha alzado a Alice como si se tratara de una pluma, y, con la ayuda de un miembro de sonido que ha tenido unos reflejos dignos de un superhéroe de Marvel, se acerca hasta el borde del escenario y le tiende una mano para que esta suba.

—Mi amor, ¿qué haces?

Ya se le ha metido el rabo entre las piernas...

Calla, que quiero saber cómo termina el culebrón.

¿Quieres palomitas?

No estaría mal.

—Dejar las cosas claras —puntualiza Alice, señalando a su marido—. No pienso ser una mujer florero que espera en casa sentada hasta que termine cada una de las giras que tengas en el futuro. Este es mi trabajo, voy a realizarlo como me dé la gana, y tú vas a ponerte a tocar sin importarte nada más, porque eres Magister Fuller, ¿de acuerdo?

En el rostro de mi amigo se forma una sonrisa, con lentitud, y en su mirada se distingue el orgullo que siente por su pareja, a la cual admira. Rodea la cintura de Alice y la arrastra hasta su cuerpo consiguiendo que sus pelvis se junten. Mientras, Adam agacha la cabeza para que sus labios queden a la altura de los de ella.

—¿Eres consciente de que hay más de cien mil personas observándote?
—menciona él con picardía.

Ha exagerado un poco. Es cierto que están reunidas esa cantidad de personas, quizás incluso más, pero teniendo en cuenta que tenemos la iluminación apagada, no creo que todos sean capaces de verlos. Puede que...

Unos cuantos miles.

—No me des la vuelta, ni lo pensé —responde ella, metiendo la cabeza en el hueco del cuello de su marido. Este se ríe, la termina acompañando hasta donde se encuentra Marcus y la ayuda a volver al foso, no sin antes darle un beso en los labios, logrando que todos los presentes coreen a pleno pulmón «Magister, Magister», una y otra vez.

ADABELLA

Los focos se encienden iluminando al completo a los chicos de Slow Death. La pantalla gigante que está detrás de ellos muestra la imagen de la muerte sosteniendo una guadaña en una de sus manos y, en la otra, un corazón. Tiene sentido, sus letras suelen ir asociadas al dolor del amor, al tiempo perdido e incluso, en el caso del último *single*, sobre la agonía de alguien que cree que puede llegar a perder a su amada. Esa última estrofa es simplemente asombrosa: «Quédate conmigo, mi Diosa».

Lo más seguro la dejen para el final, es la más esperada.

Vuelvo a revisar con inquietud como el público se agolpa contra las vallas, demasiado cerca... Casi no hay espacio en el foso para que los de seguridad y los de urgencias hagan su trabajo: contener, proteger y auxiliar en caso de necesidad. Tengo el corazón en un puño, y todavía quedan dos interminables horas para que acabe. Además, no es de ayuda que la mujer de Magister se encuentre con ellos.

El *backstage*, donde me encuentro, es un hervidero, Mike no deja de dar directrices a los empleados, mientras su hija Emilie se encarga de la mesa de sonido con una eficiencia extraordinaria. Tengo que reconocer que ha sabido demostrar su valía en los anteriores conciertos.

Me coloco un mechón de pelo rebelde detrás de la oreja, no quiere quedarse donde le corresponde y ahora me es imposible peinarme de nuevo y,

así, ajustar el recogido. Odio mi cabello. Sin embargo, prefiero tenerlo largo para hacerme los moños, de otra manera sería imposible.

Un cambio del ritmo logra que lleve la vista dirección a Henry, que, sentado detrás de la batería, mueve los brazos con agilidad y sincronización, todo sin perder su sonrisa. Transmite seguridad, furia y, al mismo tiempo, poder. Un gemido involuntario sale de mi interior al imaginarme una situación un tanto comprometedor. Tengo que centrarme.

Aguafiestas, a mí me gustan esas fantasías.

—¿Te vas a quedar a ver a estos durante todo el concierto? —me pregunta Ray al oído desde la espalda. Pongo los ojos en blanco.

No creo que sea mal chico, aunque me da la sensación de que se arrima a mí para intentar escalar en la discográfica. Puede que me equivoque, pero no quiero averiguarlo por las malas. Ya tengo bastante con lo que lidiar.

—Así es, esto es parte de mi trabajo —le respondo con una evasiva.

—Podrías acompañarme hasta el *set* que nos han preparado y relajarte un poco. Tenemos bebidas...

Voy a contestarle cuando noto que mi móvil comienza a vibrar. Miro la pantalla para ver quién es, y exhalo.

—Disculpa, es una llamada importante. —Hago un gesto señalando el teléfono y me alejo para poder escuchar a mi padre, otra vez...—. Dime.

—¿Han comenzado? —Le indico que sí, algo que debería saber de sobra—. No puedes permitir que lo de ayer se repita, suficiente tenemos con los escándalos que han saltado en estos últimos años. ¿Has averiguado qué es lo que busca esa periodista?

—Ni siquiera sé a quién está investigando o qué es lo que pretende. Papá, no creo que sea nada como para que nos preocupemos —espeto, intentando que desista en su idea de adelantarnos a Dana, pero, según él, de esa manera

podremos ocultar o prevenir posibles daños—. Los chicos son el objetivo de la prensa desde hace años y nunca ha salido nada del otro mundo sobre ellos. Conocemos sus orígenes, la escuela a la que iban, sus familias...

—Te equivocas en una cosa, ya sé quién es su objetivo. Me he enterado de quién es la persona a por la que va, gracias al directivo del programa que la contrató, puesto que me debía un favor.

—¡Pues dímelo! —exclamo sin poder aguantar a que termine su monólogo. Le encanta hacerse de rogar—. De esa manera, podré preguntarle y averiguar si es real esa preocupación que tienes.

—No es tan simple, esos chicos siempre han intentado guardar su vida privada y alejarla de la prensa sensacionalista. Dudo que si le preguntas, te cuente algo. Tendrás que acercarte a él e intentar que se sincere contigo, y que sea lo más rápido posible.

—Pero ¿quieres decirme de quién se trata?!

Un pensamiento irracional merodea por mi mente, cierro los ojos con fuerza.

«Que no sea él, que no sea él, que no sea él...», me repito una y otra vez.

Lo va a ser, lo va a ser, lo va a ser...

—Strom, Henry Strom —sentencia, y mi mantra se va por un acantilado.

—Papá, no creo que pueda con él...

—¡Harás lo que tengas que hacer! ¿Me has escuchado? —Agrando los ojos, impactada por las palabras que acaba de usar—. Tuvimos la suerte de dar con este grupo justo cuando creíamos que la quiebra nos alcanzaría —me recuerda—, no voy a permitir que una loca maniática, obsesionada con Slow Death, los hunda, y con ellos a nosotros. No necesito detalles de qué o cómo piensas conseguirlo, pero es necesario que lo logres. —Abro y cierro la boca sin dar crédito a lo que me pide. No puedo hacerlo, me niego a que me use

así—. Confío en ti, no me falles. —Y cuelga.

Alejo el teléfono de la oreja y me quedo mirándolo unos instantes. Las manos me sudan, el corazón no deja de palpar con fuerza y, mientras marco la rllamada, mis dedos tiemblan. No puedo hacer eso que me pide. No puedo.

«El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura. Puede intentarlo más tarde», salta la locución inmediatamente.

!!!Arrggg!!!

Durante la siguiente hora y media, no dejo de dar vueltas persiguiendo mi propia sombra como una verdadera desquiciada. Nadie se atreve a acercarse a mí. Me observan a distancia de reojo mientras intento, sin resultado alguno, volver a contactar con mi padre. Este no es el motivo por el cual acepté el puesto de *tour manager*.

Escucho que Alex se despide dando el concierto por terminado. Los chicos se aproximan a un ayudante que les ofrece varios botellines de agua, mientras Henry cuenta un chiste consiguiendo que todos se rían. Su rostro cambia en cuanto posa sus ojos en mí, les comenta algo que no logro descifrar y empieza a caminar hacia donde me encuentro.

—Bella, soy todo tuyo —me dice, inclinando su cuerpo y realizando una reverencia. Intenta meterse conmigo, lo sé.

Pero lo único que hago es tragar saliva con fuerza, y pensar: «¿qué voy a hacer?».

4. Sospecha

HENRY

El ambiente es magnífico. Tanto las *deathladies* como los *deathbrothers* han sido muy enérgicos durante toda la noche. No han dejado de gritar, saltar y festejar cada momento en nuestra compañía. Es inevitable no contagiarse por el entusiasmo que desprenden los fans.

Después de haber tocado un último tema, por tercera vez, entramos en el *backstage*.

—¡Wow! —exclama Alex, levantando los brazos para dar un mayor énfasis—. Ven aquí, mi Diosa —le pide a Mey, y agarra su mano para terminar tirando de ella hasta que se unen en un pasional beso.

—¡Ha estado genial! —comenta Alice, que se incorpora a nosotros tras haber dejado la cámara cerca de la mesa de sonido. Se acerca a su marido, y se abrazan mutuamente.

En cuanto giro la cabeza compruebo que Max y Emilie se están comiendo literalmente con la mirada el uno al otro, y creo que solo guardan un poco las formas por la presencia de Mike.

—Me va a dar una sobredosis de arcoíris y unicornios... —Le doy un codazo a John, que se ríe por mi intento de meterme con nuestros amigos.

Aprovecho y tras beber un poco de agua, le indico a Mike que, por favor, se ocupe de vigilar los instrumentos y de que ningún inepto se acerque a ellos. Estoy cubierto de sudor. A mitad del concierto he tenido que quitarme la camiseta para poder continuar sin que la ropa me molestara, no dejaba de pegarse y es una sensación que me incomoda bastante. A pesar de ello, en ningún momento he dejado de controlar tanto a Ray como a nuestra particular *niñera*.

Con decisión me dirijo a ella:

—Bella, soy todo tuyo. —Realizo una reverencia sabiendo de sobra que no le gusta que bromeo. Me quedo unos segundos observando su rostro, algo está causando que tenga esa cara de preocupación. ¿Será por culpa del idiota de Larson?—. ¿Va todo bien?

—No exactamente... —Desvía la mirada.

—¡Vamos a celebrar nuestra última noche en México! —grita Max, dándome una palmada en la espalda—. ¿Interrumpo algo?

—¿Qué? Por supuesto que no —le aclaro con indignación, ladeando la cabeza para clavar su intensa mirada verde en mis ojos y señalándome con el dedo índice—. Hablaremos más tarde. —Y, sin más, se da la vuelta alejándose de nosotros.

—¿Te va a castigar por lo de ayer? Quizá te guste...

—Es a ti al que le va eso de los castigos.

—¿En serio quieres tocar ese tema, *bro*? —me pregunta, dando un paso atrás mientras me muestra las palmas de las manos en señal de rendición.

—Tienes razón, mejor dejemos para dentro de un par de años los chistes sobre tus... preferencias.

Me paso la palma de la mano por la mandíbula. «Quizá deba recortar algo la barba». Guiño un ojo ante mi reflejo en el espejo y decido hacerme un *selfie* desde el cuarto de baño del hotel, para, posteriormente, subirlo a las redes.

Abro la aplicación del *WhastApp* y voy directo al grupo que tengo con los chicos.

Henry: ¿A quién le apetece una peli en mi *suite*?

Adam: Imposible, estoy de cena con mis padres y Alice.

Henry: Diles que pueden venir.

No sé por qué, pero me da la sensación de que no volverá a ser lo mismo ahora que están las chicas.

Mientras espero que el resto vea el mensaje y que Adam me responda, dejo caer al suelo la toalla que llevo alrededor de la cintura y me pongo unos *bóxers*. Cuando estoy encendiendo la televisión y buscando en la cartelera algo que merezca la pena, el móvil suena, y reviso los *wasaps*:

John: Lo siento, tío, pero estoy agotado. Otro día.

Henry: ¡Joder, bro! Que somos los únicos solteros del grupo, debemos estar unidos.

John: Mañana tenemos vuelo a primera hora, voy a descansar.

Henry: ¿John?

¡Mierda!, ha apagado el móvil, ya no le llegan los mensajes.

Max: Me pillas ocupado...

Henry: ¡No quiero saber nada!

Max: No preguntes.

Henry: ¡No lo hice!

Adam: Mamá te da las gracias por la invitación, pero dice es mejor así. Y que... espera... que me comenta que te lo diga tal cual...

Escribiendo... Escribiendo...

Adam: Que disfrutes de la sesión cinéfila y que seas tú mismo.

Henry: Dile a mamá Fuller que pocas ganas me dan de ver nada solo.

Adam: Mira, paso de estas cosas, pero me está amenazando, así que te lo escribo literalmente, porque no quiero verla enfadada. Solo ha dicho: «Abre».

¡¿Qué?!

Unos pequeños golpes en la puerta me distraen de contestarle. Me río por lo bajo a medida que avanzo, pensando que el muy capullo de mi amigo está detrás de todo. Sabe de sobra que nos tomamos los comentarios de su madre muy en serio.

Abro la puerta y me encuentro a Bella. Levanto la ceja al ver la expresión que pone al fijar su mirada en mi entrepierna.

—Dime la verdad, lo haces a propósito. —Coloco las palmas de las manos en la cara y abro la boca intentando parecer asombrado—. ¡Intentas por todos los medios pillarme desnudo!

—Pero ¿¡qué dices!?! He venido a hablar. —Se cruza de brazos evitando mi mirada.

—Pues pasa, no te quedes en el pasillo. ¿O acaso quieres que me fotografíen los huéspedes del hotel, semidesnudo?

—No me vengas con esas, de eso ya te has encargado tú, solito, al colgar una imagen tuya desde el baño —me reprocha, enfadada, y, contra todo pronóstico, da un paso dentro de la habitación.

Cierro la puerta. Me extraña que haya accedido con tanta facilidad.

Dato interesante, te ha visto en la aplicación...

Será parte de su trabajo saber qué hacemos en cada momento y qué tipo de información o imagen mostramos al público.

—Dime, ¿de qué quieres charlar?

Bella revisa el cuarto mirando a un lado y al otro.

—¿He venido en mal momento?

—Preciosa, si tuviera compañía, no hubiera abierto la puerta... —le indico, dando un paso al frente—. Aunque, pensándolo mejor, puede que te interesara participar.

—Mejor me marchó —me dice, mientras alarga la mano para girar el pomo de la puerta. Con rapidez la sujeto frenándola en el acto.

—Está bien, me lo merezco —intento disculparme—. Estaba a punto de ver una película, pero me han dado platón todos los chicos.

En su mirada creo encontrar algún tipo de dilema que pretende resolver. No tengo ni idea lo que estará imaginando. Puede que esté meditando la posibilidad de darme un pisotón con uno de esos tacones de aguja, que tan bien le sientan y le hacen una figura que...

¡Joder, qué buena está!

Será mejor que me calme o, pronto, la tela que cubre mi polla no será suficiente para lo evidente. Suelto su muñeca para no tener que controlarme más de lo que ya lo estoy haciendo.

—¿Qué película ibas a ver? —me pregunta, sorprendiéndome dos veces en menos de diez minutos.

Miro de reojo la televisión, tengo que centrar mis pensamientos para recordar qué era lo que había escogido, su presencia me afecta de un modo un tanto intrigante.

—*El club de los cinco* —le indico—. ¿Quieres acompañarme? —suelto de golpe sin pensar demasiado el motivo.

Ella abre y cierra la boca, frunce el ceño y vuelve a fijar sus preciosos ojos de nuevo en mí.

—De acuerdo, pero tendrás que taparte con algo más que eso. —Señala el *bóxer* y agranda los ojos antes de apartar la mirada poniéndose colorada.

Bajo la vista y compruebo que, sí, mi amigo está animado con las vistas de Bella.

—Lo siento, puede que fuera de estas cuatro paredes seas quien mande, pero aquí vestiré y haré lo que quiera. Además, por la noche, hace demasiado

calor como para taparse. —Frunce el ceño, y, antes de que me replique, le alego—: Tranquila, tendré las manos alejadas de tu hermoso cuerpo.

ADABELLA

Aún no sé por qué me he prestado a quedarme a ver una película con él.

Mentirosa...

Y, por si fuera poco, no sé dónde poner la vista. ¡Tiene una erección tremenda! ¿Cómo pretende que pueda prestar atención a la pantalla? ¡Estará de broma!

En cuanto se tumba encima de la cama, niego con la cabeza nerviosa. ¿No podemos verla en el sofá como la gente normal?

«Mi dormitorio, mis reglas». Esa ha sido su contestación. Y aquí estoy, intentando no perder la compostura, hombro con hombro, mientras los personajes de la obra se van conociendo poco a poco y...

¡¿A quién quiero engañar?! No le estoy haciendo ningún caso.

—Deberías quitarte los zapatos, estarías más cómoda —expone con vehemencia, y, antes de que me dé cuenta, se mueve para retirarme uno.

—No hace fal...

Mi intento de negativa se queda en el aire. Henry me masajea la planta del pie e inconscientemente cierro los ojos ante tal placer.

—Nunca he entendido por qué las mujeres os torturáis de esta manera —declara con suavidad—. Aunque he de reconocer que favorecen mucho.

Abro los párpados, medio aturdida al notar el cambio sutil en su entonación, encontrándome con su mirada y una media sonrisa muy... excitante.

Doblo la rodilla y me aparto de él sentándome en la esquina de la cama,

replanteándome seriamente si debo marcharme o, de lo contrario, intentar mantener algún tipo de conversación para conseguir la información que mi padre tanto desea.

Mientras mi subconsciente debate qué decisión tomar, mi cuerpo toma la iniciativa y me retiro el otro zapato.

Doy un salto al sentir las manos de Henry sobre mis hombros, acaba de salirseme el corazón por la boca. El pecho me sube y baja con fuerza, ¿pretenderá acostarse conmigo?

Aprieto con fuerza los párpados.

¿Estarías dispuesta?

No me ha dado tiempo a procesar la duda que mi conciencia acaba de plantearme sobre mi propia moral, cuando suelto un suspiro en el momento en que recorre con la palma de las manos mi cuello, presionando con cuidado cada músculo. Al llegar a la nuca, se para.

Mi respiración a estas alturas ha dejado de importarme. La adrenalina corre y bulle por mis venas sin control, la tensión de saber cuál será el siguiente movimiento que efectuará me tiene en vilo.

Mi cuerpo se tensa al sentir que arrima sus labios a mi oído, Henry respira de forma pausada.

—Tranquila, Bella, hoy no te morderé —me susurra, consiguiendo que se me corte el aliento—. ¿Puedo? —me pregunta, mientras me retira una horquilla del cabello.

Asiento, conforme, despacio, con miedo de realizar un movimiento brusco y que el ambiente que se ha formado explote.

Podría haberlas tirado al suelo, pero me las está dando una a una, posándolas en la palma de mi mano. Al menos, tengo algo que hacer, algo a lo que agarrarme. La textura de la madera tallada de las horquillas es suave al

tacto, al igual que lo son sus dedos al deshacer el moño que llevo, firmemente, recogido en la nuca.

Finalmente, mi melena cae libre por la espalda. Henry sigue sin hablar, concentrado en la tarea de desenredar, con pequeños toques, los nudos que siempre se me forman por causa de los tirabuzones.

—Deberías llevarlo siempre suelto —me sugiere con tono grave.

Paso la lengua entre los labios antes de contestarle, tengo la boca seca.

—No es práctico.

—No eres tú. —Frunzo el ceño ante ese comentario. ¿Qué sabrá él quién soy yo? Echo una mirada por encima del hombro, y sus ojos se suavizan al encontrarse con los míos—. No me mires así, el tiempo me dará la razón.

—¿Eso crees? —«¿Estoy coqueteando con él?».

¡Síiii!

—Estoy convencido de ello. —Pasa las yemas de los dedos por mi cuello. Cierro los ojos por inercia y me fijo en que tiene los suyos entrecerrados al abrirlos—. Eres mucho más de lo que muestras.

—Todos somos más de lo que mostramos. —Contengo el aire al ver que se aproxima peligrosamente a mis labios. Esto no está bien... Me alejo, y meuerzo a mirar al televisor. Agilidad mental, ¡aparece!—. ¿Y quién es Henry Strom?

Una pequeña risita por su parte me deja entrever que no me va a responder, quizá se piense que ha sido una manera de esquivar su beso. Porque a quién quiero engañar, eso es lo que he hecho.

Me levanto sin saber muy bien qué hacer. Contemplo a Henry que sigue de cuclillas sobre el colchón de la cama sin prestar atención a la película, sin perderme de vista, con esos ojos verde agua que le brillan de una manera atrapante y me observan con detenimiento.

No puedo irme, no sin antes intentar saber algo, ni tratar de sacarle algún tipo de información.

Rodeo la cama y me siento en el otro extremo apoyando la espalda en el cabecero. Me cruzo de brazos y ahora que estoy descalza me permito subir las piernas.

—Me cuesta imaginaros siendo unos adolescentes —digo, haciendo referencia al grupo y aprovechando la temática de la película—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

Con un movimiento felino gatea de forma graciosa hasta mí, asintiendo. Al ver que no presto demasiada atención, cosa que no es verdad, se termina sentando a mi lado.

—¿Erais así? —Frunce el ceño, y decido aclarárselo—: Me refiero a que quizás erais el deportista, el cerebro o el raro... Tengo entendido que siempre habéis sido amigos.

—Sí, desde niños.

¡Viva la elocuencia!

¿Ya está? ¡No me piensa decir nada más!

Esto va a ser más complicado de lo que me esperaba. Cuando tengo la intención de continuar con la charla, suena un móvil, y él revisa la pantalla antes de levantarse y aceptarla. Se marcha a otra zona de la *suite* para hablar sin que lo pueda escuchar, y aprovecho para relajar los hombros.

Tengo mil razones para marcharme. No obstante, me he dado cuenta de que, durante el rato que llevo entre estas cuatro paredes con él, ha nacido en mí una curiosidad tremenda por saber quién es realmente Henry Strom.

No porque mi padre me haya pedido que lo haga, que también, sino porque existe algo en él que me intriga.

Me paso los siguientes quince minutos luchando contra el sueño y el

cansancio y, entre el murmullo de fondo del televisor y que habré dormido unas cinco horas en las últimas cuarenta y ocho, me cuesta mantenerme firme.

HENRY

He tenido que dejar sola a Bella en el dormitorio al recibir una llamada de Irlanda que no podía rechazar.

Me ha hecho gracia la manera tan absurda que ha tenido de eludir que la besara, aunque quizá haya sido lo mejor. No deja de ser la hija del señor O'Connell. No obstante, si llego a hacer caso a mis instintos, hubiese sido otro cantar.

Dejo el teléfono móvil sobre la mesa del pequeño salón que tiene la *suite* y lo pongo en silencio. No quiero tener más interrupciones. Me encamino al dormitorio y entonces me quedo estupefacto al encontrarla plácidamente dormida con medio cuerpo ladeado y abrazándose a sí misma.

Busco el mando a distancia y apago la televisión. Al final, no he visto nada. Entre lo atento que he estado a cada gesto que realizaba y lo divertido que era ver lo incómoda y tensa que se ponía a mí alrededor, no he prestado atención a la película.

No he podido evitar que, por un momento, dejara atrás esa apariencia de *estirada* que tiene. Cuando estuve tan cerca como para inhalar su aroma mientras le retiraba las horquillas del cabello, he pensado que ese sería mi final. ¡Joder!, estaba tan duro que incluso he agradecido la interrupción. Aunque sé que Bella no es una *groupie* que se vaya a tirar a mis brazos y follar solo con una de mis sonrisas picaronas.

Me ha descolocado algo la pregunta que me hizo referente a cómo éramos de adolescentes, pero puede que, simplemente, fuera a causa de lo que estábamos viendo.

Acaricio un mechón de su cabello cobrizo contemplando su belleza.

—Debes estar agotada para haber acabado rendida de esta manera
—murmuro.

Como no es necesario taparla, dado el intenso calor, me acuesto a su lado y me quedo embobado mirándola mientras su respiración pausada me indica cuan profundo es su descanso.

Bajo la vista a su escote, imposible no fijarme. La camisa blanca que lleva tiene los botones superiores desabrochados, sus pechos...

¡Buf!, mejor me giro o no podré pegar ojo en toda la noche.

5. Guatemala

HENRY

Despierto tal y como me quedé dormido, con una erección tan grande como la de un poste. Tener a Bella tan cerca no ayuda a que esto baje, ni mucho menos.

Tiene su mejilla posada en mi pecho, y con su brazo rodea mi cintura. La luz del sol entra de lleno por el gran ventanal que hay en el dormitorio. Sé que pronto despertará, y por alguna absurda razón quiero que eso tarde en ocurrir.

Acaricio su cabello con la palma de la mano y contemplo su rostro. Se la ve tan relajada, mucho más joven de lo que aparenta cuando lleva el pelo recogido.

Sujeto entre los dedos un mechón, y comienza a removerse. Roza la mejilla contra mi tórax y con la mano se frota un ojo de manera perezosa.

Y aquí es cuando llega el grito.

¡Oh, no!, eso sí que no.

Abre los ojos y mira a un lado y al otro de la habitación, como si no diera crédito al hecho de estar aquí, en mi cama y conmigo.

—¿Cómo has podido?! —digo, fingiendo indignación. Agarro la almohada que tengo detrás de la cabeza y me tapo mis partes con ella—. ¿Dime que sigo siendo puro y casto? ¿Dime que no te has aprovechado de mi cuerpo?

—¿Qué?!

—Aunque, bueno, si eso es lo que quieres... —Aparto de nuevo el cojín y muestro una sonrisa picarona, mientras levanto una ceja—. Tendré que sacrificarme para satisfacer a la dama.

—¡Dios! Eres..., eres... —No termina la frase, da un gruñido, ofuscada, y se levanta de un salto de la cama.

El aspecto de recién despertada que tiene con el pelo revuelto y el rostro un poco hinchado le da esa chispa de espontaneidad que le falta en su día a día.

Está a punto de abrir la puerta para salir cuando me acuerdo de que no he tenido aún la oportunidad de advertirle sobre Ray.

—Espera —le indico, antes de incorporarme e ir junto a ella.

—¿Ahora qué quieres? ¿Algún otro chiste gracioso a mi costa? —Se cruza de brazos mirándome fijamente.

—No me puedes negar que ha tenido su gracia. —Encojo los hombros exponiendo las palmas de las manos—. Pero mi intención no era burlarme de ti —le comento con seriedad—, tengo curiosidad por verte sonreír.

Bella suelta un suspiro y pone los ojos en blanco un instante.

—Dime qué quieres, Henry. No sé qué hora será, pero debemos prepararnos para el vuelo a Guatemala.

Decido no andarme con rodeos:

—No te fies de Ray.

—Ya soy *mayorcita* como para saber con quién me relaciono —manifiesta, malhumorada.

—¿Por qué siempre estás a la defensiva conmigo?

—¡Eso no es cierto! Soy así con todo el mundo.

—El otro día parecía que estuvieras muy relajada con él —le replico, dando un paso al frente. Ella da otro hacia atrás y su espalda choca con la puerta.

—¿Y a ti eso qué te importa!? No pasó nada entre ambos, vino a presentarse.

Eso... ¿y a ti qué más te da?

En el mismo instante que comenta que no sucedió nada entre ellos, siento

cómo mi cuerpo se relaja. Aunque sigo sin comprender el motivo por el cual me molesta tanto la idea de que haya una mínima posibilidad de que Ray esté interesado en Bella. Quizá sea porque conozco su trayectoria y no quiera que se aproveche. Sí, lo más seguro sea por eso.

—Mira, solo pretendía ponerte en sobre aviso.

—Pues ya lo has hecho —sentencia con rapidez.

—¿A qué viniste anoche?, ¿a todo esto? —Abre y cierra la boca, esquivo incómoda mi mirada y me doy cuenta de que no era para echarme la bronca por lo del programa de televisión. Pongo la palma de la mano en la puerta justo al lado de su cabeza y me inclino acercándome a su rostro para que no pueda desviar la vista—. Dime, ¿a qué viniste, Bella?

Unos golpes fuertes la sobresaltan.

—¡Despierta, Bella Durmiente, que llegamos tarde! —grita Max desde el otro lado de la puerta.

Me hace gracia que haya escogido precisamente esas palabras para avisarme.

—¿Tarde?! ¡¿Pero qué hora es?! —profiere ella, asustada.

En un movimiento repentino se da la vuelta y abre.

—¡Wow! —exclama Max, echándose para atrás al salir ella, apresurada, hacia su *suite*—. ¿Te puedo tachar como soltero?

—Pero ¿qué dices?

—Solo puntualizo un hecho. No hace tanto encontré a Alex y a Mey en la misma situación, y hoy en día están buscando agrandar la familia.

Eso no lo sabía...

—No digas tonterías, *bro*, Alex y Mey se quieren con locura. Aquí no hay amor. —Me señalo al corazón.

—Caerás, todos terminamos cayendo.

—Deja de decir gilipollices. ¿Cuánto tiempo tengo para arreglarme?

—Según Alex, tenías que haber estado en *hall* hace quince minutos.

—¡Joder! ¿Se puede saber por qué cojones no me avisaste antes? —le pregunto, mientras me pongo unos vaqueros con rapidez y meto a todo correr la ropa en una de las maletas que me quedaban por preparar. Menos mal que el resto de equipaje se llevó a la recepción el día anterior.

—Órdenes de mamá Fuller. Dijo que te dejará un rato más, aunque, posiblemente, me regañe cuando se entere de que interrumpí antes de tiempo. Pero le echaré la culpa a la insistencia de nuestro amigo por llamarme al móvil.

Pese a que mil preguntas se me pasan por la cabeza, solo hay una que, en concreto, ronda mi mente mientras recojo las horquillas que le retiré del cabello anoche a Bella. Y esa es: ¿cuál sería el motivo real por el que vino a hablar conmigo?

ADABELLA

Esta mañana casi llegamos tarde para pillar el avión. Por suerte soy previsora y tenía todo preparado. Aunque mi primera parada nada más llegar al hotel de Ciudad de Guatemala ha sido darme una ducha. Luego, he vaciado el equipaje sobre la cama, y ahí me percaté de que aún conservo en mi poder la baqueta de Henry. Esa que le retiré sin pensármelo dos veces antes de que golpease a un periodista en la cabeza.

No puedo... ¿Por qué mi padre tiene que pedirme este tipo de cosas?

No se da cuenta de que no soy uno de sus empleados a los que puede ningunear de cualquier forma. ¡Soy su hija! ¿Acaso la empresa es más importante que la conciencia de su única familia?

¡Qué estupidez más grande! Por supuesto que la discográfica es mucho más

valiosa. Ha luchado toda su vida para que la compañía fuera un gigante de la industria, un referente para los artistas y los oyentes.

Le importará poco saber qué opino al respecto y, mucho menos, si tengo remordimientos por ello. Estoy segura de que si le digo algo sobre el tema lo verá como una debilidad y me repetirá, como otras tantas veces, que debo madurar y ser implacable en estos temas si pretendo hacerme cargo del legado familiar y afrontar el liderazgo de Records O'Connell.

Henry no se merece que lo engañe.

No lo hagas.

¡Qué sencillo es decirlo! Me gustaría poder ser esa adolescente despreocupada, que disfrutaba de la música y soñaba con llevar la carrera de un grupo hasta el estrellato. ¡Qué ingenua era! En aquella época papá era un héroe para mí, era capaz de conseguir guiar todos los focos a donde quisiera que se fijara la gente. Hoy día, advierto todo lo que he tenido que dejar en el camino para terminar en esto: una mujer de veintisiete años asqueada de la vida, cansada de tener esperanza, y que ya no recuerda cómo es mostrar una sonrisa con sinceridad.

Puede que por ese motivo me ponga de los nervios la capacidad que Henry tiene para vivir y disfrutar cada segundo.

Suena el móvil. Es papá. Jamás he recibido tanta atención, por parte de él, como hasta el momento.

Pongo el teléfono boca abajo sobre el colchón de la cama, no quiero tener que ponerle excusas cuando me pregunte si ya he descubierto algo.

Alterno la mirada entre el iPhone que no deja de sonar y la baqueta. Mi padre no deja de insistir y me está poniendo de los nervios.

Una idea descabellada pasa por mi cabeza.

¿Quiere que me acerque a él?

Ten cuidado...

¿Quiere que consiga esa información?

Te vas a quemar...

¡Pues la tendrá!

Ya la hemos liado...

¡Cállate! ¡Deja de aparecer cuando te da la gana! Conciencia inoportuna y metomentodo.

Salgo de la *suite*, decidida, segura de lo que debo hacer. Camino la poca distancia que separa mi habitación de la suya y llamo a la puerta con los nudillos.

Mientras espero a que me abra, empieza a salir a flote alguna duda al respecto. Me alejo dando un par de pasos hacia atrás, y por suerte nadie atiende.

—Aún no es el momento, niña. —Me asusto al escuchar la voz de Martha, la madre de Adam, a apenas dos pasos de mí.

—¿De dónde ha salido? —inquiero con la mano en el pecho.

—Mi dormitorio está en esta planta. —Se le forman unas pequeñas arrugas alrededor de los ojos al sonreír, que transmiten cercanía—. ¿Esa es una de sus baquetas?

Bajo la mirada, la mantengo agarrada con fuerza en el puño. Miro a un lado y al otro del pasillo como si me diera sensación de que alguien me observa a la distancia, pero solo estamos las dos.

—Se la iba a devolver, pero parece que no está.

—Claro. —Levanta una ceja, y creo que no me cree del todo. De repente, me doy cuenta de una cosa. Quizá...

—Usted conoce a los chicos desde pequeños, ¿verdad?

—Para mí son como los hermanos que no tuvo mi hijo.

—Entonces, sabrá si Henry...

—Bella —me interrumpe, llamándome con el diminutivo que usa él—, cada uno de mis niños han pasado por situaciones delicadas/duras a lo largo de su vida. Yo no soy quien para romper la confianza que han depositado en mí y contártelo, pero te daré un consejo. —Rodea mi mano con la suya entre ambas, como si se tratara de un objeto valioso, la baqueta. Sus ojos adquieren un brillo que transmite algo extraño—. La única manera de llegar a la verdad es a través de la libertad, y, cuando eso ocurra, será demasiado tarde para ambos.

El murmullo de varias personas charlando entre sí me distrae, y Martha se aleja caminando hacia su *suite* cuando vuelvo de mi ensimismamiento. Aunque pretendo ir detrás de ella, las risas se hacen cada vez más cercanas...

Son el grupo Dark & Black Roses. Ray va delante. Su hermano menor, el batería de la banda, Axel, sonrío al verme y le susurra algo a Briton, el guitarrista, que hace un gesto obsceno imitando una felación. Ian, el bajista, le da una palmada en la espalda a Ray que avanza adelantándose a todos con la intención de hablarme.

—Hola, preciosa, ¿me estabas buscando?

—No exactamente. —Muevo la mano sin caer en cuenta de que es con la que sostengo la baqueta, y frunce el ceño.

—¿Eso es de Strom? —Asiento mirando de reojo a sus amigos, que no dejan de reírse mientras pasan por nuestro lado—. Deberías alejarte de él, no es como la gente se cree.

—Es curioso que me lo digas. Esta misma mañana escuché lo mismo de ti. —Ladeo la cabeza y entrecierro los ojos. No me gusta que me estén diciendo de quién debo alejarme o no.

Me sujeta de la muñeca, su rostro se pone serio y me acerca a su cuerpo.

—No estoy bromeando, no te conviene entrar en su vida.

—¡Suéltala, Larson! —La voz profunda de Henry aparece sin más. Giro la cabeza y veo cómo avanza con pasos decididos y los puños apretados.

¡Oh, no! ¿Qué va hacer?

6. Descontrol

HENRY

Una vez hemos bajado del avión, mi humor mejora. Cuando llegamos al hotel, me percató de la presencia de múltiples grupos de personas en el acceso a la entrada, unos están sentados en la acera y otros con tiendas de campaña. La limusina pasa cerca de las vallas donde se encuentran, y estos se levantan con rapidez del suelo, dan saltos y agitan las pancartas en las que aparecemos varios de nosotros. Algunas chicas, incluso, se ponen a llorar. No sé lo que gritan, es imposible escucharlas desde aquí dentro.

Puede que acabemos muertos del cansancio una vez finalice la gira, pero merece el esfuerzo con creces. Generalmente, no solemos recorrer tantos países en tan poco tiempo, pero, teniendo en cuenta que queremos tomárnoslo con más calma a partir del próximo año, decidimos aprovechar al máximo esta oportunidad y así agradecer a todos los fans el apoyo que nos están dando.

Miro de reojo a Max, es sorprendente lo que puede hacer el amor con una persona. Antes estaría pegado al cristal conmigo señalando a alguna de ellas y fantaseando con cómo se las llevaría a la cama. Sin embargo, se encuentra totalmente abstraído con el móvil. Lo más seguro es que esté hablando con Emilie.

Piensa en otra cosa que te vas a cabrear...

A su vez, John se encuentra con un ojo cerrado y el otro a medio abrir.

Estiro la pierna para darle con la punta del pie a Max para que me preste atención.

—Y a este, ¿qué le pasa? —Realizo un gesto con el mentón señalando a nuestro bajista—. ¿Acaso triunfó anoche y no me enteré?

—Aunque lo hubiera hecho, dudo que nos cuente, serías el último en

enterarte como de costumbre. —Se ríe Max, y frunzo el ceño logrando que cese de inmediato—. Joder, ¡qué susceptible estás! Necesitas echar un polvo con urgencia, *bro*. ¿Quieres que avise a...?

—No vayas tan rápido, que no me acosté con ella.

—¿Con quién? —pregunta John, entrando en la conversación.

—No le hagas caso que se va a creer importante y todo —le respondo, mientras estira los brazos hacia delante para desperezarse y comprueba que acabamos de llegar.

—No me lo creo, lo soy. —Max me muestra el dedo corazón.

No me da tiempo a contraatacar con alguna de mis genialidades, dado que el chófer reduce la velocidad y, al parar, un botones nos abre la puerta.

Lo primero que hago es ir directo al mostrador de la recepción. Casi ni presto atención a la decoración del lugar, después de tanto tiempo entre este tipo de edificaciones, todas me parecen similares. Lo que me interesa es saber dónde tienen el gimnasio, es algo de lo que siempre me preocupa.

Adam, Alex y sus respectivas chicas han llegado en un vehículo distinto, ya han recogido la tarjeta de sus dormitorios y se disponen a subir en el ascensor. El pequeño Peter no deja de dar saltos alrededor de su padre, quejándose de que Awen no deja de seguirlo y abrazarse a él.

La pequeña desde que aprendió a caminar es un tornado. No para quieta ni un segundo, y mucho menos cuando está cerca Peter. Las puertas del ascensor se abren, y ellos desaparecen en su interior. Vuelvo a centrar la mirada en la recepcionista, que continúa ruborizada, y le doy las gracias cuando me da la llave de la *suite*. El equipaje lo subirán los empleados en un par de minutos.

Decido ir a ojear el gimnasio, espero que tenga un saco de boxeo.

Cintas para correr, pesas, bicicletas estáticas... pero nada que se parezca a

un saco de boxeo. ¡Vaya mierda! Salgo al pasillo y bajo a la recepción con la intención de preguntar si existe la posibilidad de poner uno, aunque la recepcionista me dice que lamenta no poder ayudarme.

En momentos como este, me arrepiento de haber dejado el tabaco. Me concienzo de que no puedo volver a fumar, se lo prometí a mamá Fuller. Tendré que pensar en otra manera de poder relajarme y sacar fuera todo.

Me doy la vuelta para subir de nuevo a la *suite*; sin embargo, tengo que esperar a poder hacerlo en otro ascensor, ya que el capullo de Ray Larson y su *grupito* acaban de entrar en el que estaba disponible.

Decido saludarles, no hay que ser maleducado. Le levanto el dedo corazón y les muestro la sonrisa más exagerada de todos los tiempos. Antes de que se cierren las puertas, él imita el mismo gesto.

Será capullo...

Necesito quitarme la cara de mala leche.

Los chillidos de las *groupies* se escuchan con claridad desde donde me encuentro. Dispuesto a saludarlas desde la gran entrada del hotel, comienzo a caminar, y, en cuanto pongo un pie fuera, los decibelios aumentan considerablemente. Levanto la mano y, pese a que lo único que comprendo es mi nombre, me imagino que el resto de frases hacen referencia a que se alegran de verme.

Ególatra.

Solo un poco.

Vuelvo a entrar, pero más animado gracias a las fans. No obstante, la ira me invade una vez que se abren las puertas del ascensor en mi planta. Rojo, lo veo todo rojo.

El cabrón de Ray sujeta de la muñeca a Bella, están demasiado cerca uno del otro.

—¡Suéltala, Larson! —grito de repente, mientras avanzo hacia ellos apretando los puños.

¿Es que no me escuchó cuando le dije que no se acercará a él?!

Parece que no.

Sin meditarlo demasiado, sujeto de los hombros a Ray apartándolo de Bella, que da un alarido en cuanto me ve levantar la mano con la intención de darle un puñetazo en toda la cara.

—¿Estás loco?! ¡No le pegues! —me ruega ella, temblorosa, consiguiendo que me frene justo antes de que mi puño llegue a rozarle.

Pero el muy bastardo aprovecha mis dudas y me pega con todas sus fuerzas en el estómago. Me doblo ante el dolor, el cabronazo no ha perdido fuerza con los años.

Cuadro los hombros, mi respiración se acelera..., pienso descargar toda mi frustración usándole a él como saco.

ADABELLA

Esto no puede estar ocurriendo. Si la prensa se entera, una llamada de papá será lo de menos, no puedo permitirlo.

Henry se yergue, y su pose me indica que está a punto de golpearle. Tiene el ceño fruncido y la nariz dilatada, mientras su pecho sube y baja con rapidez.

Actuó y me situó en el medio de ambos extendiendo los brazos a ambos lados para que no sigan. Sé lo que puede llegar a parecer, pero no estoy defendiendo a nadie. Simplemente, no quiero que se maten el uno al otro.

—¿Queréis parar de comportaros como *gangsters*?! —les recrimino a los dos.

—Empezó él —replica entre dientes Ray.

—¿Defiendes a este *mierda*? —me pregunta Henry, mirándome a los ojos

con intensidad.

—¿A quién llamas *mierda*?! —le reta, alterado, Larson, que me empuja con el pecho para llegar a él. Me sujeto a los hombros de Henry. Creo que ha sido mala idea ponerme en el medio—. Hijo de...

—¡Se acabó! —me impongo, elevando la voz—. Ray, vete a tu *suite*.

—Pero...

¡Uf...! Este no te conoce.

—He dicho que te marches —le ordeno, marcando cada palabra que pronuncio—. A no ser que quieras que busquemos otros teloneros para lo que queda de gira.

Escucho como maldice a mi espalda e, inmediatamente, se aleja, pero no sin antes volver a meterse con Henry, al que tengo que agarrar con más insistencia de los hombros para que no vaya tras él.

Trago saliva con nerviosismo y levanto la mirada. Está cabreado, muy enfadado. Se aparta de mí con los ojos cerrados y los puños apretados para, acto seguido, dar un puñetazo a una pared.

—¿Es que estás loco?! ¿Pretendes lesionarte? —Ladea la cabeza en mi dirección, y tengo que volver a tragar con fuerza para no sentirme amedrentada por él.

—Te dije que tuvieras cuidado con él —me recrimina—. ¡Joder! ¿Lo haces a propósito? —me echa en cara, poniendo dirección a su dormitorio en pocas zancadas.

Pero bueno ¿de qué va este?

Frunzo el ceño y aprieto con fuerza la baqueta. Acaba de abrir la puerta de la *suite*, sigue gruñendo por lo bajo cosas sin sentido.

Alzo una ceja. ¡Ja!

Camino decidida y antes de que cierre, me cuelo dentro. Si se cree que me va a dejar con la palabra en la boca, está muy equivocado. Se extraña, y cierro tras de mí.

—Punto número uno, no eres nadie para hablarme de esa forma. Punto número dos —enumero, levantando los dedos a medida que avanzo—, no necesitaba que aparecieras con aires de héroe, no pasaba nada. Y punto número tres, eres un inconsciente. ¿Tienes idea de la que se puede formar si los periodistas se enteran de la que acabáis de montar?

Henry se ha mantenido callado mientras le he expuesto lo que pensaba, pero ahora avanza hacia mí con una mirada que me hace replantearme qué demonios hago aquí.

Su respiración continúa errática, aprieta la mandíbula con tanta fuerza que logro escuchar el sonido de los dientes chocando entre sí. Me mantengo firme, no me amedrenta, planto mis pies en el suelo y le devuelvo la mirada.

Arrima la cara a la mía y sus ojos me escanean.

—No tienes ni puta idea de quién es ese *cabronazo*, ni de lo que es capaz de hacer —me comenta, intentando vocalizar.

No se me pasa desapercibido el tono de odio que usa, y un pensamiento nada descabellado merodea por mi cabeza. A lo mejor, lo que la periodista esa, Dana, puede estar investigando sea algo del pasado que haya sucedido entre ambos. Así que me lanzo a por todas.

—Tienes razón. No lo conozco, pero no pienso juzgar a nadie sin darle el beneficio de la duda y descubrir por mí misma cómo es. Si me guiara por eso... —Me paro un segundo e inconscientemente miro a sus labios, y añado—: Tendría que sopesar algunos de los comentarios que he escuchado y me advierten sobre ti.

Las pupilas se le dilatan y una vena resalta en el lado derecho de su cuello.

Creo que está a nada de estallar. Da otro paso más, logrando que me mueva y que mi espalda choque contra la puerta. Sitúa ambas manos a cada lado de mi cabeza, acorralándome.

—¿Crees que soy peligroso? —susurra con un tono tan grave que me hace estremecer de pies a cabeza.

No sé qué contestarle. Si fuera un loco, se hubiera aprovechado de la situación cuando me quedé dormida junto a él. No obstante, el Henry que tengo frente a mí en este momento no es el mismo de ayer. Es más intenso, esconde mucho más de lo que muestra.

Abro la boca para contestarle:

—Creo que en cierta forma lo eres —le respondo, dándome cuenta de que acabo de suspirar mientras lo he dicho.

—¡Joder! No te fies de Ray —maldice con fuerza, golpeando de nuevo con el puño cerrado la puerta justo al lado de mi cabeza.

Suelto la baqueta que cae al suelo y pateo el suelo con el pie. Hasta ahora me había aferrado a ella como un salvavidas, pero ya no lo soporto más. Me está enfadando, y mucho.

Sujeto su mano para revisar que la tenga bien.

—Te he dicho que no golpees nada. —Y sintiendo que la sangre me hierve, añado—: Y deja de darme órdenes.

—¿Es que no lo ves?!

—¡No, no lo hago! —le replico, fijándome en la rojez que tienen sus nudillos. Por suerte parece que no se ha roto ningún hueso—. Debo ser algo lenta, porque no entiendo qué ocurre.

—¡Mierda de hotel! —¿Y ahora qué le pasa con el hotel?—. Necesito... ¡Mierda!

—¿Y ahora qué te pasa?! —inquiero sin saber nada de lo que dice. ¡Se ha

vuelto loco!

Cierra los ojos y vuelve a abrirlos aparentemente ofuscado. Su mirada se acentúa más, y me da la sensación de que acaba de explotar un volcán en su interior.

—Me pasa que este puto lugar no tiene un gimnasio decente, en el que pueda descargar tensiones —revela entre dientes—. Ocurre que no puedo ver a ese idiota de Larson, ni en pintura. Y ocurre que, por tu culpa, tengo la polla tan dura como una roca.

Bajo la mirada, y de mi boca sale un jadeo. ¡Madre mía!

No puedes negar que está bien dotado...

Lentamente, levanto la cabeza, sintiendo el latido del corazón en los oídos y siendo consciente de que acabo de juntar las piernas ante la vista de su excitación.

Acto seguido, sin saber cómo, Henry arrima su pelvis a la mía. Agacha la cabeza y me besa con furia. ¿Estoy soñando de nuevo?

¡Dulce realidad!

Nuestros labios se juntan, luchan entre ellos. Entreabro la boca permitiendo que su lengua se introduzca en la mía. Pero ¡¿qué coño hago?!

Me alejo un segundo para recapacitar y me relamo antes de realizar ninguna pregunta estúpida. El aspecto de Henry es más amenazador que nunca.

—Tranquila, Bella —habla él antes de ser capaz de hacerlo yo—, no me van los cuentos de hadas. No me verás besar el suelo por el que caminas después de esto.

—¿Y qué es *esto* precisamente? —Pero ¡¿qué hago dándole cuerda?!

Porque le deseas.

¡No!

Sigue negando la evidencia, llevas fantaseando con él desde que te plantó cara.

¡Qué va!

—Sexo —susurra contra mis labios, logrando que vuelva a prestarle toda la atención del mundo—, sexo sin ataduras. Estoy que reviento, Bella. —Guía mi mano a su entrepierna para que lo toque—. Y no solo es debido a la lujuria. Te necesito.

Alzo la mirada sin comprender a qué se refiere. La había bajado siguiendo el movimiento de su mano y, sin darme cuenta, había fijado la vista en nuestras manos sobre su paquete abultado.

—Y creo —musita, rozando sus labios con los míos—, que la idea no te desagrada.

Tiene razón, pero no es correcto.

Hago el amago de alejar la mano, que aún mantengo sobre el largo grosor de su pene, y él reacciona con rapidez. Mueve la que tiene libre para tocarme por encima de la ropa, coloca la palma de la mano cubriendo por completo todo mi sexo. Una ola de placer inmensa sacude mi interior al sentir cómo me humedezco ante la idea de dejarme llevar.

Jadeo, y debe de haber interpretado que estoy de acuerdo en continuar. Al menos he de reconocer que la idea, tal como él ha puntualizado, no me desagrada.

La pasión se desata. Nuestras bocas y lenguas se unen, se acarician, hambrientas. Con movimientos que apenas puedo controlar le retiro la camiseta y admiro durante un breve segundo los músculos de su torso, que están cubiertos de tatuajes.

En cuanto tiene oportunidad, rodea mis muñecas con sus fuertes manos subiendo mis brazos por encima de la cabeza y aprovecha para esparcir varios

besos en mi cuello. Realiza un movimiento con la pelvis imitando que me penetra, y me lo imagino rudo, hostil y fiero, tal y como es él.

Desliza sus dedos por mis brazos y llega a mis pechos, los frota por encima de la blusa, y jadeo dentro de su boca. Tengo los pezones sensibles, y me está volviendo loca.

Actúo, me subo la tela de la minifalda a la cintura y me bajo las bragas hasta las rodillas. La gravedad hace el resto y terminan en mis talones. Mientras tanto, Henry se desabrocha el pantalón vaquero y se lo baja sin contemplaciones.

Por alguna absurda razón, no fijo la mirada en su pene, sino que desvío la vista y me aseguro que las bragas no me hayan quedado enredadas en los pies. Cuando oigo el sonido de un envoltorio que se rompe, ya no hay vuelta atrás. Va a suceder, y quiero que suceda.

La punta de su miembro roza mi cadera, y me estremezco con la sensación del látex sobre mi piel. Me levanta en el aire sorprendiéndome, y la adrenalina bulle por cada rincón de mi ser.

—Rodéame con las piernas y sujétate a mi cuello con fuerza. —Otra orden, pero, en esta ocasión, se lo permito y le hago caso.

Me deja a la altura de su cintura, cosa que me extraña. Observo su rostro, acaba de sonreír de medio lado como dándome a entender que tiene todo controlado.

—Dime si te hago daño en algún momento —me advierte, bajándose poco a poco por su cuerpo justo antes de penetrar en mi interior de una embestida.

Ante la impresión, emito un sonido agudo. No me ha dolido, pero creo que aún no la ha metido del todo y estoy empezando a sudar con la idea de que no pueda albergarle por completo. Se ha quedado quieto. Me mira a los ojos y me da un beso en los labios mientras me susurra:

—¿Todo bien?

Lo único que logro decir es un «ajá».

Se retira sin salir por completo y vuelve a embestirme estirando cada músculo y llegando a lugares que pocos han conseguido tocar. Realiza el mismo movimiento, y esta vez clavo las uñas en su espalda con saña. Sus manos recorren mis muslos, masajean mis nalgas, y todo comienza a darme vueltas.

Golpea con insistencia entre mis piernas. Entra y sale, una y otra vez sin darme un respiro. Cada vez con más fuerza, con más ímpetu, dándome la sensación de que crece más y más. ¡Esto es imposible!

El roce de nuestra piel genera en mi clítoris un hormigueo, que reconozco al instante. Los espasmos involuntarios empiezan a rodearle, obteniendo mayor sensibilidad.

—¡Sigue, no pares! —le exijo con ganas de morderle, de arañarle, de... ¡Madre mía!

Aumenta la velocidad, me sujeta de la cintura y me maneja a su antojo. Arriba y abajo, una, dos, tres... Dejo de contarlas.

Gimo echando para atrás la cabeza cuando comienza mi orgasmo. Pero no se para, no permite que me recupere. Martillea con furia en mi interior e introduce la mano entre los dos, rozando con la punta de los dedos mi clítoris.

No me quejo. Clavo los talones en sus nalgas y decido mover la cadera. Henry me agarra del cabello y me deshace el moño con algún que otro tirón. Retiro la cabeza del hueco de su cuello y capto que su mirada ha adquirido un brillo de lujuria que me deja sin habla.

Pone las palmas de las manos en mis hombros y, mientras sube la cadera, desciende mi cuerpo ayudándose de ellas. Ningún hombre me ha tratado así, e, incomprensiblemente, me gusta.

El sudor empapa nuestros cuerpos, el olor a sexo invade mis fosas nasales. No tardo en sentir de nuevo el cosquilleo preliminar a otro orgasmo, y se da cuenta de ello porque me insta a que lo mire a los ojos mientras acelera más y más. Pero cuando comienzo a dejarme llevar, me besa, y siento que él también se abandona por completo alcanzando su propio placer.

Al poco rato, mece su pelvis hasta quedar completamente quieto. Posa su frente en la mía, mientras nuestras respiraciones intentan volver a la normalidad. Nadie dice nada, todo es un silencio extremo.

Me ayuda a bajar y me sostiene de los brazos hasta que logro tener estabilidad en las piernas, que no dejan de temblarme. Me pongo las bragas, esas que están en el suelo, como mi vergüenza. Me bajo la falda y...

¿Ahora qué?

7. Dilema

HENRY

Me mantengo pegado a Bella hasta que compruebo que es capaz de sostenerse por sí misma sin perder el equilibrio, y, luego, mientras ella se viste, aprovecho para retirarme el preservativo y echarlo a la papelera. Me subo el pantalón, pero sin quitarle a mi bella fiera los ojos de encima. No puedo dejar de mirarla.

¡Joder! Más estúpido y no nazco.

Fue ver a Ray sujetarle de esa manera y entré en cólera. Necesitaba sacar de alguna manera todo lo que tenía dentro. Y como me fue imposible partirle la boca, e ir a quemar la ira en el gimnasio estaba descartado... ¡Mierda!

El sexo ha estado de puta madre.

De eso no hay duda. Ha estado genial, pero seguro que, a partir de ahora, tendré que evitarla, o puede que sea ella la que lo haga. Será incómodo que realice su trabajo, y todo por mi culpa, por no ser capaz de mantener la polla dentro del pantalón.

—Bella... —la llamo, y levanta la cabeza.

—¿Qué? —me pregunta, mientras intenta recogerse el cabello. Me encantaría poder decirle que se lo deje suelto, pero temo que se lo tome como que quiero algo más.

—¿Estás bien? Me refiero a que si he sido demasiado brusco —le explico, preocupado.

No suelo dejarme llevar de tal manera con normalidad, aunque disfruto demasiado con el sexo duro. Ese es el motivo por el cual me encantaba salir a los clubs con Max, aunque ahora esa opción está descartada por motivos obvios. Cuando daba con una chica en ese entorno, hablaba sin tapujos sobre

el sexo, y, si estaba de acuerdo, follaba como un salvaje hasta quedar agotado. Sin embargo, a la mayoría de las mujeres no les agrada la idea de tener a un hombre entre sus piernas que sea una bestia. Prefieren al típico *romanticón* que da caricias y besos tiernos.

—Lo estoy. Ha estado bien. —Se encoge de hombros—. Tenías razón, era algo que ambos queríamos. Lo hemos disfrutado, somos adultos, y no tiene que ir más allá.

Debe de haber notado mi expresión de sorpresa, ya que acaba de levantar una ceja. No es la habitual respuesta que me encuentro en este tipo de casos, fuera del entorno de los locales del ambiente liberal. Lo normal cuando me acuesto con una mujer, suele ser que no tenga que verla más en mi vida, o que ella se piense que vamos a continuar con algún tipo de relación. ¡Ni loco! Me gusta demasiado mi libertad como para atarme a una sola persona.

Aunque he de reconocer que la idea de volver a repetir me está animando bastante, teniendo en cuenta lo rápido que me estoy recuperando.

—¿Con que ahora soy un adulto? —Me cruzo de brazos y levanto las comisuras de los labios mostrándole una sonrisa socarrona.

—Eso espero, no me gustaría pensar que me has convertido en una pedófila.

—¡No doy crédito! —Me llevo las manos a la cabeza—. Adabella O'Connell intentando hacer un chiste... Ver para creer.

—Yo... —Frunce el ceño—. ¿Lo he hecho?

Me aproximo a ella. Es una belleza, de eso no hay duda alguna, es sensual y desafiante a partes iguales. Su espectacular melena pelirroja unida a esa mirada que derrocha fuerza y determinación me excitan casi tanto como lo hacen sus curvas.

—Sí, aunque aún no has superado al maestro —le comento, sacando pecho.

—Creo que es difícil superarte haciendo el tonto —me contesta, reprimiendo lo que parece ser una sonrisa.

—Siempre te puedo seguir dando clases particulares. —Subo y bajo las cejas de manera graciosa, y suelta una carcajada.

Me quedo maravillado ante el sonido de su risa. No es fingida, ni tampoco es forzada, es... única.

—Descansa, Henry. Y no te metas en líos, que mañana tenéis un concierto al que acudir —me dice, negando con la cabeza. Con todo, antes de abrir la puerta para dejarme a solas en el dormitorio, se agacha para recoger del suelo una de mis baquetas.

—¿Eso no era mío?

Me echa una mirada por encima del hombro y sonrío de medio lado.

—Era, tú mismo lo has dicho —espeto, justo antes de salir al pasillo.

No me ha dado tiempo ni a despedirme, pero puede que sea mejor de esta manera. «Se lo ha tomado muy bien», pienso, mientras entro en el baño para tomar una ducha.

ADABELLA

¡¿Pero qué he hecho?!

Follar...

He tenido que salir lo más rápido que he podido en cuanto vi que se acercaba a mí. Una cosa es fingir que no me tiemblan las piernas gracias a la pequeña distancia que manteníamos, y otra muy distinta es intentar conservar la serenidad cuando me mira con esos ojos de depredador.

Pego la espalda a la pared para intentar aclarar las ideas. Se me presenta un dilema, no solo ético, sino también moral. Acabo de tener sexo con uno de

los chicos del grupo que debo representar hasta el final de la gira; para más inri, por si fuera poco, me he tirado al que mi padre quiere que espíe y le sonsaque información sobre su pasado.

—¡Hey, Bella! —me saluda Emilie, la hija de Mike, dándome un susto de muerte que hace que me lleve la mano libre al pecho. Luego, me doy cuenta que va acompañada.

—Pero ¿qué tengo que hacer para que me llaméis por mi nombre? —me quejo, medio cabreada.

—¡Ay, no!, ahora que me he aprendido *ese*, no pienso llamarte de otra manera —espeta Mey, la pareja de Alex, el vocalista.

—No le hagas caso —interrumpe Alice, realizando un gesto con la mano para quitarle importancia—, si tanto te molesta, te llamaremos cómo quieras.

—Qué más da, Henry... —Mencionar su nombre en alto justo ahora mismo logra que me suba la temperatura—. Digo, Henry ya se ha ocupado de ello.

—Espera un maldito segundo. —La rubia da un paso al frente. Trago saliva ante el escrutinio al que me somete su mirada—. ¡Te lo has follado!

Al escucharlo agrando los ojos ante su afirmación y, sin casi pensarlo, intento tapanle la boca.

Esta tía tiene un radar.

—Shhhh, no grites.

Me aparta la mano de la boca y sonrío de forma eufórica.

—¿Es cierto? ¿Estás con él? —Alice, otra más con esa sonrisa. Dirijo la mirada a la que queda, y... ¡Mierda!

—No, no lo estoy —susurro, acercando el rostro lo máximo al de ellas de manera confidente.

—¡Uy!, necesitas una charla de chicas —afirma Mey, sujetándome del

brazo—, te vienes con nosotras inmediatamente.

—Lo que pasa es que no quieres que hablemos de ti —le acusa Alice, levantando una ceja.

—Exacto, tenemos un tema mucho más jugoso entre manos del que charlar. ¡Venga! —Tira de mi brazo para que la siga, pero no doy un paso hasta que escucho el murmullo de la gente y decido seguirlas para que no llegue a oídos ajenos la conversación.

No tengo ni idea de qué hago aquí. Juego con la baqueta de Henry entre los dedos intentando no hacer mucho caso de las ideas alocadas de Mey, que habla sin control sobre la buena pareja que haríamos y esas cosas.

Alice es un poco más cauta. Opina que es asunto nuestro y que ella no debe interferir. Mientras tanto, Emilie no deja de reír ante la discusión que mantienen.

—¿Son siempre así? —le pregunto a esta última.

—Siempre —asegura, asintiendo con la cabeza—. ¿Puedo hacerte una pregunta? ¿Lo amas?

Me atraganto al instante y casi escupo el zumo de naranja por la boca al escucharle tal cuestión. ¿Amor?

Tengo la sensación de que la cafetería del hotel me observa expectante a que dé una respuesta, y en cierta forma es así. Tanto Mey como Alice se han quedado calladas y me miran fijamente. Cómo no, sonriendo.

—¡No! —exclamo, y me arrepiento al instante, ya que varios comensales se han girado para saber qué ocurre—. No, no estoy enamorada.

—Vaya —murmura Emilie, poniendo una mueca de disgusto en la cara—, ¡qué pena! El amor es algo indispensable.

—Bueno, eso puede cambiar... —¡Otra vez no! La rubia ataca de nuevo—.

Yo me enamoré con el tiempo de Alex. Pero a lo que vamos... —Vuelve a girar la cabeza y me echa una mirada que da miedo—. Cuéntanos, ¿cómo de grande la tiene?

Abro la boca sin dar crédito a lo que mis oídos escuchan. Y la mujer continúa realizando preguntas: ¿te ha dejado satisfecha?; ¿sabe moverse bien?; ¿habéis usado precauciones? Miro de reojo a Emilie que está roja como un tomate. Me imagino que es el mismo aspecto que debo tener yo en este instante.

—¡Para! —Me obliga de nuevo a levantar la voz, y estoy segura de que en breve vendrá alguien de dirección a regañarme por montar algún escándalo—. No voy a hablar de esos temas.

Aburrida.

«No las conozco, no son mis amigas», respondo a mi conciencia de manera absurda.

De esta forma jamás lo serán.

No necesito amigas.

Sigue engañándote.

—Yo prefiero no saber muchos detalles...

—Dice la que le va el sado —le refuta con rapidez Mey.

—Primero, no me va el sado. Max es dominante, no un sádico —le expone con seriedad ella—. Y segundo, Henry es como un hermano mayor para mí. Y saber lo que hace un hermano con una chica es ¡puaj! —Sacando la lengua hacia fuera, realiza un gesto de desagrado que me parece gracioso.

—Alice. —Mey mira a su amiga y sujeta las manos de Emilie que están posadas encima de la mesa—. La niña se nos ha hecho mayor. ¡Estoy tan orgullosa!

—Deja de meterte conmigo y sigue con Bella. —Em se tapa la boca con las

manos—. Perdón, Adabella.

—Eso, venga... —Dejo caer la espalda en el respaldo de la silla con pesadez.

—Al menos concédele una respuesta o no parará hasta saber algo. La conozco, sé que no te dejará en paz —me aconseja Alice.

Resoplo y comienzo a recordar el breve pero ardiente encuentro que hemos tenido en su *suite* hace menos de una hora. Carraspeo al darme cuenta de que me he vuelto a excitar. ¿Y cómo no hacerlo!? La forma con la que me sujetaba, firme y contundente. Sus besos, fieros y agresivos...

—De acuerdo —acepto, y consigo toda su atención—, usamos precauciones.

—¡Venga ya! Algo más jugoso —apremia la rubia de nuevo.

—Eres insaciable —le acuso, y ella asiente con la cabeza—. Como quieras, me dejó satisfecha.

—¿Repetirías?

—¡Mey! Déjala, ya te ha contestado.

—Alice, no te metas, que nos conocemos. —Esta solo pone los ojos en blanco y se encoje hombros.

—Pues no lo sé... No creo que sea muy correcto.

—¡A la mierda la corrección!

—¿Oye, tú no estabas intentando dejar de decir tantas palabrotas?

—Pequeña Em, como habrás notado, no hay niños a la vista. Y, mientras eso ocurra, puedo soltar por mi boca lo que me dé la gana.

—Vale, vale. Yo solo preguntaba. —Levanta las palmas de las manos, escudándose.

—A lo que iba, que estas dos no dejan de interrumpirme. —Como si ella

hablase poco—. Tienes que hacer lo posible para venir a su cumpleaños.

—¿Su cumpleaños? —Frunzo el ceño sin entender muy bien.

—¡Sí! Su cumpleaños, es el dieciséis de febrero y queda muy poco. Aún no sabemos dónde o qué tiene pensado hacer. Pero, desde hace meses, lleva avisando de que ese día nos olvidemos de tener con nosotros a los niños. Y como ahora está la madre de Adam, no creo que sea problema.

—Pero... ¿y la gira?! —Agacho la cabeza ante la queja de una familia que nos pide que bajemos la voz.

—Eso es lo mejor, que cuadra con la semana de descanso que tienen después del concierto de... —Se queda callada, me imagino que intentando recordar el nombre de la ciudad.

—Managua —dice su amiga Alice, adelantándose a que dé la respuesta.

—Eso. No me aclaro con todo lo que tengo en la cabeza.

Me paso el resto de la tarde de charla con las chicas, que parecen muy simpáticas. Mey es muy directa, me cae bien.

Me recuerda a alguien.

«Yo no soy tan mal hablada», replico de inmediato.

Alice y Emilie son mucho más comedidas, pero, juntas, son un torbellino. Me he enterado de que Mey está intentando quedarse embarazada. Y que necesitaba desahogarse un poco, dado que le ha bajado la menstruación y eso la ha dejado algo apenada. Aunque, según ella, no es para tanto. A pesar de eso, la mirada de preocupación que vi en su amiga Alice me dice que sí es algo que debe afectarle.

Más tarde, le toca el turno a la *pequeña Em*, como la llama la rubia. El interrogatorio a la que la sometieron las dos fue digno de Guantánamo. Pobre chica. No pararon hasta saber si había hecho un trío. Cosa que negó al instante. Pero sí que terminó confesando que le gusta observar.

Por el contrario, Alice solo tiene palabras de amor para su marido Adam. Se le ilumina la cara con el simple hecho de mencionarlo. Al conocerla, su historia de amor me ha dejado sin palabras.

Conforme más me adentro en sus vidas, me doy cuenta de que los chicos de Slow Death son mucho más de lo que aparentan.

Termino pidiéndome una copa, pero como no suelo beber a menudo, por no decir nunca, estoy medio borracha con una copita de nada.

Mey pulsa el botón de la planta en el ascensor.

—Enorme, la tiene enorme... —suelto entre risas.

—Mañana se va arrepentir de lo que dice —murmura Emilie.

La rubia coloca las manos en el vientre y comienza a reírse sin parar. Las puertas del ascensor se abren, y me acompañan hasta mi dormitorio. Alice tiene que ayudarme a introducir la tarjeta de magnética para que pueda entrar, y me despido de ellas dándoles un abrazo.

—Tenemos que repetir —balbuceo.

—¡Dios, es peor que yo! —grita Alice, que se gira para decirle algo a su inseparable amiga. Yo también quiero una amiga inseparable...—. Ni se te ocurra darle jamás un *gin-tonic*.

Creo que no lo entiendo. Pero me da lo mismo, la cabeza me da vueltas. Arrastro los pies y me dejo caer en el sofá blanco que hay en la entrada a la *suite*.

—Buenas noche, Bella. Sueña con ese semental —se despide mi interrogadora particular.

Alzo la cabeza dejando un hilo de baba que va desde mi boca al sofá y frunzo el ceño. Sé que debo decirles algo, pero me cuesta reaccionar... ¡Ay, ya lo tengo!

—Chicas, no comentéis nada de lo de Henry, por favor.

—Tranquila, solo lo hablaremos con nuestros chicos. Y saben guardar un secreto —me asegura la rubia, cerrando la puerta y dejándome a solas y en silencio... Mmmm, ¡qué bien!

Espera. Me yergo de inmediato y me entra una arcada que reprimo. ¡¿Cómo qué se lo van a contar a sus parejas?!

8. ¡Viva Las Vegas!

HENRY

Tras los acontecimientos en Guatemala, Bella se ha distanciado, como me temía. No es que me preocupe demasiado, puesto que, al fin y al cabo, ella misma lo dijo: «Solo es sexo». Sin embargo, tengo la extraña sensación de que mis amigos saben algo de lo ocurrido, ya que, de vez en cuando, me han soltado alguna indirecta sobre las miradas que me lanza a escondidas, cosa que no he podido corroborar.

Ray, por suerte, no ha vuelto a cruzar palabra conmigo; miradas asesinas en cambio, unas cuantas, en las pruebas de sonido, en los pasillos de los hoteles e, incluso, de cara a la prensa.

Capullo.

Pero debo tener la cabeza fría y que no me afecte. Me dejé llevar demasiado en la última ocasión, y si no hubiera sido por ella que me pidió que parara dejándolo ir...

Los conciertos de Ciudad de Guatemala y de Tegucigalpa fueron de puta madre, aunque el cansancio empieza a afectarnos. Las actuaciones de San José de Costa Rica y la Ciudad de Panamá nos las tuvimos que tomar con más tranquilidad. No estamos habituados al calor asfixiante de estas latitudes, pero, tras el que hemos tenido hoy en Managua, podemos disfrutar de una semana de descanso hasta que retomemos de nuevo el calendario. Aunque no vamos a quedarnos en Nicaragua.

Llevo planificando mi cumpleaños desde que supe las fechas exactas en las que podría celebrarlo. ¡Y cuadra genial! He hablado con mamá Fuller y con Charles para saber si no les causaba molestia quedarse con los niños durante el tiempo que estuviésemos fuera, y su respuesta me dejó un tanto desconcertado: «Deberás vivir el presente, para formar un futuro».

Amo a esa mujer. Creo que todos coincidimos en que ha sido una luz en nuestras vidas, pero, cuando se pone en plan místico, da miedo de cojones.

Estoy intentando relajarme a mi modo en el gimnasio del hotel, pero me está siendo un tanto complicado. Alex y Adam no dejan de tocarme los huevos, y golpeo de nuevo el saco con fuerza. Comprendo que quieran saber el lugar de la celebración. Ellos, al tener hijos, son los más interesados en conocer qué sucederá. Al final, termino confesándolo todo para que me dejen en paz.

—¡Las Vegas, joder, nos vamos a Las Vegas! —les comunico, mientras rodeo el saco con ambos brazos para que deje de balancearse.

—¡Oh, no, otra vez no! —Niega con la cabeza Adam—. La última vez casi me metes en un lío con mi chica.

—Esta vez será distinto, las chicas podrán venir —le explico.

—Por mí, no hay problema, a Mey le irá bien disfrutar de una escapada —dice nuestro vocalista.

A mi espalda escucho como se aproximan el resto de los chicos. Max levanta el pulgar aprobando la salida. Y John... ¡¿Qué mierda hace?!

—¡La tierra llamando a John! *Bro*, deja el puto móvil de una vez y atiende a lo que hablamos.

—Sí, Las Vegas... Está bien —me responde, levantando la mirada un instante para, posteriormente, volver a lo suyo.

—¿Irás con nosotros Bella? —me pregunta Max.

—Es mi cumpleaños, va a ser la mayor fiesta de la historia. ¿Quieres joderme la diversión acaso? —Levanto una ceja y le indico a Alex, que está más cerca de mí, que me ayude a quitarme los guantes.

—¿Seguro que no quieres que vaya? —cuestiona Adam. Aquí ocurre algo que no me huele bien.

—A ver, ¿se puede saber qué cojones os pasa últimamente con meterme a

nuestra *tour manager* hasta en la sopa?

Alex me lanza una mirada y da un paso para luego darme con la mano abierta en la nuca, tal y como haría mamá Fuller.

—Así que ahora es nuestra *tour manager*... ¿Y qué mierda era cuando te la follaste? ¡Idiota! —Agrando los ojos, mientras me froto con la palma de la mano la nuca.

—¿Cómo os habéis enterado?

—¡Joder, tío!, nunca te enteras de nada —me asegura Adam—. Tu chica ha hecho amistad con las nuestras.

—Frena el carro, que Bella no es mi chica, solo tuvimos un momento fogoso.

Max se ríe, y yo ladeo la cabeza con curiosidad.

—Fogoso, dice... —No deja de soltar carcajadas entre palabra y palabra—. Le llegas a mostrar más llamas, y la mujer no puede caminar en un año.

Adam me da con la palma en la espalda mientras me muestra su sonrisa.

—Henry, te ha dejado por todo lo alto —comenta él.

—¡¿Qué?!

—Digamos que una *diablilla* rubia le tiró de la lengua —espeta Alex.

—Venga, *bro*, no pongas esa cara. Llevo un par de días queriendo soltarlo, y, al fin, puedo meterme contigo —reconoce Max sin dejar de reírse.

Me doy la vuelta dejando que se descojonen a solas y me largo a darme una ducha. Cuando vea a Bella, me va a escuchar...

ADABELLA

Termino de enviar un *e-mail* al gabinete de prensa de la discográfica para que avisen de los cambios que se van a producir con las fechas de los

conciertos en Buenos Aires, ampliándose a dos días consecutivos dada la demanda de personas que irán.

Camino distraída por el pasillo del hotel con el móvil en la mano cuando noto que alguien me sujeta del brazo. Subo la mirada, y es Mey.

—A ti te quería ver yo —me anuncia, mientras se retira de la cara uno de sus mechones rubios.

—¿Ocurre algo?

—Ocurre que aún no me has dicho si nos vas a acompañar a la celebración del cumpleaños de Henry. —Se cruza de brazos.

—¿No debería ser él quien me invitara? —le contesto, dudosa de que Henry quiera que vaya.

No es que no quiera ir, lo que sucede es que me siento mal tras mi poca falta de sutileza al irme de la lengua sobre lo que pasó entre los dos cuando estuve con las chicas. Me puse en la situación de él, me imaginé que me enteraba de que se lo contaba a sus amigos y... me enfadé.

Ahora no sé cómo mirarlo a la cara. Por eso, no he estado en las últimas semanas cerca de él. Al día siguiente busqué a las chicas, pero era demasiado tarde. Me confesaron que ya habían hablado con sus parejas. Me da la sensación de que lo hicieron a propósito.

Mientras tanto, mi padre no deja de presionarme para que le dé algún tipo de avance con la investigación. ¡Ni que fuera Sherlock Holmes!

—¡Qué más da lo que diga él! —exclama de repente, alejándome de mis pensamientos—. Todas queremos que vengas. Cuantas más seamos, mejor. Además eres muy graciosa cuando bebes.

—No te rías, no debí beberme esa copa.

Mi teléfono vuelve a sonar. Miro la pantalla, es mi padre de nuevo.

—No dejaré de insistir hasta que me digas que sí.

—Mey..., lo pensaré. —El sonido de la llamada me pone de los nervios—. Te dejo, que tengo que contestar.

—Te iré a recoger en dos horas a tu dormitorio, lleva lo esencial.

—Aún no te he dicho que iré —le replico, levantando un poco la voz, ya que se está alejando por el pasillo dando por sentado que acudiré.

—¡Las Vegas nos espera!

—¿Las Vegas? —murmuro para mí.

Mi padre ha colgado, pero vuelve a la carga en menos de dos segundos. Pongo los ojos en blanco y, tras respirar hondo, contesto:

—Dime...

—Te he dicho mil veces que contestes a la primera. Soy un hombre ocupado, no puedo estar detrás de ti a cada rato como si fueses un bebé, Adabella.

—Yo también estaba ocupada, y no puedo estar pendiente del teléfono a cada instante. Dime para qué llamas.

—Si hicieras bien tu trabajo, lo sabrías. —Voy a responderle, pero no me lo permite, y prosigue—: Las Vegas, se van a ir esta misma noche.

—Lo sé, me acabo de enterar... —le explico con cansancio. Apoyo el móvil en el hombro y abro la puerta de la *suite*, y así no mantener esa conversación en el pasillo.

—Tenías que ser la primera en enterarte. Dana acaba de salir de Londres con dirección a Estados Unidos nada más enterarse. —Me paraliza al escuchar el nombre de la periodista.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Quiero que no te separes de él, que seas su maldita sombra durante los dos días que va a estar allí y que no permitas que esa periodista se le acerque.

¿Me has entendido bien?

—Pero...

—He dicho que si me has entendido bien.

—Sí, papá, alto y claro —respondo sin ganas.

Termina la llamada sin ninguna despedida, ni palabra de ánimo o de cariño. Y es algo a lo que me he acostumbrado.

Unos golpes en la puerta me sobresaltan. ¡¿Y ahora qué?!

Abro y me encuentro con Henry, cara a cara. Cabello húmedo, mirada penetrante, pecho descubierto...

Adiós, bragas.

Por la expresión que tiene, creo que le ha llegado el rumor sobre mi desliz con el alcohol y...

—¿Por qué has estado contando que nos acostamos?

—No lo he estado contando, se me escapó. Entra no quiero que nos escuchen... —Le hago un gesto con la mano, invitándole.

—No quiero.

—Está bien, pues quédate fuera —le provoco, cruzándome de brazos.

—¿Qué le contaste a las chicas? —insiste en seguir con el tema.

—No lo sé, no me acuerdo muy bien... —Y no es una mentira del todo, no suelo tomar bebidas con alcohol y, pese a que sé más o menos lo que solté por la boca, no lo recuerdo con precisión.

—¡Uy, en eso puedo ayudar yo! —Abro la boca, sorprendida, cuando veo que Mey se aproxima, acompañada de su novio. Escucho como Alex le susurra que no se meta, y ella le contesta que se calle. Así, sin más—. Veamos... —Se toca el mentón con el dedo índice—. Dijo que quedó satisfecha, y que la tienes...

—¡Ya llega! —la interrumpo para que no siga.

—¿Tienes la maleta hecha? —Me sonrío con cinismo ella.

—¿De qué habla? —Henry mira a su amigo—. Alex, ¿tú sabes algo?

—No me metas en tus líos, apáñatelas tú, solito —se excusa él.

—Bella viene con nosotros a Las Vegas —les informa la rubia.

—No. No va. —Niega Henry con la cabeza.

—Entonces, yo me quedo con ella —le reta Mey, dando un paso al frente.

—Henry, si mi Diosa no va, yo tampoco.

—¡Ves lo que consigues! —me acusa.

—¿Yo? —me sorprendo ante el tono agudo que sale de mi boca.

—Sí, tú. Solo quería tener una fiesta como las de antes, poder disfrutar con todos mis amigos de una buena juerga, y te la estás cargando. Es imposible que nos divirtamos si vienes, ni siquiera sabes cómo hacerlo.

La afirmación que lanza Henry me provoca, me irrita, y... en este instante, quiero quitarle esa sonrisa de arrogancia que tiene en la cara.

—Mey, voy con vosotros. —Ladeo la cabeza y fuerzo una sonrisa irónica.

—¡No! —se queja Henry.

—¡Sí! —afirma Mey, dando un salto de alegría—. Voy a avisar a las demás. —Se acerca a mí y me da un abrazo antes de decir—: ¡Viva Las Vegas!

Durante el viaje en avión me he sentido extraña. Sí, me llevo bien con Alice, Mey y Emilie, pero compartir un tiempo de placer con el resto de la banda es algo... raro. No sé cómo comportarme sin ser la repugnante controladora de siempre.

Henry ha dispuesto todo para que los padres de Adam viajen con nosotros, y, aunque no se quedarán en el mismo hotel, el hecho de que los niños estén

cerca de sus padres es un gesto que han apreciado.

Llegamos al hotel Palms en plena noche. El movimiento de la gente eufórica por ir al casino me sorprendió. He viajado mucho en los últimos años, pero nunca había estado en esta ciudad.

Cuando me he acercado con el resto del grupo hasta la recepción, me he quedado sin habla al enterarme de que Henry no ha escatimado en gastos para la fiesta. Ha reservado una planta entera para todos; según él, de esa manera no se molestará tanto al resto de los huéspedes.

Por lo poco que le he escuchado decir, ha diseñado un *tour* de locales a los que quiere acudir, y, cuando eso acabe o el cuerpo no aguante, podremos llegar y descansar o proseguir con la fiesta en las *suites*.

Creo que eso último iba con una intención que no quiero plantearme.

¿Celos?

No, no tengo *celos*. Es... es complicado de explicar. A pesar de que sé que nos acostamos por un arranque de pasión, me es difícil de digerir si tengo que verlo con otra mujer.

Eso en mi tierra son celos.

—Bella, tú te vienes con nosotras a prepararte. Dejemos a los *machos* que hablen de sus cosas por un rato —ironiza Mey, que me sujeta la muñeca y tira de mí para que entre con ella en una de las habitaciones.

—Pero tengo mis maletas en la otra...

—¡Ay, no!, esta noche te he escogido yo la ropa.

¿Qué?!

—Hazle caso o no parará... Te lo digo por experiencia —me aconseja Alice, que no deja de tocarse con nerviosismo el colgante que lleva puesto.

—Y tú —le indica su amiga, girándose para encararla—, para de pensar en

Awen. Está con sus abuelos, no le va a pasar nada porque te diviertas un poco.

—Yo ya tengo un conjunto escogido —murmura Emilie, que retira un corsé de color negro y burdeos precioso.

—¡Hostia! ¡Me encanta! —exclama la rubia, que aprueba su vestimenta.

Miedo me da preguntar qué tiene preparado para mí.

Me paso la siguiente hora sintiéndome una maniquí a la que visten, maquillan y peinan. No me miro al espejo por miedo a lo que puedo encontrar. Aunque cuando me informan de que ya estoy lista, me levanto con reticencia y me aproximo al espejo para comprobar el aspecto que tengo.

¿Quién es esa?!

La Bella divertida, y no la ejecutiva agresiva de siempre.

Llevo una falda de gasa con vuelo en color dorado y una blusa de seda con un escote pronunciado que realza mis pechos. El pelo me lo ha peinado suelto en tirabuzones, que me llegan hasta la mitad de la espalda. Me fijo en mi rostro, por suerte no me han puesto como un payaso, el maquillaje es tan tenue que parece natural y lo que más destaca son mis labios rojos.

—Perfecta —comenta Emilie.

Cuando salimos del dormitorio, todos sin excepción se giran y enmudecen al ver a sus parejas arregladas para la ocasión. Me siento un poco desplazada al comprobar como Adam, Alex y Max se lanzan a los brazos de sus respectivas chicas y las adulan con cumplidos, mientras las besan o les hacen una muestra de cariño.

Ahora sí que siento celos...

De reojo veo a Henry que está bebiendo y charlando con John a poca distancia, da una palmada en el aire y camina decidido directo hacia Alex y Max.

—¿Podemos irnos ya? —pregunta con impaciencia.

9. ¡Dos!

HENRY

Bella está preciosa. Cuando ha salido del dormitorio con las demás chicas, me he contenido para no ir a decírselo. La he mirado de reojo, mientras he hablado con John, realizando un breve pero intenso repaso por su cuerpo, que me pone a mil por hora.

Y *eso* me ha cabreado.

¿Por qué? Pues porque no repito con nadie para evitar que se crean que me han atrapado. Y por alguna razón, eso me ha puesto de mal humor.

Me he mantenido distante durante el viaje en la limusina, pero ahora no puedo permanecer al margen.

—No pienso poner un pie ahí dentro —se queja Bella, cruzándose de brazos.

Estamos delante de la primera parada que realizaremos en la noche, un local de *striptease*.

—Id entrando y pedidme algo fuerte —le indico a Adam y a John.

Alice, Mey y Em intentan convencerla de que será algo divertido, que es un sitio donde, además de mujeres, hay hombres realizando coreografías y bailes. Ella niega con la cabeza y les comenta que no le gusta este tipo de locales que denigran a la mujer.

Pongo los ojos en blanco, tiene que estar de broma. Avanzo hacia ellas y les digo a las chicas que vayan entrando con los demás, que en un rato iremos nosotros también.

—Yo no voy a participar en esto —vuelve a insistir con rotundidad.

Espero unos segundos para quedarnos a solas y la miro a los ojos.

—¿Lo haces a propósito? ¿Acaso quieres joderme el cumpleaños?

—¿Qué?! Por supuesto que no, es que me parece...

—Denigrante —la interrumpo, sabiendo de sobra el argumento que usará—, ya lo has comentado hace un rato. Le diré una cosa, señorita O'Connell, no todo el planeta tiene la gran suerte de ser un abogado, o un ejecutivo. Algunos se ganan la vida como pueden, bailando, sirviendo copas o realizando un *striptease*. Incluso hay algunos que disfrutan de su trabajo.

—¡Eso ya lo sé! —responde, alterada—. Pero no implica que la gente deba aprovecharse de la situación.

Doy un paso al frente, incrédulo ante lo que estoy escuchando.

—¿Piensas que no he revisado cada local al que iremos esta noche? —Entrecierro los ojos—. Cada uno de los empleados están asegurados, perciben un sueldo, vacaciones, y créeme... no lo hacen por obligación. Lo que te sucede, es que eres una amargada que no sabe disfrutar de nada, quieres quedarte fuera. Bien, hazlo. Yo me voy a vivir la vida.

Me doy media vuelta y me alejo sin volver la vista atrás. Si lo que pretende es que me sienta mal, no lo conseguirá.

La música suena con fuerza, diviso el reservado en uno de los extremos del local donde se encuentran todos y me dirijo hacia ellos. Sonrío al ver que están divirtiéndose mientras se comentan distintas anécdotas.

El espectáculo va a dar comienzo. Dirijo la vista hacia el gentío que se acumula en la zona más cercana al escenario y les grito a los chicos que se vengan conmigo. Les muestro varios billetes que retiro del bolsillo del pantalón para que sepan a lo que me refiero.

Mey alza una ceja al escucharme, les murmura algo a Alice y Emilie que no logro entender, y se levantan todas al mismo tiempo.

—Henry... —lo llama ella, usando un tono cantarín y lleno de sarcasmo—, no voy a decirte lo que opino de ese gesto tan, pero tan, machista que acabas

de tener. Solo te daré las gracias por ser tan generoso. —Me retira de la mano los billetes que hasta hace dos segundos sujetaba entre los dedos de la mano y se aleja con las chicas hacia la zona de los *boys*.

¿Hoy es el día de la reivindicación y no me había enterado?

Expulso el aire de los pulmones y me acerco a la mesa. Mientras tanto, Max y Adam se descojonan de la risa y apremian a sus parejas para que aprovechen esta noche y me dejen sin blanca. Agarro una de las botellas de bebida, y, cuando me dispongo a dar un sorbo, me la retiran con agilidad. Me giro para ver quién lo ha hecho...

—¿Y las chicas? —Bella da un pequeño trago que la hace toser, pero vuelve a dar otro más prolongado al instante. Alex le señala con el dedo índice la dirección en la que se han ido, y ella se marcha.

¡Se marcha con mi bebida!

—Venga, tío, deja de mirarle el culo a nuestra *tour manager*, y vamos a celebrar de una vez que eres un año más viejo —Adam se hace el gracioso, pero tiene razón, debo de evitar estar pendiente de lo que haga Bella y disfrutar de la noche.

Una, dos, tres, cuatro... Las bebidas no cesan, la música y el ambiente festivo son contagiosos. Hemos cambiado de local unas cuantas veces, y ahora toca mover el cuerpo.

Tras visitar el local de *strippers*, nos subimos a la limusina que nos está esperando para ir a Omnia. No necesitamos comprar ningún tipo de entrada, porque llevo conmigo los pases vips. Me encanta contemplar la cara que ponen las personas que hacen cola al ver el color rosa chillón de la limusina, y más aún cuando se percatan de quiénes salen de ella.

Una vez dentro, la música electrónica, los flashes y el ambiente frenético de miles de personas moviendo sus cuerpos consiguen que la adrenalina recorra

por mis venas. Veo a dos *bellezones* menear su trasero en la pista de baile, y sin dudar, me acerco a ellas y comienzo a moverme en el medio de las dos.

Pero mi ánimo cambia de golpe cuando llevo la vista a una de las barras y observo a Bella hacer lo mismo que estoy haciendo yo, solo que con dos tíos que no dejan de meterle mano, mientras ella intenta no perder el equilibrio. Sin pensar en mis actos, me alejo de las chicas con las que estoy.

—Bella, has bebido mucho, baja de ahí —le indico, alzando el brazo para que se sujete y no termine matándose.

—No quiero —se queja, usando una voz infantil.

—¡Que bajes! —insisto.

—*Nop.* —Niega con la cabeza, y advierto que se tambalea de nuevo. Sin meditarlo mucho, decido sujetarla por las piernas y cargarla en el hombro.

Mis amigos, sí, esos a los que les tengo tanto aprecio, no dejan de partirse el culo, mientras ella pateo y se queja llamándome, a pleno pulmón, de todo menos guapo.

—¡Suéltame! —Ignoro su berrinche.

La traslado sin contemplaciones hasta un rincón y dejo que su cuerpo se deslice contra el mío hasta que tiene los pies en el suelo. No me espero el bofetón que me da. Sin entender una mierda me quedo perplejo, embelesado, observando sus curvas mientras se aleja hacia los lavabos, y la sigo.

¡Cómo para no hacerlo!

Al contrario de lo que ocurriría en otro sitio, no escucho las quejas de ninguna mujer al verme allí. Incluso tengo que centrar de nuevo la mirada en el cabello pelirrojo de Bella para no distraerme con la insinuación de una chica que se interpone en mi camino. Apartándola hacia un lado y antes de que Bella cierre la puerta, entro en el cubículo con ella.

—¿Acaso buscas que te follen? —le pregunto con los dientes apretados, sin

comprender la ira que siento al imaginar que eso llegara a suceder.

—No es asunto tuyo quien *me folle* —me responde, arrastrando las palabras con dificultad.

Y es cierto lo que dice, no es asunto mío. Pero escuchar esa palabra salir de sus labios logra que me ponga a mil por hora. Intenta zafarse y regresar de nuevo a la pista, se lo impido sujetándola del brazo.

—Quieres estarte quieta, ese tío ha estado a punto de follarte delante de media discoteca. ¡Joder, estás borracha!

—¡Y a ti que más te da! —responde, alterada—. Solo soy una aburrida que no sabe divertirse, solo obedezco órdenes; Adabella, haz esto; Adabella, haz aquello... —¿De qué cojones habla?—. Si quisiera tener sexo con un hombre al que no conozco, lo tendría —declara, convencida de ir de nuevo junto ese cabronazo—. Déjame salir, Henry —vocaliza con lentitud, e intenta llegar al pomo, pero no la dejo.

Aprisiono su cuerpo contra la pared y poso una mano sobre su cadera, al tiempo que agacho la cabeza y le susurro sobre los labios:

—¿Tantas ganas tienes? —cuestiono, lleno de rabia.

—Sí... —gime, colocando sus manos sobre mi pecho.

Antes de ser consciente de lo que hago, estoy besándola. Pego mi pelvis a la suya para que se dé cuenta de que tengo la polla tan dura como una roca por su culpa. El escote que lleva es de lo más práctico para poder llegar a sus pechos con rapidez, los lamo y mezo entre mis manos antes de beber de ellos como un niño hambriento. En un momento dado se queja de algún mordisco que le doy.

Le subo la falda con rapidez y me desabrocho la cremallera del pantalón. Sin apenas avisarla, la tomo por el trasero para levantarla en el aire y le digo que me rodee con sus piernas, cosa que hace sin oponerse.

El placer de entrar en su vagina de una embestida es indescriptible. Mece sus caderas arriba y abajo, mientras bombeo a un ritmo constante. Sus músculos internos me aprietan con fuerza...

—¡Joder! —maldigo, al percatarme de que no me he puesto el condón, pero me es imposible apartarme de su calor. Entro y salgo, una y otra vez, sin darle tregua alguna.

Le mordisqueo el labio antes de soltárselo y desciendo como puedo para llegar a esos pechos de infarto que tiene, sin dejar de martillar en su interior. Manteniéndola sujeta con solo un brazo, uso la mano que tengo libre para frotar y pellizcar sus pezones.

—Sí, sigue... —jadea, casi sin aliento.

Sujeto su cabello entre los dedos para que me deje besarle el cuello, que expone con deleite.

Como un animal en celo me dejo llevar por la lujuria del momento y vuelvo a besar su boca cuando da un grito al llegar al orgasmo, lleno de placer, mientras aprieta con fuerza mi miembro, de tal manera que creo que me hará perder la razón.

Y aumento la velocidad sintiendo como mi polla se pone más dura... Estoy a punto de explotar. Mi mano descende entre nuestros cuerpos llevándola hasta su clítoris para estimularla más.

Al poco rato Bella da otro grito, que yo callo sellando su boca con mis labios para que no se escuche lo evidente. Cuanto estoy a punto de correrme, recuerdo que no me he puesto ningún preservativo y salgo de su interior justo en el momento en el que el clímax me alcanza.

La adrenalina aún continúa quemándome las venas, respiro con dificultad y la miro a los ojos. Le retiro un mechón de cabello apartándoselo del rostro y beso sus labios.

—¿Mejor?

—Mucho mejor... —me contesta, sonrojándose, y creo que es la primera vez que la veo de esta manera.

—¿Sin ataduras? —le pregunto, mientras le ayudo a colocarse la ropa de nuevo en su lugar. Ella musita un simple «¡ajá!».

Volvemos a la fiesta como si nada hubiese ocurrido. Los cabronazos de mis amigos se meten conmigo; sobre todo Max, que no deja de decirme que estoy cayendo de lleno.

¡Qué estupidez más grande!

Agarrados de la mano, disfrutamos el resto de la noche, juntos. Seguimos bebiendo, cantando y bailando...

10. No puede ser

ADABELLA

Frunzo el ceño con malestar. La cabeza me va a estallar, y siento cómo el corazón parece querer salirseme por la garganta en cualquier momento.

Me volteo para quedar boca arriba y palpo con las manos la superficie en la que me encuentro. Sospecho que es una cama, pero ni idea de cómo he llegado hasta aquí. Intento recordar los acontecimientos que ayer tuvieron lugar, procuro indagar en mi subconsciente qué ocurrió, pero este no colabora.

Con esfuerzo abro un ojo, luego el otro. Bajo la mirada y me doy cuenta de que estoy en una de las habitaciones del hotel que Henry alquiló. Las sábanas están arremolinadas entre mis piernas, y me percató de que solo llevo puesta la ropa interior.

Me incorporo apoyando la espalda en el cabecero de la cama y, automáticamente, me llevo cada mano a la sien de ese mismo lado para que todo deje de moverse por voluntad propia.

Como si de un *film* se tratase varias imágenes de lo acontecido se me presentan de improvisto en las que aparezco negándome a entrar en un local de *striptease*, Henry echándome en cara lo aburrida que soy, luego... ¡Oh, no!

Me tapo la boca por una arcada repentina que siento.

Me da la sensación de que anoche bebí más de la cuenta.

¿Eso crees...?

De repente, escucho el sonido de alguien en la ducha y trago saliva con fuerza preguntándome quién está en mi dormitorio.

Me levanto con cuidado de no realizar movimientos bruscos y me apoyo en cualquier mueble que me permita no caerme al suelo. Noto que cada músculo de mi cuerpo se ha resentido como si me hubiese arrollado una locomotora sin

frenos.

Mi corazón comienza a bombear con fuerza a medida que avanzo hacia la puerta del baño. Coloco la mano en el pomo, sin embargo me quedo quieta por completo antes de girarlo al recordar un momento un tanto bochornoso... ¿Me subí a la barra de un local y me puse a bailar con dos chicos?!

Cierro los ojos, no puede ser.

El resto de las ráfagas que me llegan están difusas. Incluso me da la sensación de que son todas invenciones de mi imaginación, como en la que Henry me alza en brazos para que deje de bailar, mientras el resto del grupo se ríe de la escena. Después alcohol, y más alcohol.

Nos volvimos a acostar. O eso creo.

Aún siento sus manos recorriendo mi piel, sus labios sobre los míos, la necesidad y la ansiedad de poseernos el uno al otro mientras nos desvestíamos en... ¿el cubículo de un aseo?

Paso las yemas de los dedos por encima de uno de mis pezones y siseo ante el escozor. Jadeo al notar cómo me humedezco cuando recuerdo la fiereza con la que se introdujo en mi interior, cómo me aprisionó contra la pared y apartó la braguita a un lado para poder poseer mi cuerpo. Todo ello, mientras me besaba con pasión, con rabia...

Rozo mis labios con los dedos, aún con los párpados cerrados. Rememoro el cosquilleo de su barba contra mi piel, sus dedos apretando mi cadera contra la suya...

Estoy casi segura de que discutí con él, pero no logro recuperar la conversación en mi memoria.

Abro los ojos de golpe al sentir que el sonido de la ducha ha dejado de correr. Me alejo de la puerta con temor a enfrentarme a él. No obstante, me quedo perpleja al encontrarme con otra persona distinta.

—¿Qué haces tú aquí?! —le increpo, elevando la voz de una manera forzada.

—Buenos días, preciosa —me responde Ray con tranquilidad, mientras se seca con una toalla las gotas de agua que bajan por su abdomen.

—¡Contéstame a lo que...! —Me es imposible terminar la frase. Me tapo la boca con la mano y empujo a Ray para poder entrar en el baño.

Sin importarme las pintas que tengo, me dejo caer de rodillas frente al inodoro y comienzo a vomitar. Escucho las pisadas de Larson a mi espalda, mi enfado va en aumento a medida que las arcadas van cesando.

Me incorporo y me lavo los dientes bajo la atenta mirada de mi huésped, al que encaro nada más terminar.

—No te acuerdas, ¿verdad? —pregunta con aparente gracia por su parte—. Fue toda una casualidad encontrarte en el casino de este hotel.

—No creo en las casualidades —puntualizo, cruzando los brazos y dándome cuenta de que sigo en ropa interior—. ¿Quién te dijo dónde estábamos?

Ray no me contesta, mantiene un silencio un tanto perturbador mientras sonrío de medio lado. No es necesario que me diga quién se lo comentó, ya que en algún momento de la noche me pareció ver a Dana merodear, y sumándolo a esto, puede que tenga que darle la razón a Henry sobre la advertencia de este hombre.

—Cómo llegué hasta aquí es lo de menos. No puedes negarme que lo pasamos bien. —Levanta una ceja, y me dan ganas de abofetear su rostro.

—¡Fuera! —exclamo, señalando la salida.

—Estoy desnudo, deja que me vista antes.

—¡Largo! —exploto sin escuchar nada de lo que me dice.

Camino decidida y abro la puerta invitándole a que salga. «¡Hostia puta!»,

suelta Mey. Con miedo a saber quién más la acompaña, giro con lentitud la cabeza encontrando a todos. ¡Todos!

Uso como escudo la puerta colocándome detrás de ella, posiblemente, roja de la vergüenza. Mientras, Ray recoge con total parsimonia el pantalón y demás prendas de vestir, que están esparcidas por el suelo de la habitación, antes de cruzar delante de mí y susurrarme: «Nos vemos, preciosa».

Antes de cerrar de un portazo, noto la mirada de odio que Henry le lanza a Ray y, acto seguido, lo veo levantarse para meterse en su dormitorio, enfadado.

¡No entiendo nada! ¿Quién es él para juzgarme? ¿No dijo que no quería nada sentimental? Que era todo físico, pura atracción sexual.

Sí...

Entonces, ¿por qué tengo la sensación de que algo ha cambiado?

HENRY

Salgo de la ducha y me pongo cómodo para meter algo en el estómago. Voy directo a la cocina y abro el frigorífico. Por suerte, este está a rebosar de comida y bebida que el hotel ha preparado antes de nuestra llegada.

Me hago un sándwich triple de *bacon*, huevos y mantequilla. John me saluda con la mano al verme, pero, al querer devolverle el gesto, casi me atraganto y me pasa un vaso de agua, mientras el cabronazo se ríe entre dientes.

Me siento en el sofá, pero miro de reojo la habitación en la que Bella debe estar durmiendo plácidamente. A medida que pasan los minutos, el salón que comunica todas las habitaciones se va llenando del resto de mis amigos. Algunos tienen claros signos de cansancio bajo sus ojos.

Pese a comenzar con mal pie la celebración, al final todo salió de puta

madre. Me divertí viendo a Adam y Alice desconectar de su papel de padres responsables, me alegré de que Alex y Mey dejaran de discutir por la prensa, y hasta pude comprobar con mis propios ojos la admiración que siente Max hacia Emilie.

Logré que John soltara de una maldita vez el puñetero teléfono y se dejara llevar por unas horas, y al menos se lo pasó bien, aunque su forma de ser le impide perder el norte.

Bella... Bella fue todo un descubrimiento. Como me imaginé desde un inicio, no quiso entrar en la mayoría de los sitios a los que quería ir. No obstante, todo cambió cuando le dije que era una *niña de papá*, que no sabía lo que era una verdadera juerga.

Las bebidas no cesaron en toda la noche, en un momento dado las chicas me comentaron que quizá Bella tenía que controlarse porque no soportaba el alcohol. No le di importancia, ya era mayorcita para saber lo que hacía.

Recuerdo a la perfección el lapso de tiempo que pasamos juntos en el aseo de mujeres.

El resto de la noche es casi un borrón de acontecimientos mezclados. Sé que nos encontramos a la salida con Dana, la periodista que persigue al grupo desde hace tiempo, que llevaba con una cámara, y tuvimos que sujetar a Mey antes de que se lanzara a por ella.

Bebí más de normal a partir de ahí, dada la amenaza que Dana me soltó: «Estoy muy cerca, Strom. Tú eres el próximo». Antes de entrar en la limusina y seguir con la fiesta, eché un vistazo por encima del hombro comprobando que John la miraba con severidad.

Frunzo el ceño al intentar hilar las siguientes horas, sé que fuimos a parar a Holywood Wedding Chapel, justo enfrente del Stratosphere, y que entramos como una manada guiados por Alex, que pretendía convencer a Mey para

casarse, aunque fuera de mentira.

—¡Hey! —llamo su atención, volviendo al presente—. Al final, ¿hubo o no hubo boda?

La mirada de enfado que la rubia le muestra a su novio es para huir despavorido. Si mal no recuerdo llegó hasta el actor disfrazado de Elvis y sacó un fajo de billetes sobre una mesa para que realizara una ceremonia.

—¿No te acuerdas? —Niego con la cabeza—. Aquí donde la ves, ni borracha me da el «sí quiero». Y eso que le aseguré que era solo atrezo, que nada era de verdad.

Al escucharlo, me viene a la memoria el recuerdo de él saliendo tras Mey para pedirle disculpas y a los cotillas de mis amigos siguiéndolos de cerca para no perderse nada.

—Ha estado bien —asegura John, sonriendo.

Tengo la intención de preguntar por el resto de cosas que ocurrieron cuando escucho la voz de Bella antes de que abra la puerta.

—¡Hostia puta! —expresa con asombro Mey al ver tanto a Bella como a Larson, semidesnudos.

Las ganas de romperle la boca y borrar la sonrisa de triunfo de ese cabrón que sale de su dormitorio me invaden al segundo. La mano de John se posa en mi hombro, es muy posible que crea que voy a comenzar la matanza de Texas o algo por el estilo, pero, muy a mi pesar, decido entrar en mi habitación.

¡Se lo ha follado! Se lo folló y, aún encima, me lo restriega por la cara.

Doy vueltas, cabreado por sentirme mal, sin entender los celos que me invaden ante una traición inexistente, dado que Bella no es nada mío. Puede acostarse con quien le dé la gana. Pero... ¡Joder! ¿Tenía que ser con él?

John entra por la puerta, y lo miro con seriedad.

—No quiero un sermón de los tuyos —le aconsejo.

—Está bien, nada de sermones —dice, exponiendo las palmas de las manos para que me calme.

¡Joder!

Voy directo a la pequeña nevera y retiro cuatro botellines de *whiskey*. Uno tras otro, los vacío intentando apaciguarme, pero no da resultado. Y con rabia, bajo la atenta mirada de mi amigo, doy un puñetazo a la pared.

—¿Mejor? —pregunta John.

—No. ¿Te prestas como voluntario? —le indico, mostrándole el puño cerrado.

—No estoy tan loco como para hacer tal cosa —asegura—. Esa chica te gusta, por mucho que lo niegues.

—Se la ha... y justo después de... —La frustración me impide completar cualquier frase.

—Lo sé, se os veía muy bien en el casino cuando regresamos casi al amanecer. Nunca te vi sujetar la mano de una chica con la dulzura con la que lo hiciste con ella.

Me calmo un poco al recordar ese instante y su sonrisa divertida mientras recorríamos las distintas mesas de juego, pero en un momento de la noche vi que se alejaba para pedirle otra copa a una de las camareras y no volví a verla.

Cuando pasé por delante de la recepción del hotel, le pregunté a una de las empleadas si sabía algo de ella y me quedé tranquilo al enterarme que había solicitado una llave para poder entrar en la *suite*. Nunca pensé que lo haría acompañada por él.

Incapaz de aguantar todo lo que siento, salgo sin mencionar una puta palabra y me largo.

«He vuelto a caer...», me digo a mí mismo.

Me refresco la cara con agua para retirar los restos de sangre, me seco con la toalla y reviso dónde cojones me encuentro desde que desperté. Por la cama en miniatura y los muebles de finales de los 80 tiene la pinta de ser un viejo motel de carretera. El asunto es... ¿de qué estado? ¿Seguiré en Las Vegas?

De lo que sí estoy convencido es que no he dejado de beber en estos últimos días. «Espero que no salga algo en las noticias de lo que he hecho», pienso, mientras abro y cierro la palma de la mano.

Camino hasta el ventanal y encuentro una cajetilla de tabaco en la única mesilla que hay. ¡Mierda! Otra promesa rota. Mamá Fuller me va a matar como se entere de que he vuelto a fumar.

Venga, el último...

Enciendo el cigarro e inhalo sintiendo cómo los pulmones se llenan de humo.

«No debí bajar la guardia con ella».

Tras darme una ducha y vestirme, le pregunto al primero que me encuentro dónde estoy. Por suerte me indica que es poca la distancia que me separa del centro. Debo ir al aeropuerto para retomar la gira.

Busco entre los bolsillos para comprobar si llevo encima el móvil, y tras dar con él, tengo que encenderlo, pero casi no me queda batería.

En menos de dos segundos, cientos de mensajes aparecen en el *WhatsApp* del grupo.

Me quedo con la boca abierta al revisar por encima parte de ellos. ¡No puede ser!

Una exclusiva lanzada por Dana me deja atónito:

«El batería de la banda Slow Death, Henry Strom, contrae matrimonio con la hija del magnate propietario de la discográfica...»

Debe ser un montaje o una mentira de Dana para tener más audiencia.
¿Cuándo sucedió eso?!

Me monto en el primer taxi que encuentro y le doy indicaciones para que me deje en el aeropuerto. Tengo que hablar con Bella, debe explicarme qué cojones ha pasado. ¡Casado! ¡Matrimonio! Debe ser una broma.

11. Lagunas

ADABELLA

Estamos sentadas en la terraza de uno de los restaurantes más lujosos de Las Vegas tomándonos unos refrescos, mientras los chicos se han ido a ver un partido de *football* de la Champions League. Es impresionante la capacidad que tienen estas chicas para conseguir que me sincere y les cuente algunas cosas.

Les estoy relatando a las chicas, con todo lujo de detalles, el encuentro que mantuve hace tres días con Larson, y me están tirando tanto de la lengua que termino contándoles casi todo.

—Tras marcharse Ray de mi dormitorio, cerré la puerta y decidí no perder la cabeza en intentar recordar la noche anterior. Me di una ducha y el resto de la mañana me quedé allí contestando a los *e-mails* que se acumulaban en mi cuenta de correo electrónico. —Puede que, inconscientemente, estuviera perdiendo el tiempo para no tener que volver a mirar a los ojos a Henry. Es verdad que no nos une una relación sentimental como tal, pero estoy segura de que nos acostamos de nuevo, de eso no cabe duda. Sin embargo, por más que lo intento, no logro entender cómo terminé despertándome con Larson en la *suite*, ni dejo de darle vueltas.

Salí al salón unas horas más tarde y me sorprendió enterarme que Henry se había marchado. Puede que sea una contradicción, pero me sentó mal que no se quedará para, por lo menos, echarme en cara mi comportamiento.

Su actitud me dio qué pensar. Comencé a preguntarme: «¿Y si... siente algo por mí y por eso se ha molestado? O de lo contrario, ¿es porque cree que me he acostado con Ray, al que odia? ¿Hubiese reaccionado de la misma manera si llega a ser otro? Y lo más importante, ¿realmente me acosté con Larson?».

—Me marché de la habitación sobre la hora de la comida, pues el malestar que se instaló en mi estómago me obligó a alejarme de vosotros para no

fastidiar al grupo, que habíais solicitado al restaurante del hotel que os sirvieran allí. Aproveché y busqué a Ray para que me explicase qué pasó entre ambos realmente. Lo localicé con bastante dificultad a última hora de la noche en el casino, estaba acompañado de dos mujeres que no dejaban de susurrarle cosas al oído mientras le tocaban con las manos el cuello, hombros y el pecho. —«¿De verdad estuve con él?», me preguntaba una y otra vez.

—*¿Puedes atenderme un momento? —indago sin vacilación alguna.*

—*Hola, preciosa. Esta mañana no tenías muchas ganas de charla —me responde, levantando la mirada de la mesa de juego y sonriendo con un cierto aire de prepotencia.*

—*Bien, pues ahora quiero hablar. —Me cruzo de brazos esperando su contestación. Se incorpora para, acto seguido, disculparse con las chicas y besarlas en los labios, primero a una y luego a la otra, y se acerca hasta mí.*

—*Dime. ¿Cuál es la urgencia?*

No me anduve por las ramas y fui directa al grano:

—*¿Anoche mantuvimos relaciones?*

—*¿Te refieres a si follamos? —indaga, alzando una ceja—. No lo recuerdas, es gracioso.*

—*Pues, a mí, no me lo parece. No sé por qué motivo estás aquí. ¿Quién te ha dicho en qué hotel íbamos a estar? ¿Y qué pretendes con todo esto? —estallo.*

—*No pretendo nada, preciosa. Me pareció buena idea pasar unos cuantos días en Las Vegas antes de incorporarnos a la gira de nuevo, y dio la casualidad de que te encontré en el casino un tanto indispueta. —Escucho con atención su explicación sin dejar de mirarlo a los ojos—. Me ofrecí a acompañarte a la suite y lo demás es historia.*

—*No te creo —le aseguro—. ¿Está Dana metida en esto? —le lanzo mi*

sospecha sin sopesar antes si es conveniente o no realizarla.

—¿Cómo puedes pensar eso? —Niega con la cabeza y se atreve a sujetarme la mano—. *Me gustó el rato que pasamos, estuvo bien.*

Su tacto me quemó la piel, y me aparté de inmediato dando un paso atrás.

—¿Qué pasó luego? —me pregunta Emily con los ojos abiertos de par en par y los codos clavados en la mesa.

—¡Joder, Em! No interrumpas —le regaña Mey—. Continúa.

—Pues como iba diciendo, me negó que la periodista le dijera dónde nos encontrábamos, pero...

—No le creíste —me interrumpe Alice.

—Exacto, no lo hice. Pero no me confesó nada, y lo que peor llevo es no recordar qué sucedió. —Me tapo la cara con las manos, la vergüenza que siento puede conmigo.

Dos, dos en una noche. Eres una máquina.

Lo que soy es una estúpida que no sabe beber.

—Venga, no es para tanto, no te pongas así —intenta consolarme Alice, y la miro apartando las manos.

—Es cierto, no es fin del mundo —asegura Emily, que me sonrío con dulzura.

Sin embargo, Mey observa a ambas tocándose la barbilla.

—¿Estaréis de coña? —les comenta a las dos—. Ni se te ocurra hacer caso a estas —me dice—, Alice hasta hace poco era como una monja, y la experiencia de Em... Bueno, digamos que se reduce a un solo hombre.

—¡Eh! Que eso no es malo —le responde esta última.

—Y yo no era una monja —alega Alice, que pone los ojos en blanco.

—A lo que voy, follaste con Henry. —Trago saliva, incómoda, pero asiento—. Y no recuerdas si también lo has hecho con Ray. Bella, ¿al menos sabrás si usasteis precauciones?

—¿Qué?

—¡Condón, joder! ¡¿Se puso un condón?!

Doy un salto en la silla a causa del volumen de voz con la que me pregunta y me percato de que varias personas se han girado para observar la mesa donde estamos.

—Shhhh, no hace falta que grites. Estoy aquí.

—Contesta.

—Yo... No lo sé. —Cierro los ojos con fuerza esperando escuchar algún otro grito, pero en su lugar lo único que percibo es silencio. Cuando vuelvo a mirarlas, sus rostros solo muestran preocupación. La misma que yo tengo.

—¿Tomas la pastilla anticonceptiva? —pregunta Alice.

—¿Eh? Dejé de tomarla hace meses. Me daba dolor de cabeza y no tengo pareja estable. Así que, no, no la tomo —les termino aclarando.

—¿Te acuerdas al menos de sí Henry usó medios? —insiste Alice—. Aunque a mí de poco me sirvió —susurra, mientras se lleva la mano al colgante en forma de púa.

—No lo hizo, pero creo que se retiró a tiempo.

—¡Por Dios! ¿No me digas que eres de las que creen en la marcha atrás? —Mey se altera de nuevo—. No es eficaz, podrías estar embarazada perfectamente. Y han pasado varios días, no serviría de nada ir a por una pastilla del día después.

Me va a dar algo. Esto no puede estar sucediendo. Siento que el corazón me va a estallar, las manos me tiemblan, y, sin motivo alguno, una lágrima cae por mi mejilla. Las chicas se arriman hasta mí y me rodean con sus brazos. Me

dicen que no me preocupe, que todo saldrá bien, que quizá no lo esté. Me preguntan cuándo debería de venirme la menstruación, y les digo que aún faltan dos semanas para eso.

Unas horas más tarde después de la charla con las chicas y de probar a cenar algo, recibo una llamada de mi padre. No la atiendo a la primera, la ausencia de Henry en estos días me tiene descolocada, y lo que menos necesito es que papá me agobie con sus charlas. Intento disfrutar junto a todos de la película que ha puesto Em.

Con todo, y dada su insistencia, termino levantándome para alejarme un poco del bullicio que generan y la acepto.

—Dime...

—¿Cómo es posible que me haya enterado por la prensa de que te has casado? —exige, alterado.

—¿Qué?! —exclamo, sin saber a qué se refiere.

—No te hagas la sorprendida, Dana ha mostrado una copia del certificado de matrimonio en el programa para el que trabaja. ¿Cuándo tenías pensado contármelo? —Bajo la atenta mirada del grupo, tengo que sentarme en el sofá del salón para no caer redonda contra el suelo—. ¿Vas a hablar o te quedarás todo el rato callada?!

Estoy en *shock*, tiene que ser algún tipo de manipulación por parte de Dana. No puede ser verdad.

Mi padre sigue increpándome, molesto, mientras los rostros de todos muestran signos de curiosidad. En ese preciso instante el móvil de John suena, y este revisa lo que parece ser un mensaje.

—Chicos, es Jeremy. Os lo reenvió al grupo para que veáis por vosotros mismos lo que es.

Las reacciones no tardan en llegar, le cuelgo a papá la llamada sin

despedirme de él, me siento observada y, de alguna manera, juzgada.

Le retiro el teléfono a la persona que encuentro más cerca en ese instante, que es Max. Y mi boca se abre de golpe.

—¿¡Bienvenida a la familia!?! —duda él, intentando no mostrar una sonrisa.

—¿¡Pero cuándo pasó esto?! —cuestiono.

—La única explicación posible es que sucediera durante los cinco minutos que permanecisteis dentro de la capilla, mientras discutía con Mey.

—¡Cabrón! —le insulta ella—. Con que solo era atrezo, un actor... ¿Y si llego a decir que sí?

Alex se levanta y la mira a los ojos con intensidad antes de hablar.

—Me hubieses convertido en el hombre más afortunado del planeta, pero prefiero que esa decisión llegue cuando tú lo decidas, mi Diosa. —La abraza y le da un beso en los labios.

—Sigo enfadada —le informa Mey.

—Lo sé. —La besa en esta ocasión el cuello y le susurra algo al oído que no logro escuchar.

Me quedo estupefacta cuando los veo marcharse dirección al dormitorio. Giro la cabeza, y Alice se encoge de hombros, como si estas discusiones fueran de lo más normal entre ellos y la decisión de solucionarlo en la cama fuera de lo más habitual.

—¿Y dónde estará el novio? —Adam rompe el silencio, formado hace unos segundos para devolverme a la realidad.

—Quizás esté celebrando su *nuevo* estado civil —se mofa Max—, o puede que haya escapado del país. Tranquila —dirige su mirada hacia mí—, mañana retomamos la gira y lo más seguro es que regrese. Y tendrás a tu *maridito* de vuelta.

No lo soporto, necesito que alguien me diga qué es lo que ha pasado y me asegure que todo es parte de una gran pesadilla.

Salgo al pasillo sin prestar atención a Emilie que me llama, me apresuro a bajar al *hall* del hotel y les pido que me soliciten un taxi. En el certificado de la imagen se apreciaba con facilidad el nombre y la dirección del lugar donde supuestamente pasó.

Espero con impaciencia a que me indiquen que ha llegado el coche, y, cuando eso sucede, la sensación de ansiedad me golpea con fuerza al ver una docena de periodistas en la entrada, entre los cuales está la culpable de todo, Dana.

Me cuesta avanzar, pues varios corresponsales colocan sus micrófonos cerca de mi rostro para preguntarme sobre temas de los que no tengo ni idea. Se creen que ha sido todo planeado, que llevamos tiempo con la relación y que nos amamos.

No respondo a nadie, entro al vehículo como puedo y le digo al conductor que me lleve hasta la capilla.

HENRY

«El batería de la banda Slow Death, Henry Strom, contrae matrimonio con la hija del magnate propietario de la discográfica...»

No dejo de pensar en lo que acabo de ver. No puedo estar casado.

El taxista me deja en la entrada del aeropuerto, me imagino que se habrán ocupado los chicos de mi equipaje, aunque, en caso de que no sea así, no me preocupa lo más mínimo, ya compraré lo que necesite dónde quiera que vayamos.

Advierto que en la terminal hay varios periodistas e intento despistarlos hasta pasar el control pertinente. Me dirijo con rapidez a la zona donde se encuentra el *jet* privado de la discográfica, y los empleados del aeropuerto me

indican que deben acercarme hasta la pista en un minibus.

Mientras realizo el trayecto pienso en Bella, en la sensación de traición que me invadió cuando vi salir de su dormitorio al *comepollas* de Larson. Si es cierto que la ceremonia exprés que se realizó nos unió en matrimonio, habrá una separación récord.

Me bajo del vehículo en cuanto me avisan que puedo hacerlo, a lo lejos veo a mamá Fuller abrazando a la que, según la prensa, es mi esposa. Adam espera a que su madre termine y, acto seguido, le ayuda a subir las escaleras. Aprovecho que Bella se ha quedado sola y acelero el paso. El resto del grupo debe estar acomodado en el interior esperando a que llegue.

Cuando estoy lo suficientemente cerca, percibe mi presencia y se gira. Entonces, me da una bofetada en la cara sin que me dé tiempo a reaccionar.

—¡Joder! —exclamo al sentir que la brecha que tengo en la ceja se ha vuelto a abrir.

Me llevo la palma de la mano a la zona y compruebo que, en efecto, estoy sangrando. Al levantar la vista, observo la cara de preocupación que tiene.

—¿Estás bien? —me pregunta con un tono muy bajo.

—Lo estoy, puedes estar tranquila. Esto no me lo has hecho tú.

—Eres, eres... —Comienza a dar vueltas sobre sus propios pasos con nerviosismo—. ¡Un cabronazo! ¡Eso es lo que eres! ¿Te casaste conmigo? —grita con indignación.

—Perdona, pero, en tal caso, nos casamos, ambos, los dos —le especifico—. Puedes respirar tranquila, dudo que lo que se ha filtrado sea un documento legal. Lo más seguro es que Dana haya encontrado el certificado que firmamos, pero no es más que un papel sin poder alguno —le indico mi postura.

Bella retira de su bolso un papel, me reta con la mirada y golpea mi pecho

con él.

—¿Un papel sin poder alguno?! —Me fustiga de nuevo con la hoja, la cual retiro de sus manos y la reviso—. Ahí lo tienes, te lo voy a traducir por si no comprendes su significado. Estamos casados, es un hecho.

—Pero no es posible... —comento, incrédulo, sin entender cómo ha sucedido—. Era todo de mentira...

—Eres... —No termina de decir lo que piensa de mí, se da la vuelta y escucho como inhala con fuerza—. Ayer cuando me enteré de la gran noticia, me dirigí a la capilla. ¿Sabes a quién me encontré? A Elvis en persona. —Suelta una pequeña risa fingida.

Me aproximo a ella por la espalda, quiero tocarla y decirle que podremos resolverlo. Sin embargo, me quedo a medio camino con la mano alzada sin llegar a hacerlo. No estoy del todo seguro, pero sospecho que ha comenzado a llorar.

—No soy capaz de recordarlo. ¿Puedes creerlo? —continúa hablando—. Según Elvis, ¡por Dios!, no confío en que me haya casado un tipo disfrazado de él... —comenta para sí misma con incredulidad, y lo cierto es que yo tampoco soy capaz de creerlo—. Según lo que me dijeron, todo es legal, alguien, no me preguntes quién, dejó el suficiente dinero como para que ellos se ocuparan del papeleo. Nuestras firmas están ahí. —¡Joder, fue Alex! Alex fue quien sacó el fajo de billetes antes de que enfureciera Mey y saliera a por ella.

Le toco el hombro, y no se retira.

—Podemos anularla —le indico para que deje de romperse la cabeza.

—¿No lo ves? —Se gira, y por primera vez desde que la conozco veo en sus ojos reflejado dolor, angustia y preocupación—. Han pasado cuatro días, no existe posibilidad de nulidad, solo queda solicitar el divorcio. Y aunque

estemos ambos de acuerdo y sea algo que se pueda resolver en un par de días o semanas, cosa que no sé, no quita el hecho de que, para el resto del mundo, somos un matrimonio.

—¿Qué pretendes decirme? —cuestiono, dando un paso hacia atrás.

—Que estáis en plena gira, que soy vuestra *tour manager*, que he intentado hablar y convencer a... —«¿A quién?», me pregunto al ver que se sujeta la cabeza y vuelve a llevar la mirada al avión que nos espera para que subamos—. Tenemos que irnos, ya pensaré qué hacer cuando sea capaz de conciliar el sueño un par de horas.

Me doy cuenta de que tiene ojeras y que, posiblemente, no ha podido descansar mucho por su comentario, así que acepto proseguir con la charla en otro momento y la acompaño hasta el interior del avión.

—¡Vivan los novios! —grita de golpe mi amigo, que descorcha una botella de champán.

—Cállate, Max —le ordeno con desánimo al comprobar que Bella se aleja por el pasillo y termina sentándose en uno de los asientos del fondo. Lejos de mí.

—¡Joder, *bro!* ¿Qué cojones has hecho? —Adam me inspecciona el rostro, y frunzo el ceño cuando me toca el mentón.

—Ya ha pasado —le contesto, apartándome de él.

—Y en el pasado debe quedarse. —Escucho la voz de mamá Fuller y giro mirando en su dirección para comprobar cómo niega con la cabeza—. Siéntate, antes de que caigas de nuevo.

El avión comienza a moverse sobre la pista, y le obedezco sin ser capaz de decir nada. Tiene razón, caí de nuevo, me siento avergonzado. Y todo porque no fui capaz de controlarme.

12. Golpe bajo

ADABELLA

¿Cómo he llegado a esto? ¿Cómo es posible que haya terminado así?

Me he esforzado toda la vida para ser una buena profesional, he luchado con uñas y dientes para demostrar a la industria que era digna del legado que supone la discográfica. ¿Y todo para qué?

Para terminar en las portadas de las revistas, que digan lo que se les venga en gana de la *supuesta* relación que he mantenido con Henry, y así terminar echando por tierra todo mi esfuerzo y dedicación.

Cuando el avión ha aterrizado en Caracas, he visto la expectación que se ha creado por parte de la prensa que nos está esperando para conseguir algún tipo de declaración al respecto, casi se me para el corazón. He tenido que soportar las preguntas a las que me han sometido y me he mordido la lengua en más de una ocasión cuando he escuchado las barbaridades que se rumorean sobre mi persona.

En ese instante las chicas me han rodeado y me han dado todo tipo de ánimos, pero no he podido evitar observar de reojo la reacción de Henry. Él se ha mantenido callado en todo momento con los puños apretados y la mirada llena de rabia.

Una vez he llegado al hotel y he deshecho las maletas, me he puesto en contacto con uno de los abogados que tiene mi padre en plantilla para preguntarle cómo debería proceder para solicitar un divorcio. Al identificarme se ha disculpado, me ha indicado que tiene órdenes expresas de papá de no atenderme e, inmediatamente después, me ha colgado.

Antes de que Henry regresara, de donde quiera que haya estado, tuve una conversación con mi padre de lo más extraña. Ha pasado de sentirse ultrajado

por no enterarse de la boda antes que la prensa a indicarme que debo aprovechar la circunstancia para arrimarme a él y así conocer de una vez el secreto que oculta.

Me recordó que debo pensar en la empresa, me pidió que no sea egoísta y que finja ser una esposa feliz durante un tiempo, por lo menos hasta que solucionemos la crisis en la que estamos envueltos con la persecución de Dana. Intenté con todas mis fuerzas que entrara en razón, le dije que no podía hacer lo que me estaba pidiendo. Pero no cedió.

Cuando hablé con Henry antes de subir al avión, me sentí sobrepasada y casi se me escapa la conversación que mantuve con papá minutos antes.

No sé cómo aguantan las chicas la presión de la prensa sensacionalista. Han pasado dos días desde la exclusiva de Dana y no es sencillo lidiar con ello. He tenido que apagar el móvil, he dejado de atender los *e-mails* del correo electrónico y he estado recluida en la *suite*. No obstante, hoy debo acudir al concierto. No me queda otra que salir y dar la cara.

Me doy una ducha para refrescarme y elijo la ropa que me voy a poner, siendo consciente de que muchas miradas de las que me encantaría huir me perseguirán durante lo que dure el espectáculo.

Salgo del hotel dirección al estadio con el tiempo justo, he dilatado todo lo posible el siguiente encuentro con Henry, pero este ha llegado a su fin. No sé qué voy a hacer, ni cómo enfrentarme a todo. Me siento perdida, abrumada.

El *backstage* está en pleno apogeo. Quedan pocos minutos para que la banda salga, y los fans no dejan de corear los nombres de sus ídolos predilectos, pese a que el grupo telonero sigue encima del escenario.

Pero qué pena más grande debe sentir Ray...

El sarcasmo usado por mi conciencia me distrae unos segundos logrando que deje atrás la apatía que llevo arrastrando desde Las Vegas.

Me muevo con soltura entre los asistentes de sonido e iluminación y pregunto por Mike o por Emilie, necesito saber si los ensayos han ido bien y si está todo controlado.

—Vas a tener que hablar con Henry cuanto antes —me indica Em sin dejar de prestar atención a lo que la rodea—. Lo conozco y sé que le sucede algo, nunca se había comportado de esa manera —termina por decirme, mirándome con preocupación.

—¿A qué te refieres? —cuestiono sin entender del todo a qué se refiere.

—Habla con él —inquiére de nuevo—. Hoy a poder ser.

De repente, nuestra conversación es interrumpida por Max, que llega justo a tiempo para besar a su pareja antes de que dé comienzo al espectáculo. Me sitúo a un lado para que Dark & Black Roses abandonen la escena, pero, cuando Ray pasa cerca de nosotros, me lanza una serie de besos al aire produciendo un escalofrío en todo mi cuerpo.

—¿Empezamos o qué? —pregunta, malhumorado, Henry a sus amigos, que deciden acompañarle para que no salga en solitario a saludar al público.

Me quedo observándole durante un buen rato hasta que se sitúa detrás de la batería. ¿Y ese es mi marido? Aún no me lo creo.

Mey me intenta animar durante el rato en el que los chicos tocan, me pregunta en varias ocasiones por cómo lo estoy llevando. Me encantaría decirle la verdad, que es una porquería. «Mi vida se ha ido a la mierda por dejarme llevar, por querer encajar», me repito internamente.

Antes de conocer a Henry, sabía quién era y cuáles eran mis objetivos en la vida, mis aspiraciones. Ahora, ahora no me reconozco. Adabella jamás hubiera entrado en un local de *striptease*, nunca se hubiera emborrachado hasta perder la noción del tiempo y, por supuesto, en la vida hubiera despertado al día siguiente casada.

Y no te olvides de Ray...

Imposible olvidar ese pequeño gran detalle.

Me disculpo con Mey y me alejo de allí. He llegado a plantearme abandonar el puesto de *tour manager*, pero mi orgullo me lo impide. Entro en el *set* que la organización ha preparado para el grupo y me encuentro con los padres de Adam jugando en el suelo con Awen y Peter.

—¿Te unes, Bella? —me ofrece Martha, sonriendo con amabilidad.

—¿A qué jugáis? —les pregunto, mientras me acerco a ellos.

—*A bibuja* —balbucea la pequeña, levantando la mano en la que sostiene una cera de color rojo.

—Se dice «dibujar» —le corrige Peter de inmediato.

—Ven. —Charles me hace un hueco entre él y la pequeña Awen—. Ponte aquí.

—¿Por qué no estáis disfrutando del concierto? —indago, llena de curiosidad.

—El sonido es demasiado elevado para los niños. Desde aquí podemos escuchar igualmente y al mismo tiempo se distraen. —Asiento con la cabeza entendiendo el motivo.

Peter insiste en que indique quién de los dos ha dibujado mejor, si él o Awen. Le contesto que los dos son preciosos, pero no está muy convencido de mi respuesta. Según él, el suyo es mejor.

Me distraigo y disfruto con los pequeños que me piden que les ayude con sus *obras de arte*, que son de lo más abstractas que he visto en mucho tiempo, mientras Martha me comenta que en una semana es el cumpleaños de Awen y que le encantaría que acudiera.

—No creo que sea buena idea, teniendo en cuenta toda la repercusión que se ha formado... —le explico tras meditarlo un poco. No sería justo que se

ensombrezca de ninguna manera el aniversario de la niña.

—Tendrás que aprender a lidiar con ello. Además, creo que le gustará que asistas. —Realiza un gesto con la cabeza dirección a su nieta. Sigo el curso de su mirada y me encuentro con que Awen se acaba de arrimar más a mí y termina entrelazando los dedos entre los míos—. Le caes bien.

El murmullo de varias personas hablando entre sí me distrae, y volteo la cabeza hacia la puerta. Los chicos han terminado de tocar, Adam entra el primero y suelta la mano de su mujer en cuanto ve a su hija, a la que alza en brazos.

—¡Adam, no hagas eso que estás todo sudado! —le regaña su mujer, Alice, retirando a la niña de sus brazos.

Me levanto del suelo esbozando una sonrisa al ver la complicidad de ambos. Sin embargo, mi estado de ánimo se esfuma de inmediato al comprobar que Henry me observa bajo el dintel de la puerta.

—Me voy a dar una ducha —les dice con seriedad a sus amigos, y se da la vuelta.

«¿Ha sido por mí?».

No...

HENRY

Durante estos últimos días mis amigos han estado más pesados que de costumbre. Creo que incluso les hace ilusión pensar que me haya atrapado una mujer. Adam no ha dejado de rememorar lo que sentía cuando conoció a su chica. A Alex, en cambio, no le agrada del todo que sea la hija de O'Connell, porque no termina de fiarse de ella. Le tuve que recordar que fue él quien dejó el fajo de billetes en la capilla y que, por ese motivo, la boda es oficial.

Sea como sea, en algún momento todo quedará en una anécdota. Bella dijo

que hablaría con un abogado para que comience con los papeleos necesarios. Y en caso de que no lo haga, en cuanto regresemos a Londres, lo haré yo.

Quedan unos dos meses de gira, y, por primera vez desde que formamos Slow Death, estoy deseando que termine. Hay famosos que adoran las cámaras, la atención mediática, salir en las revistas y que hablen de ellos. No voy a ser un hipócrita, reconozco que la parte de que me reconozcan por la calle y que me sigan en las redes me agrada, pero es distinto cuando se trata de la vida personal. Una cosa es que suba alguna imagen graciosa en Instagram o Snapchat para los fans, y otra muy diferente que los periodistas se inventen que me he casado con Bella para asegurar la firma de un nuevo contrato con la discográfica o cosas por el estilo...

—¡Henry, mueve el culo, es la hora! —grita Alex desde el pasillo del *backstage*.

Antes de levantarme de la silla, vuelvo a observar mi reflejo en el espejo, me he maquillado el rostro como llevo haciendo desde que comenzamos a cantar, los nervios previos siempre me invaden y esta es una forma de ahuyentarlos.

En el camino al escenario, me percató, al mirar de reojo, de la presencia de Bella, que pone cara de desagrado en cuanto Ray pasa por su lado. La rabia me invade de nuevo, tengo que controlarme.

—¿Empezamos o qué? —insto a los chicos para que se apresuren antes de que me deje guiar por mis instintos.

En el instante en el que el público caraqueño enloquece al vernos, parte de ese sentimiento se apacigua. Me posiciono en mi sitio y subo los brazos sosteniendo en alto las baquetas. Marco el compás de la primera canción y el resto es magia. Me dejo invadir por los acordes de Adam y Max a la guitarra, la voz gruesa y profunda de Alex y la habilidad de John al bajo.

El tiempo se esfuma entre canción y canción, de vez en cuando llevo la vista hacia el *backstage*, pero no la veo por ningún sitio.

Agotados pero llenos de euforia, acabamos el concierto dando lo mejor de nosotros ante los miles de asistentes que se han volcado con cada estribillo. Tras beber un poco de agua, la alegría del momento se esfuma. Larson se acerca con aires de superioridad a donde estamos.

—Henry, pasa de él —me aconseja John.

—No haré ninguna estupidez. Tranquilo —le aseguro.

—¿Dónde habrá dejado su maravillosa esposa, Strom? Espera —se burla, mirando a sus compañeros que lo acompañan de cerca—, puede que esté esperándome a que llegue al hotel y la haga gritar de placer de nuevo.

Doy un paso al frente, manteniendo los puños apretados. Se está buscando que le rompa los dientes.

—Henry... —Adam y Alex se colocan frente a mí para que no me lance.

Cierro los ojos e intento relajarme, sé que lo que pretende es que me altere.

Lo está consiguiendo.

Me alejo de allí, dejándome guiar hasta el *set*. Los chicos intentan distraerme alardeando de lo bien que ha salido el espectáculo de la noche, Alice se une a nosotros al poco rato y nos muestra varias imágenes que ha realizado con su cámara fotográfica.

A pesar de ello, sigo sin poder disfrutar del momento.

Cuando llegamos, me encuentro a Bella allí. Tiene el cabello recogido en un moño alto y va vestida con una falda ejecutiva que le dificulta erguirse con facilidad. En cuanto lo logra, nuestras miradas se cruzan, y por un instante me imagino rodeándole la cintura entre mis brazos y besando esos labios carnosos que tiene. Pero no lo hago, me quedo quieto sin articular palabra por culpa de que esa visión ha sido intercambiada por la del capullo de Larson saliendo de

su dormitorio.

Pongo una disculpa y me marcho de allí. Me dirijo a mi camerino y me desvisto con rapidez para ducharme. No logro olvidar los pocos ratos que hemos compartido, las risas y su mirada.

Después de agradecer un rato bajo el agua, me visto con ropa limpia. Luego, me dispongo a salir del estadio para, quizá, buscar un lugar en donde...

—Chico, espero que estés visible, voy a entrar —me informa Charles antes de abrir la puerta—. Perfecto, ya estás listo. Acompáñame.

—¿A dónde? —cuestiono con el ceño fruncido.

—Hazme caso, Marcus nos está esperando —insiste en que lo siga.

Obedezco sin entender a qué viene tanto misterio. En menos de cinco minutos estamos dentro de un coche con las lunas tintadas y empezamos a recorrer las calles de Caracas. Marcus mantiene la vista en la carretera, le pregunto a donde nos dirigimos, pero no me contesta.

—Se paciente, queda poco —pide Charles.

Todo cobra sentido cuando veo que aparca enfrente de un gimnasio de boxeo. Nos bajamos del coche, y Charles se adelanta para entrar en él. Marcus se mantiene en la zona de recepción con los brazos cruzados, lo dejo allí y me encamino hacia el cuadrilátero.

—Toma. —Charles me lanza unos guantes que agarro en el aire antes de que impacten contra mi cara—. Póntelos.

Cuando era un mocoso y conocí a la familia Fuller, Charles me ayudó mucho. Se portó como una figura paterna y, después de un tiempo, me enseñó a boxear.

Me coloco los guantes, la protección bucal y un casco acolchado que, según me comentan, es obligatorio usar aquí. Ayudo a Charles a subir a la lona, pero se molesta y me dice que no es un anciano que necesite de ayuda. Así que

termino dejando que suba por él mismo. Chocamos nuestros puños y comenzamos.

Pese a la edad que tiene, Charles es un hombre tan corpulento como lo es su hijo, Adam. Se crio en las calles y trabajó durante gran parte de su vida en una fábrica de acero. Es un hombre fuerte y me lo demuestra con cada puñetazo que acierta a darme.

Nos pasamos cerca de una hora, esquivando, golpeando y moviéndonos en círculos hasta que me doy cuenta de que esto es demasiado para él y le indico que me apetece usar el saco de boxeo durante un rato.

Un par de personas que están en ese instante en el gimnasio nos observan desde lejos, mientras intentan seguir con su rutina, la cual me imagino hemos interrumpido al aparecer.

Me retito el casco y el protector bucal, que escupo al suelo.

Asqueroso.

Espero que Charles se situé detrás del saco y lo sostenga entre sus manos para que no se balancee. El primer golpe que le doy es con rabia, aprieto los abdominales y giro la cadera para lanzar el siguiente. Una y otra vez me enzarzo en una lucha conmigo mismo golpeando cada vez con más ganas, con más fuerza.

—Dime, ¿por qué lo hiciste? —Charles rompe el silencio, soltando de improviso la pregunta que tanto temo.

—No lo sé. —Golpeo de nuevo el saco con fuerza con la derecha y consigo que la estabilidad de Charles se pierda por un instante.

—No me engañas, chico, contéstame. ¿Por qué? —insiste, y me siento presionado. Golpeo una vez más apretando la mandíbula.

—¡Por todo! —concluyo exasperado, reparto una serie de golpes alternado la derecha y la izquierda—. Ya no es lo mismo, ya no es igual. Encima tengo

que aguantar a Larson, a la prensa, las llamadas... Y...

—Y qué más, continúa.

Mis brazos caen sin fuerza, agotados. Alzo la vista, y Charles se aproxima hasta mí. Busco las palabras para explicarle de algún modo lo que ocurre, lo que me sucede, pero antes de que llegue a decir nada él se me adelanta.

—La última vez que perdiste el control fue por Annie. —Escuchar su nombre de nuevo me oprime el corazón—. Sé que te marchaste en cuanto viste a Ray salir del dormitorio de Bella, los rumores vuelan —se disculpa, sonriéndome—. ¿No te dice nada eso? ¿Acaso tan ciego estás para no ver que esa chica de alguna manera te importa?

—No, te equivocas. Es por...

—Todos sois igual de cabezotas. —Niega con la cabeza—. No dejes que la rabia del pasado te impida llegar a ver la belleza del futuro —me aconseja con solemnidad.

—¿Eso es de alguna película? —le pregunto, intentando alejar la seriedad del momento.

—No, es lo que mi *Ceridwen* me instó a que te dijera. —*Ceridwen*, así es como llama a mamá Fuller de forma cariñosa—. Ha sido suficiente por hoy, cuando estés listo, te darás cuenta de la verdad.

Después de la conversación con Charles y durante el trayecto al hotel, no dejo de darle vueltas a todo. Mis pensamientos iban en contra de mi voluntad dirigidos hacia una única persona, Bella.

Debo salir de esta incertidumbre lo antes posible, y solo existe una manera de hacerlo.

13. El acuerdo

Bogotá. Una semana después.

ADABELLA

Tras siete días en los que no he hecho prácticamente nada que no haya sido sobrevivir a la tensión que nos envuelve a Henry y a mí, he decidido retomar de nuevo las riendas y el control de la gira.

No he tenido ánimo para organizar la agenda del grupo en las próximas ciudades donde actuarán. He sido un fantasma que vagaba por el *backstage* las noches de los conciertos en Caracas y Quito y se mantenía alejada de la prensa y de cualquier contacto con Ray. Las muestras de cariño de las chicas y los señores Fuller es lo que me ha mantenido a flote.

Mey, Alice y Em han organizado algunas visitas turísticas en Quito y alguna cena todos juntos para intentar un acercamiento y romper la tirantez del ambiente, pero Henry se ha aislado y ha rechazado cualquier tipo de contacto conmigo, salvo en las ocasiones que no le ha quedado otro remedio.

La indiferencia de Henry y sus posteriores miradas que reflejan esa tristeza que tanto me duelen están minando mi corazón.

Traer de regreso a la Adabella fría, distante y estirada de antes era una de mis estrategias para mantener a raya mis sentimientos, pero todavía estoy buscando la fuerza necesaria para lograrlo.

Nunca pensé que realizar este trabajo sería tan complicado, mucho menos que se enredarían tanto las cosas. He intentado confirmar la asistencia del grupo a las entrevistas que, tanto en radio como en televisión, deben acudir en la próxima semana, pero, al decir quién soy, se piensan que llamo para dar algún tipo de exclusiva.

Estoy frustrada. Acabo de colgarle el teléfono al realizador de uno de los

programas con más influencia de Perú, tras negarme a conceder una declaración.

Me paseo por la habitación mientras aprieto tanto los puños que clavo las uñas en las palmas de las manos. Me encantaría expulsar toda la tensión que tengo. El pecho me sube y baja con rapidez, he empezado a hiperventilar. De reojo me fijo en un cojín que está en el sofá de la salita y, sin pensarlo demasiado avanzo hacia él, lo sostengo entre las manos y lo coloco con fuerza sobre la boca.

Grito con todas mis fuerzas hasta quedar sin aliento. Separo la tela de la cara con lentitud, estoy un poco más relajada, pero no lo suficiente.

Otra vez. ¡Más fuerte!

Me anima mi conciencia a repetir la acción, y lo hago hasta en tres ocasiones más. Aunque de poco sirve, ya que al instante escucho el sonido de mi móvil con una llamada entrante de mi padre. No hace falta que tenga la pantalla delante para saber que es de él, he cambiado el sonido y le he puesto la canción de la película *El padrino*, especialmente, para él.

Me levanto y me acerco hasta la mesa de escritorio que está a pocos metros del ventanal. Antes de contestar, cierro los ojos y expulso el aire de mis pulmones.

¡Ánimo!

—¿Qué sucede ahora? —le pregunto sin andarme con rodeos.

—Me he enterado de que has intentado contactar con el bufete de abogados. —Papá mantiene la voz firme—. Eso no nos beneficia, debes esperar. —Guarda silencio durante un rato esperando a que le de algún tipo de explicación.

—Te dije que iba a pedir el divorcio, papá. No voy a alargarlo más de lo necesario, ni por la empresa, ni por ti. —Mientras le comento lo que opino,

poso la palma de la mano en el cristal del ventanal, y mi mirada se pierde entre los centenares de luces que alumbran la ciudad—. Es mi vida, no puedes obligarme a que te obedezca.

—Eres una desagradecida —murmura, perdiendo todo el aplomo que mostró al comienzo—, ¿tienes idea de dónde estarías si no llega a ser por mí?

Alejo el teléfono del oído y pongo el manos libres, mi padre me está dando la charla sobre lo importante que es que todo salga bien, que se lo debo como hija, y que tengo que apoyar a la discográfica.

Dejo que continúe con su discurso mientras voy a por una botella de agua. Conozco de sobra a papá y sé que, interrumpiéndole, no ganaré nada. Doy un sorbo y, cuando creo que ha terminado, le contesto.

—Papá.

—¿Qué? —responde, molesto.

—Buenas noches. —Y sin más palabras de por medio, le cuelgo, estoy cansada, harta de esta situación.

Pegar un par de gritos no me ha ayudado; hablar con mi padre, mucho menos. Voy a apagar el móvil cuando llaman a la puerta, frunzo el ceño mientras me aproximo para saber quién es, no he solicitado nada a la recepción, quizá se hayan equivocado.

Abro y me encuentro con Henry.

—¿Qué haces aquí?

—Necesito comprobar algo. —Da un paso al frente y, sin apenas darme cuenta, rodea mi cintura con su brazo y me arrima a su cuerpo.

Nuestras miradas se cruzan, mi pecho sube y baja, acelerado y expectante a lo que pueda suceder. Mis manos han ido a sus antebrazos por inercia, no ha sido algo premeditado, lo juro. Repasa mi rostro con atención y ladea la cabeza antes de posar sus labios en los míos. Es agradable, mucho, pero me

siento extraña.

Es la primera vez que me besa de esta manera, sin rabia, sin prisa alguna. Le correspondo moviendo los labios con la misma suavidad que usa él. Mi ritmo cardiaco aumenta por segundos, y necesito un poco de esa furia que exhala por cada poro de su cuerpo, así que clavo las uñas en su piel con la intención de que reaccione.

Se aleja cuando mi móvil comienza a sonar de nuevo.

—*¿El padrino?* —indaga, lleno de curiosidad.

—Mi padre —le explico, y él se ríe de repente. Pero no quiero tratar el tema de papá ahora, no en este instante, en el que preciso de una desconexión total—. No le prestes atención —le digo, cerrando el espacio que nos separa y volviendo a besar sus labios, pero no lo hago de la manera que lo hizo él al entrar en mi *suite*, sino de una forma brusca, sintiendo el roce de su barba en mi rostro.

Coloco la palma de la mano en su mandíbula, y él, al fin, me corresponde con el ansia que preciso. Me aparto un segundo de su lado y cierro la puerta. Sin perder tiempo, me retiro la camisa que llevo puesta, y Henry me observa con detenimiento.

Recorro con la mirada su cuerpo, me lo imagino desnudo... con sus brazos y pecho llenos de tatuajes y los abdominales definidos.... Me he percatado de que en el cuello muy cerca de la yugular tiene un tatuaje que desentona bastante con el resto de su anatomía. Es un número, el trece. Desvío la vista para volver a enfocarla en su rostro, y lo encuentro sonriendo, lleno de confianza.

Nuestros pechos suben y bajan con rapidez, avanzo hasta él, y rodea mi cuerpo con sus brazos fuertes. Esparce pequeños besos por el cuello para luego pararse un rato en la clavícula, mientras echo hacia atrás la cabeza.

Henry comienza a enredar sus dedos en mi melena deshaciéndome con cuidado el moño que llevo.

—Tienes una melena preciosa, deberías llevarla suelta siempre —me recuerda, como en otras ocasiones.

¡Uff!, esto va en declive. Agárrale los huevos y que te folle de una vez.

¡Uy!, eso no es mala idea.

Deslizo la mano entre nuestros cuerpos y la coloco por encima de la cremallera del pantalón vaquero sintiendo lo excitado que está. Comienzo a mover la palma de manera sensual sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Bella. —Intenta dar un paso atrás y niega con la cabeza. Pero ¿qué hace? —. No deberías provocarme. He venido con la intención de...

¡Arrggg!

Le levanto la camiseta, hay demasiada ropa entre ambos.

HENRY

Estoy intentando mantener el control todo lo que puedo. Pero Bella no me lo está poniendo nada sencillo. Mi intención era hablar con ella, encontrar un punto de conexión entre ambos que no se reduzca al sexo.

Quiero confirmar si lo que me contó Charles es verdad, necesito comprobar si siento algo por ella o, simplemente, es debido a que Ray la ronda. Pero, para eso, es necesario que mantenga el control y no ayuda mucho que esté intentando desnudarme.

—¡Henry! —grita con frustración—. ¿Vas a hacer algo o no?

¡Mierda!

Me llevo la mano a la cabeza, la miro de reojo. Está semidesnuda, predispuesta, a poco más me ruega a que la folle. ¿Y qué hago? Dudar.

¡Reacciona! Ya charlarás en otra ocasión.

¡A la mierda el control!

Mi ritmo cardiaco aumenta, me guio por la lujuria, por la pasión del momento. Beso su boca con rabia y la conduzco hasta el dormitorio. Danzamos hasta la cama y permito que se aleje para poder retirarme tanto los botines como el pantalón, mientras ella se desprende de la falda y la ropa interior, quedando totalmente expuesta.

Con Bella desde que la conocí siempre ha sido así, un tornado de emociones que me engulle.

Tiro de sus tobillos arrastrándola por el colchón y separo sus piernas. Ha despertado a la fiera que llevo dentro, y puede que, más tarde, se arrepienta de ello.

Me agacho y emprendo un camino de besos y caricias por sus muslos hasta dar con el objetivo. Alzo la mirada, se ha sonrojado, pero no parece que le moleste lo que pretendo hacer. Saco la lengua y lamo su clítoris. El jadeo que expulsa me pone más cachondo de lo que estoy.

La insto a que coloque las rodillas en mis hombros, y me obedece. Mordisqueo y juego con sus labios menores. Mi lengua imita una penetración, y Bella parece no poder soportarlo, sujetándome la cabeza con sus manos mientras mueve la pelvis.

Me separo para poder respirar y decido que no quiero que se corra de esta forma, quiero sentir sus músculos mientras se contraen alrededor de mi polla. Repto por su cuerpo, me paro en los montículos de sus pechos para atenderlos debidamente colocando un pezón entre mis dientes y tirando de él con suavidad.

Balanceo mi cadera para realizar fricción sobre su parte íntima con mi miembro. ¡Joder, estoy que reviento!

—Por favor... —Gime—. Por favor...

—Dime, ¿qué quieres, Bella? —le pregunto, mientras sigo estimulando sus pezones.

—¡A ti! —Eleva la voz y levanta la pelvis buscando mi polla.

Agarro su cadera con fuerza, puede que demasiada, clavo los dedos en su piel y, sin ningún miramiento, la penetro de una estocada.

—¡Oh, cielos! —digo al sentir el calor que me rodea.

Bella reacciona de inmediato y me rodea la cintura con las piernas. Emprendo una carrera infernal sin dejar de moverme, entro y salgo de su vagina con movimientos veloces. Nuestros gemidos se unen, somos uno.

Sin importarle que hace un instante le haya hecho sexo oral, me besa. Se desmelenada, está totalmente entregada.

Me retiro sin dar ninguna explicación, y escucho un lamento por su parte. Sonríe al percatarme de lo acertado de su nombre, es una mujer hermosa, mucho más cuando la tengo entre mis brazos y de esta forma.

Giro su cuerpo, le acaricio la espalda hasta llegar a la parte baja de la misma. Cuando contemplo su trasero, paso la palma de la mano por una nalga y le doy una pequeña palmada. Nada exagerado, pero creo que puede gustarle.

—¡Oh! —exclama.

No preciso de más para saber que sí lo ha hecho.

Paso la mano entre sus muslos notando el calor que emite y la insto a que encorve la espalda y me ofrezca su sexo.

Cuando vuelvo a entrar en ella, la sensación de placer aumenta. El ángulo me permite llegar a donde antes no lo hacía. Dentro, fuera, dentro, fuera...

Me doy cuenta de que mueve su brazo y guía su mano hasta hallar su clítoris. Se masturba, y le animo a que continúe. Roza con sus dedos la base de mi polla, y creo que estoy a punto de perder el norte.

¡Joder, esta mujer me está volviendo adicto a sus jadeos!

En el instante en el que sus músculos comienzan a estrangularme y los espasmos son cada vez mayores, tengo que apretar la mandíbula para no terminar por...

¡Joder, joder, joder!

Salgo de ella lo más rápido que puedo y termino derramándome en su espalda. Los chorros de semen salpican y salen con fuerza. Expulso un gemido, y mi cuerpo se estremece al quedar saciado.

Veo un paquete de pañuelos desechables cerca de la mesilla y estiro el brazo para primero limpiarla a ella, y luego, a mí. Me dejo caer boca arriba sobre el colchón y ahora es cuando comienza la parte difícil...

ADABELLA

Ahora sí. ¡Qué relajación...!

¿Le debería de dar las gracias por retirarse a tiempo? Es una estupidez lo que acabamos de hacer, no soy una cría. Sé lo arriesgado que es fiarse de la marcha atrás porque no siempre funciona. Esto no debe volver a ocurrir.

Me tumbo a su lado en la cama intentando volver a recuperar el aliento. Jamás he estado con un hombre como él. Normalmente, siempre me han tratado como a una muñeca de porcelana, con cuidados y mimos. Que no digo que este mal, pero que no hay punto de comparación.

En un momento dado, he pensado que me iba a partir en dos.

Giro la cabeza en su dirección y vuelvo a fijarme en ese tatuaje que tiene en el cuello. Con un poco de reticencia extendiendo la mano y paso la yema de los dedos por encima de su piel.

Henry se extraña y frunce el ceño, pero no se aleja. Tengo la sensación de que este número esconde alguna historia detrás.

—¿Lo tienes desde hace mucho tiempo? —Rompo el silencio, intentando

comenzar de alguna manera una conversación.

—Sí —responde, escueto.

—¿Tiene algún significado? —insisto, llena de curiosidad.

—Todo tatuaje lo suele tener. —Me sujeta la mano y la mueve hasta otro dibujo que está oculto detrás de su oreja—. Este de aquí me lo hicieron justo después de la firma con la discográfica. Es un trébol de cuatro hojas, cada uno tiene el suyo.

—Sí, lo sé. Lo habéis hablado en varias ocasiones con la prensa... —Me da la sensación de que está contándome la misma historieta que le diría a cualquier *groupie*, y, por algún motivo, me incomoda y me ha molestado.

—Sí, es cierto lo hemos comentado en varias entrevistas. —Mantiene una pausa antes de continuar, y eso hace que vuelva a mirarlo a los ojos—. Pero lo que nadie sabe es que no les dije a los chicos que nos saldrían gratis, ya que conocía al chico...

—¿Y no era verdad?

—No del todo —duda—. Digamos que llegue a un acuerdo con él y nuestros primeros tatuajes salieron gratis.

—¿A qué acuerdo llegaste con ese tipo? —Apoyo el codo en el colchón con interés.

—Ese, mi preciosa Bella, es un secreto que me llevaré a la tumba —dice, convencido.

No me pienso quedar con la incógnita.

—Venga, cuéntamelo —insisto, lastimera—. Podemos llegar a un acuerdo entre tú y yo, me cuentas ese secreto, y yo te cuento uno mío.

El brillo que adquiere su mirada me indica que lo he convencido.

—Está bien, pero debes prometerme que no saldrá de aquí. —Realizo una

cruz por encima de mi pecho a la altura del corazón—. Su hermana pequeña llevaba detrás de John desde hacía bastante tiempo, lo convencí para salir a un local en el que, causalmente, ella se encontraba. —Hace un gesto con los dedos en forma de comillas imaginarias al mencionar la palabra *casualmente*—. Bueno, John siempre ha sido un chico muy correcto, muy cauto. Le convencí para que participara en el juego de la botella con el resto del grupo, y así poder lograr que besara a esa chica.

—¿Usaste a tu amigo como moneda de cambio para conseguir unos tatuajes?

—Tal y como lo dices suena fatal.

—Es que es horrible. ¿Y esa niña llegó a enterarse de lo que sucedió? De que fue todo un complot...

—¡Uy, sí que se enteró! No es una fan de Slow Death que digamos...

—Normal —opino, y me tapo la boca para bostezar, estoy rendida.

—¿Cansada? —Asiento con la cabeza, y Henry me arrima a su cuerpo para que apoye la cabeza en su pecho—. ¿Te molesta si me quedo un rato antes de ir a mi *suite*?

Soy capaz de oír los latidos de su corazón en esta posición, cierro los ojos y dejo que mi instinto hable por mí.

—Puedes quedarte si quieres.

Me relajo entre sus brazos y siento cómo cubre nuestros cuerpos con la sábana de seda. El calor que emite su cuerpo no me molesta, me tomo la libertad de poner una pierna encima de la suya.

Me acaricia el pelo con movimientos laxos, y siento que, poco a poco, me voy sumiendo en la tranquilidad de un sueño reparador. Sé que mañana tendré que afrontar mi vida de nuevo, pero ahora lo único que quiero es seguir abrazada a él.

14. Trece

HENRY

Me despierto por culpa del sonido que proviene del baño, Bella está cantando o, al menos, eso creo que intenta. Dudo entre eso o que haya raptado una gallina para el desayuno y ha comenzado a degollarla.

¡Comida!

Abro los ojos e intento aguantarme la risa. Al final, me quedé dormido, y pasamos la noche juntos. Me levanto de la cama y busco entre la ropa desperdigada por el suelo el bóxer. Una vez lo localizo, me lo pongo y camino dirección a la *homicida* musical.

Empujo un poco la puerta y contemplo la escena que tengo frente a mí con una sonrisa en la cara. Bella se encuentra meneando el trasero mientras se lava los dientes frente al espejo al son de una canción que intenta interpretar, es una versión, bastante alejada, de *Respect* de la artista Aretha Franklin. Lleva puesta una toalla blanca que cubre su cuerpo, me imagino que se duchó al levantarse, porque su melena está completamente húmeda, y varias gotas de agua se deslizan por su preciosa piel de porcelana.

Apoyo el hombro en el marco y me cruzo de brazos, me acabo de quedar hipnotizado. Es increíble, yo, Henry Strom, he pasado una noche con una mujer y no estoy planteándome poner ninguna excusa para huir. Es más, me agrada la idea de poder disfrutar de la compañía de Bella en un futuro.

Ayer, cuando vine a su dormitorio, no tenía la intención de acostarme con ella. He visto durante el último año y medio cómo mis amigos caían rendidos ante el amor, y, aunque aún no tengo muy claro mis sentimientos por Bella, pensé que...

No sé lo que pensé.

Yo no soy Adam, él se desvive por su mujer e hija, estaría dispuesto a perder una mano por ellas. Tampoco soy como Alex, al que admiro por la lucha que tuvo que pasar tanto con su hijo como con Mey. Y Max... Bueno, he de reconocer que, desde que está con Emilie, solo tiene ojos para ella.

No creo que pueda ofrecerle algo semejante a nadie, ni siquiera a Bella.

Lo que tenía que haber sido un beso pausado y tierno, como los que se dan las parejas que se quieren, se convirtió en puro fuego. ¡Aunque no me quejo del resultado! Sin embargo, no quiero hacer daño a Bella si es lo único que puedo ofrecerle.

No quiero que el pasado se repita de nuevo.

Dejo de romperme la cabeza en el instante que se desliza la toalla por el cuerpo de Bella. Camino hasta ella, y al sentir mi presencia, se tapa los pechos con las palmas de las manos. Antes de que se dé la vuelta, rodeo su cintura con mis brazos desde su espalda y coloco el mentón en su hombro sin dejar de admirar su belleza en el reflejo que nos devuelve el espejo.

—*Álainn* —le susurro al oído, y no me doy cuenta de que he hablado en irlandés hasta que me fijo en la expresión de extrañeza de Bella al escucharme.

—¿Qué? —pregunta, dándose la vuelta.

—No tiene importancia —comento sin perder de vista sus estupendos pechos—, lo que importa ahora es qué vas a hacer para ayudarme. —Bajo la vista a la excitación que es obvia, teniendo en cuenta el bulto que se ha formado bajo la tela de mi ropa interior.

—Está bien, yo me ocupo —me dice, sujetándome la mano y llevándome hacia la ducha.

Me desnudo con rapidez y me dejo guiar hasta el interior. Mi ánimo se arruina cuando veo que abre de repente el grifo del agua fría y se aparta con

agilidad para no mojarse. Me quejo y escucho su risa.

—Te dije que me ocuparía —me informa sin dejar de reír—. Lo siento, pero en una hora debes estar en la radio para la entrevista, y no podemos retrasarnos.

—Tenemos tiempo de sobra —le indico, mientras modulo la temperatura del agua hasta conseguir que salga tal y como me gusta.

—¿Tienes idea de cuánto se tarda en secar una melena como la que tengo? Un día de estos me la corto. —¡¿Qué?!

—Sería una pena... Me gusta cuando no la recoges, te queda muy bien.

—Henry. —El tono de voz que usa me recuerda al día que la conocí en la discográfica, ese día estaba regañando a unos empleados por llegar cinco minutos tarde.

—Dime, Bella —le respondo de manera melosa, mientras esparzo un poco de gel sobre mi tórax.

—Nada, ya hablaremos en otro momento. —¡Uy, eso suena mal!—. No tardes demasiado, voy a pedir que nos suban algo para desayunar.

Quince minutos más tarde, salgo del baño con una toalla enrollada a la cintura, no me apetece volver a ponerme las mismas prendas que el día anterior. El olor a chocolate inunda mis sentidos, me acerco hasta el salón y veo a Bella despidiéndose del camarero. Sobre la mesa hay una jarra de zumo, varios trozos de pan y unas tazas de chocolate caliente.

—Espero que te guste probar cosas nuevas, he pedido que nos traigan un desayuno típico colombiano —comenta, mientras se retira un mechón de cabello del rostro y lo coloca detrás de la oreja. Se ha secado la melena, pero no la ha peinado, la lleva suelta y libre. Está preciosa.

—Si se come, no tengo problema —le aseguro, dando un paso hacia ella.

—¿No te vas a vestir? —cuestiona, frunciendo el ceño.

—Más tarde, ahora tengo hambre.

Parece que mi decisión no es de su agrado, pero no me recrimina, ni me pide que me vista. Ella, por lo contrario, ya se ha cubierto ese espectacular cuerpo con una prenda ligera, debido a la temperatura. Es cierto que no es tan formal como la que suele usar habitualmente, pero, aun así, el vestido de lino *beige* le da un aire de majestuosidad.

Nos sentamos, y me indica con orgullo lo que vamos a degustar: chocolate con queso, preparado con agua y no con leche como en Europa, acompañado de zumo natural, y...

Escucho con atención sonriendo, dándome cuenta de que ha memorizado cada detalle en una conversación de unos pocos minutos.

—Esto son tamales, en realidad es típico de Tolima, según me ha contado el camarero, pero en Bogotá los hoteles y restaurantes lo sirven. Está hecho con una pasta de arroz con carne, garbanzos, zanahoria y condimentos. Lo cocinan al vapor y está envuelto en hojas de plátano. Quizá sea mucho —se cuestiona, mordiéndose el labio inferior.

—No me creo que recuerdes todos esos datos y no seas capaz de acordarte de la noche de mi cumpleaños. —Me río, pero dejo de hacerlo al notar que he metido la pata.

Ya lo grande, mírale la cara.

Bella se ha quedado muda, su rostro se ha transformado en una máscara reservada. Cierra los ojos un instante, y, cuando los vuelve a abrir, nuestras miradas se cruzan.

—Lo siento —se disculpa con un susurro—. No tengo excusa, no sé lo que ocurrió tras dejar el casino. Tengo flases de lo que hicimos, juntos, he llegado a recordar mi comportamiento subida a una barra con un chico, pero no logro acordarme de más. Bebí demasiado, no suelo hacerlo, y no sé cómo acabe

con...

—No sigas —la interrumpo, molesto—, eres libre de hacer lo que quieras.

—Eso no es del todo cierto —asegura.

Es verdad, la boda.

—Se nos va hacer tarde, será mejor que desayunemos cuanto antes —le propongo, cambiando de tema.

El rato que me quedo con Bella en su habitación después de esa pequeña conversación es un poco incómodo. La noto dolida, triste y preocupada, a partes iguales. Me despido dándole un beso en los labios, quizá para consolarla de alguna manera, y así su inquietud por lo sucedido no le cause un mayor remordimiento.

Salgo al pasillo del hotel sujetando la ropa entre los brazos, la toalla sigue rodeándome la cintura. Tengo la mala suerte de encontrarme con Emilie, que oculta su sonrisa bajando la mirada y saludándome con la mano. Si hubiera sido Max, sé que se habría metido conmigo, cosa que sucederá cuando ella se lo comente.

Entro en mi *suite* y suelto una bocanada de aire. Tiro las prendas al suelo y camino hasta el dormitorio. Me llevo la palma de la mano al cuello, acaricio el tatuaje que me hice con diecisiete años, y el presentimiento de que no saldrá bien lo que estoy comenzando a sentir por esa mujer me atormenta.

Han pasado muchos años, pero jamás olvidaré a Annie. Su recuerdo está presente en mi piel, en mi memoria.

Mi teléfono móvil comienza a sonar, alejando la nostalgia por un instante. Sin embargo, en cuanto sujeto el aparato toda la ira y la rabia emerge a la superficie.

ADABELLA

¿Qué le sucede?

Henry lleva todo el día gruñendo a la prensa y no suele actuar de esa manera. El grupo ha realizado la entrevista de la radio sin incidencias, y he notado que los demás han intentado que él hablara lo mínimo posible.

Marcus nos lleva en una limusina dirección al hotel, voy sentada en la parte opuesta en la que está él. Aunque el resto de los chicos están presentes, intento no prestarle demasiada atención, pero no lo he conseguido.

Esta mañana, cuando amaneció, me sorprendí abrazada a su cuerpo. Me quedé varios minutos observándole dormir. Me imaginé que saldría del dormitorio en mitad de la noche, pero me equivoqué y me gustó encontrarlo allí.

Aun siendo así, ahora, está raro, distante con todo el que lo rodea. Incluso con sus amigos, y creo que es por algo que oculta.

Inhalo con fuerza al darme cuenta de la cantidad de prensa que está agolpada a la entrada del hotel. Marcus acerca la limusina lo máximo que puede, pero los periodistas se arriman demasiado, y dudo que podamos avanzar más. Reconozco un rostro entre tanta gente; Dana se encuentra entre la multitud.

Maldita zorra, mal follada.

Mi conciencia está en lo correcto, estoy segura de que a esa mujer le falta más de una alegría al cuerpo. Quizá de esa manera dejase en paz a Slow Death.

Marcus baja del coche para abrir una de las puertas y escoltarnos hasta la entrada. No es el único, dos guardaespaldas más que están pendientes de nuestra llegada se aproximan con rapidez para ayudarle en su tarea.

Las cámaras me enfocan, las preguntas sobre Las Vegas se incrementan. Henry mengua su paso y espera a que llegue a su altura. Me asombro de

inmediato al notar que entrelaza su mano con la mía.

—¡Henry, una pregunta! —grita por encima de los demás Dana, y me tenso al escucharla—. ¿Le has hablado a tu esposa de Annie?

Annie. ¿Quién es Annie?

Me quedo petrificada al sentir la fuerza que utiliza Henry al apretar la mano y tengo que retirarla para que no me haga daño. Frunzo el ceño y giro la cabeza para mirar a la causante de todo.

Sé que la reacción que acabo de tener va a dar que hablar, y mucho. Debería de haber fingido, debería de haber aguantado los pocos pasos que nos quedaban para llegar al *hall*.

—*Bro*, ¿estás bien? —le pregunta John.

Los segundos pasan y no hay respuesta por parte de Henry. Adam y Alex cruzan una mirada llena de preocupación, mientras Max aprieta los puños a ambos lados del cuerpo.

—Sí, voy al gimnasio —termina respondiendo con dificultad.

Le observo alejarse de todos y me acerco a uno de los *Slow* para intentar saber qué acaba de ocurrir.

—No está bien —le indico a Adam.

—No, no lo está. Pero el ejercicio le ayudará a canalizar los sentimientos.

—Puedo preguntar quién es Annie...

—Puedes, pero no te lo diré. No soy la persona indicada para ello.

—Lo comprendo, tenía que intentarlo —le manifiesto con pesar.

No sé lo que está sucediendo, pero tengo la necesidad de averiguarlo. Sin meditar demasiado en ello, me alejo del *hall* y subo en el ascensor hasta la planta en la que se encuentra el gimnasio del hotel.

Cuando llego, me quedo inmóvil al ver a Henry que se encuentra golpeando

una y otra vez un saco de boxeo con dolor en la mirada. Doy un paso al frente, pero no avanzo más cuando de repente le escucho mencionar el nombre de Annie y se lleva la mano al tatuaje de su cuello. Ese que le toqué ayer, el del número trece.

Decido dar marcha atrás y dejar que lidie con lo que sea él mismo. Me da la sensación de que no merezco saber la verdad. Pero por otro lado, no dejo de pensar en lo que acaba de ocurrir.

¿Qué significado tiene ese tatuaje? ¿Quién es Annie? Y lo que más me inquieta, ¿por qué le interesa a Dana descubrir algo sobre ella?

HENRY

Bella camina a mi lado, entrelazo mis dedos en su mano, mientras nos dirigimos al local que han contratado Adam y Alice para celebrar el primer cumpleaños de Awen.

Mi preciosa mujer... ¡Joder!, ¡cómo cambian las cosas en tan poco tiempo! Ella se arrima a mí cuando divisamos a la prensa que se agolpa en la entrada del lugar. No lleva muy bien el acoso de los paparazis, le he aconsejado que pase de ellos y que haga su vida con normalidad.

Pero ¿qué significa eso?

Estamos huyendo de la conversación sobre la vuelta a Londres y lo que sucederá con nuestro matrimonio. Bueno, para ser más exactos, yo rehúyo ese tema. Y es que no tengo ni idea de qué quiero. Sé que a su lado me lo paso bien, que la extraño cuando no la veo a lo largo de un día agotador y que provocarle una sonrisa me ocasiona una felicidad inmensa.

—¿Crees que le gustará lo que le llevamos? —me pregunta, haciendo alusión al paquete que sujeta en la otra mano.

—Le encantará, estoy convencido. Aunque sigo insistiendo en que unas baquetas...

—No comprendo la obsesión que tenéis con que los pequeños sigan vuestros pasos. —Niega con la cabeza recordando quizá la conversación del día anterior cuando le conté que Peter se niega a aprender a tocar la batería y que prefiere la guitarra—. ¡Dejadles que elijan ellos lo que quieran ser!

Tengo la intención de responderle que, por supuesto, apoyaremos la decisión de los niños, sea cual sea, en lo que se quieran formar el día de mañana, pero no me da tiempo, debido a que los reporteros se aproximan a nosotros para fotografiarnos y realizar varias preguntas sobre nuestra relación: «¿Cómo llevan sus primeras semanas de casados?»; «¿Van a celebrar algún viaje de bodas?»; «¿Qué opina su padre, el señor O'Connell, de su enlace?». Se solapan unas a otras, e ignoramos a todos mientras mantenemos el ritmo del paso.

Expulso con alivio el aire de los pulmones cuando cruzo, al fin, la puerta de entrada del local. Diviso a Adam a lo lejos dando órdenes a una empleada y me hace gracia observarle en un estado casi al borde de los nervios. Quiere que todo salga a pedir de boca, que su hija tenga un recuerdo maravilloso y único de su primer aniversario.

Le doy un beso en la mejilla a Bella y le indico que me reuniré con ella en la parte trasera en unos minutos, quiero meterme un rato con mi amigo.

ADABELLA

Awen ha estado nerviosa durante toda la tarde, de vez en cuando se ha puesto a llorar sin motivo alguno. Según comenta Alice, es porque la pobrecita no ha podido dormir bien y está algo irritable.

Es una muñequita preciosa, va vestida con un vestido en rosa chicle, donde se puede leer: *princesa del rock*.

Cuando le pregunté al llegar cuántos añitos tenía, ella levantó uno de sus deditos, y casi me da un síncope de lo linda que es.

Adam y Alice son afortunados de tener una familia que les arropan en todo.

De cierta manera, estar aquí me recuerda a esos años en los que mamá estaba y mi padre era de otra manera. Anhele aquella época...

Pero las personas cambian, evolucionan y dejan de ser quienes eran con el tiempo. Ladeo la cabeza y me quedo pensativa mientras miro a Henry. ¿Qué nos deparará el futuro a nosotros?

Me he planteado no pensar demasiado en el mañana y disfrutar lo que queda de gira con él. Es un buen hombre, me hace feliz estar a su lado, y creo...

—¡Bella, ven! Vamos a cantarle a Awen —me pide él, lleno de alegría, sacándome de golpe de mis pensamientos. Asiento con la cabeza y me acerco a la mesa donde se encuentra la pequeña sentada en un trono.

Le han puesto una pequeña corona, e intenta alcanzar la tarta de tres pisos con la mano. Su abuela, Martha, mueve la base del postre y realiza un gesto en plan confidente colocando el dedo índice sobre los labios. «Shhhh», le dice guiñándole un ojo.

Todos empezamos a entonar la melodía típica a pleno pulmón esperando que Awen sople las velas cuando me fijo que Mey se voltea quedando de espaldas al grupo. Frunzo el ceño al comprobar que aparta a Alex de su lado y se aleja dirección al aseo.

Compruebo que nadie más se ha percatado de lo sucedido, excepto su pareja que mantiene la mirada perdida, preocupado. Me deslizo entre los asistentes y decido ir a ver qué le ocurre.

—Mey, ¿necesitas algo? —inquiero. Ella está observando su reflejo en el espejo con cierta nostalgia. Voltea la cabeza al escucharme, y veo en su mirada la tristeza.

—Pensé que podría... —balbucea a punto de romper en un llanto—. Creí que...

Avanzo hasta ella y la abrazo.

—No es necesario que hables si no quieres —le planteo.

—Soy una egoísta al estar aquí lamentándome por mis asuntos, pero me sigue siendo tan duro. —Comprendo a lo que se refiere, superar lo que le sucedió no ha de ser sencillo—. Alex está teniendo una paciencia tremenda conmigo, me siento agotada y frustrada cada mes que pasa sin un resultado positivo. Y temo que se vaya a cansar...

Me alejo un instante para mirarla directamente a los ojos.

—Dudo que eso ocurra, os he visto. Formáis una familia fuerte, te quiere, y tú lo amas de la misma manera. No debes angustiarte con esos pensamientos.

Mey asiente en silencio y se pasa el dorso de la mano por las mejillas. Continúa con una expresión dubitativa en su cara, pero sale del aseo alzando el mentón.

Nos encontramos a medio camino con Alex, que sujeta de la mano a su hijo Peter. Este, al ver a Mey, corre a abrazarla, y ella se acuclilla para recibirlo entre sus brazos.

—Me habrás dejado un trozo de la tarta, ¿no? —le pregunta ella.

—Sí, separé uno bien grande para ti —le comenta él, sonriendo—. Mey... —El pequeño agacha la mirada y duda en seguir hablando.

—¿Qué sucede?

—Le pregunté a papá si era algo malo, él dice que no lo es, que te gustará...

—¿A qué te refieres? —Mey lanza una mirada a su pareja, llena de intriga, sin comprender lo que sucede.

—Sé que ya tengo una, pero... ¿Te puedo llamar *mamá*? —La rubia intenta contener las lágrimas al escuchar a Peter—. Papá me ha dicho que tengo dos mamis, que soy un afortunado.

—Lo eres, campeón —asegura Alex.

—La afortunada soy yo por teneros —responde ella, abrazando de nuevo al pequeño.

Me alejo dando un paso atrás para dejarles espacio en un momento como este. Decido regresar de nuevo junto al resto, mientras escucho a mi espalda las frases que se dedican: «Te amo, mi Diosa».

Cuando localizo a Henry, lo primero que hago es besarle. Poso las manos sobre su mandíbula cuadrada y juego con su barba con las yemas de los dedos, mientras cierro los ojos y saboreo el momento.

—Y esto, ¿a qué se debe? —cuestiona mi arrebato.

—Me apetecía —contesto, encogiéndome de hombros. Me rodea la cintura y vuelve a besarme.

—A mí también me apetece —susurra.

El resto del día, me olvido por completo de la prensa, de mi padre y de todas las gestiones que debo realizar debido a la gira. Disfruto rodeada de la gran familia que forma Slow Death, sintiéndome de alguna manera —aunque sea por un día— parte de ella.

15. La falta

Montevideo, Uruguay. Dos semanas antes del final de la gira.

ADABELLA

Durante este último mes, la gira ha seguido su curso y el ambiente ha estado más relajado, aunque los periodistas siguen en el mismo plan de asedio constante.

En estos treinta días los Slow Death han actuado en cinco ciudades de distintos países: Lima, Río de Janeiro, La paz, Asunción y Santiago de Chile. En algunas la acogida del grupo fue de tal magnitud que las entradas se habían agotado en un día.

Henry y yo no hemos vuelto a tocar el tema del divorcio, nos hemos limitado a pasar tiempo juntos, disfrutar de las ciudades donde la gira iba haciendo parada y conocernos mejor. *Dejarme llevar* ha sido el mantra que me he impuesto en este tiempo. Merezco estos momentos y dejar atrás esa vida de sacrificios por la discográfica, por los caprichos de mi padre.

Bajo ese hombre bromista y aparentemente extrovertido, Henry esconde a otro más reservado y muy cariñoso.

Mis labios se curvan en una sonrisa al recordar la escapada que realizamos en Río. La continua persecución de la prensa con preguntas incesantes sobre la boda y nuestra relación me tenían muy tensa y agobiada. Creo que de alguna manera él lo notó.

—Más tarde quiero que me acompañes a un lugar —me susurra, mientras me agarra de la mano de camino al hotel.

Era el día previo al concierto, estábamos cerca de un centenar de corresponsales que nos perseguían con sus teleobjetivos en las manos, y él se mantuvo a mi lado sin dejarme ni un solo segundo.

Después de instalarme en la *suite*, Henry llamó a mi puerta y me arrastró con él al *hall*. Intenté que me dijera a dónde me quería llevar, pero no lo conseguí.

—*Llevamos unos días de locos. Creo que necesitas un poco de paz —comenta con suspicacia ante mi insistencia.*

Viajamos en un coche durante unos cuarenta minutos. Henry hizo varios chistes durante el trayecto sobre lo bien que conducía y que había despistado a los paparazis, algo muy habitual en él. Cuando llevábamos un rato paseando, me percaté de la tranquilidad que el sitio transmitía. Lo miré a los ojos, y sonrió antes de volver a entrelazar nuestras manos.

El atardecer se aproximaba coloreando el cielo con distintos tonos de rosados; era tan deslumbrante y hermoso que mis ojos no alcanzaban a ver la grandiosidad de la estampa que nos rodeaba en el Parque da Cidade.

—*Álainn —murmura a mi lado para besarme a continuación.*

Los cariocas dicen que lo mejor de Niterói es la vista de Río de Janeiro. Es una ciudad con elegantes barrios, hermosas playas, amplia vida cultural y mucha historia que contar. Se puede disfrutar de impresionantes vistas con el mar abajo y un batido de coco en la mano derecha; el MAC, ese museo diseñado por el arquitecto Oscar Niemeyer que parece un ovni, nos hace un guiño desde el final de la curva de arena, y detrás, las siluetas del Corcovado, la Pedra da Gávea, el Pão de Açúcar. Pero disiento de la opinión de los cariocas, porque lo mejor que encontré en Niterói no fueron las vistas de Río, sino la delicadeza de Henry, sin duda alguna.

Inspiro en profundidad alejando los recuerdos de aquel maravilloso encuentro, perdidos de la faz de la tierra, en el que solo estábamos él y yo y el resto de preocupaciones no existían.

He aprovechado este rato a solas para ponerme al día con el correo electrónico y leer los cientos de *e-mails* que llegan cada día. Es increíble la cantidad, pero hay desde peticiones de clubs de fans a la discográfica hasta los que van dirigidos directamente a algunos de los Slow Death. Entre todos hay uno que me ha dejado sin palabras.

No he dejado de llorar desde que comencé a leerlo, es de una pequeña *deathlady* del grupo. Para ser exacta, lo ha escrito la madre. Releo de nuevo limpiándome las lágrimas que caen por mi rostro con un pañuelo:

Escribo esta especie de carta consciente de que, lo más seguro, pase directamente a la carpeta de spam.

Me presentaré mi nombre es María, soy de Montevideo. Mi pequeña hija, Madyson, adora a Slow Death desde hace años. Cuando se enteró de que harían una gira por Latinoamérica, se puso a saltar como una loca por toda la casa y no se despegó de la computadora hasta conseguir los boletos para asistir al concierto.

Pero, lamentablemente, eso no podrá suceder...

Todo comenzó hará unas pocas semanas, es cierto que llevaba tiempo rara, se quejaba de cansancio y nunca tenía apetito. Con el tiempo aparecieron los sudores nocturnos y la fiebre. No entendía qué le sucedía a mi pequeña.

La llevé a su médico cuando el dolor en las articulaciones fue insoportable para ella. Nuestros medios son escasos, y recé para que nos dieran un diagnóstico lo antes posible, pero la sanidad es lenta, sino se va a un especialista privado.

Cuando fui a la consulta, el doctor me dijo: «La buena noticia es que se ha detectado a tiempo». Como si eso fuera un consuelo.

Diez años, tan solo tiene diez años... Y ahora se encuentra postrada en la

cama de un hospital por culpa de la leucemia, esperando un trasplante de médula ósea.

No sé el motivo por el cual me he decidido a mandar esto, ni tampoco por qué lo he hecho. Quizá porque sé la ilusión y esperanza que le transmitiría a Madyson un mensaje de ánimo de sus ídolos...

Con el archivo adjunta una imagen de la niña. En ella se la ve agarrando entre sus manos el último disco de Slow Death, el brillo de sus ojos iluminan de tal forma su rostro que apenas puedo fijarme en los demás detalles.

Con dificultad busco mi móvil y les mando un mensaje a las chicas para avisarlas de que bajaré en unos minutos. He quedado para ir a tomar algo con ellas, y así relajarnos un poco del estrés que nos está generando la gira.

Me arreglo lo más rápido que puedo y, al llegar al *hall* del hotel, observo a Marcus que me espera para acompañarme hasta la limusina.

Una vez dentro, tras haber sorteado a los periodistas molestos, las saludo. Alice me pregunta qué me sucede, y le comento el *e-mail* que acabo de recibir.

—Hay que decírselo a los chicos, estoy segura de que estarán dispuestos a ir a ver a la niña —me asegura ella.

—Los chicos tienen la agenda llena de compromisos, no sé de dónde podrán sacar un hueco para acudir —les explico.

—Algo se podrá hacer —interviene Mey.

—Emilie, ¿qué opinas tú? —le pregunto al fijarme en que está algo ausente.

—Siempre han hecho todo lo posible para ayudar, dudo que se opongan. Pero estoy pensando en que tienes razón, mañana tienen el día repleto de eventos y pasado mañana es el concierto. Tenemos que hacer la prueba de sonido, de iluminación...

—Exacto, y a la mañana siguiente, después del concierto, partimos hacia Argentina —termino la frase en su lugar.

El coche arranca, y nos quedamos calladas, sumidas en un silencio abrumador durante unos minutos.

—Ya pensaremos qué hacer, ahora vamos a algún local y disfrutemos un poco de la noche —dice Mey.

—No pienso beber —indico con rapidez.

—Más para mí. —Sonríe ella con pesar.

No realizo la pregunta pertinente, pero me imagino que sigue sin conseguir quedarse embarazada.

Encontramos un local cerca de la playa al que entramos. Intento explicar al camarero que no quiero nada de alcohol, pero que me apetece probar alguna bebida típica. Me sorprende cuando me trae una bebida gaseosa de pomelo. ¡Pomelo!

Pese a su sabor amargo y debido al calor que hace, me refresca y lo agradezco. Nos recomiendan que probemos los chivitos y las empanadas. ¡Una delicia!

Alice, Emilie y Mey han solicitado una botella de Medio y Medio, y, por lo poco que le he entendido decir al empleado, les ha advertido que es una bebida muy fuerte. Pero a la rubia no le da importancia y da el primer sorbo.

Pasamos varias horas entre risas y confidencias. Y a medida que pasa el tiempo, observo que el estado de embriaguez de las chicas va en aumento, tanto que casi no son capaces de andar recto para ir al aseo.

Decido llamar a Marcus y pedirle que venga a buscarnos. En menos de diez minutos llega, y después de varios intentos conseguimos que entren en la limusina.

Una vez en el hotel, Marcus guía hasta la puerta de sus habitaciones tanto a Alice como a Mey, mientras que yo me encargo de Emilie.

—Eres muy guapa —me halaga ella, arrastrando las sílabas.

—Gracias, tú también lo eres —le respondo, aguantándome las ganas de reír.

—Yo soy un ángel, el ángel de Max. —Clava los pies en el suelo y me mira a los ojos con curiosidad—. ¿Cómo te llama a ti Henry?

¿Eh? No sé a qué se refiere, así que niego con la cabeza y continúo la marcha. Marcus pasa por nuestro lado y me pregunta si necesito de su ayuda. Le digo que no, y se aleja a su dormitorio a descansar, él ya se ha ocupado de dejar a Alice y a Mey con sus parejas.

Expulso una bocanada de aire cuando logro al fin dejar a Emilie en su *suite*. Y me dispongo a ir a la mía cuando de repente oigo a Ray a mi espalda.

—¿Necesitas que te acompañe?

—No he bebido, no es necesario —le aclaro sin dejar de caminar.

—¡Qué pena! La última vez nos lo pasamos muy bien. —Me freno en seco al escucharle decir eso.

—Déjalo, Ray. —Le señalo con el dedo—. No tiene gracia.

—Sigues sin recordar, ¿eh? —Ladea la cabeza, y su boca se tuerce en una sonrisa tétrica o, al menos, a mí me lo parece—. Con lo bien que nos lo pasamos...

Da un par de pasos cerrando la distancia entre ambos, me alejo, pero en un movimiento ágil me sujeta del antebrazo para que no siga haciéndolo.

Tengo la intención de darle una bofetada cuando, acto seguido, escucho la voz de grave de Henry.

—¡Suelta a mi mujer!

¿Su mujer?

—Vaya, pero si ha llegado el salvador. Qué pena... —Me libera el brazo despreocupándose de lo que pueda suceder.

Por el rabillo del ojo, compruebo que Henry se aproxima dirección a nosotros dispuesto a comenzar una pelea. Por muchas ganas que tenga de que le parta la cara en dos no puedo permitir que eso suceda. Me alejo de Ray y voy en su encuentro.

—Déjalo, no ha pasado nada —le indico, colocando las palmas de las manos en el pecho de Henry.

—Este tío me está buscando, y me va a encontrar... —expone con rabia, mirándome a los ojos con determinación.

—Quedan dos semanas para que la gira termine, después no tendrás que volver a verlo. No permitas que gane, lo que pretende es crear polémica.

Henry cierra los ojos un instante y se pasa mano por la cabeza con frustración. Cuando los abre, encuentro un brillo en su mirada que me hace tragar saliva. Me sujeta la mano y me arrastra hasta su habitación. Me imagino que ha escuchado nuestras voces en el pasillo y, por ese motivo, ha salido a comprobar qué sucedía.

Cierra la puerta una vez estamos dentro, y abro la boca para preguntarle cuál es el motivo por el que estoy aquí. Pero no necesito hacerlo, porque no tarda ni dos segundos en rodearme la cintura con sus brazos y pegar su cuerpo al mío, mientras me besa.

Empiezo a sentir la excitación previa en mi interior. La piel se me eriza y un escalofrío recorre mi espalda cuando me acaricia la cadera al intentar retirarme la blusa de seda que llevo puesta.

Debería dejarme llevar...

Hazlo.

Sin embargo, la tristeza me invade. Algo no va bien.

—Henry... —menciono su nombre entre besos insaciables—. Henry, para. No me apetece...

Frunce el ceño, y no le culpo. Es la primera vez que le digo que no desde que me acosté por primera vez con él, hará casi dos meses. Pero, en esta ocasión, sé que si tenemos sexo, para mí tendrá una importancia que lo más seguro Henry no comparta. Estoy comenzando a sentir algo por este hombre y comentarle que la gira finalizará en breve me ha hecho darme cuenta de que lo que estamos haciendo llega a su fin.

—No podemos seguir así —le explico, alargando el brazo para acariciarlo, pero él se aparta, y ese gesto me duele.

—¿Así cómo, Bella? ¿A qué te refieres? —cuestiona, haciendo que me sienta patética.

No quiero discutir, no quiero tener que explicarle con detalles lo que creo estar sintiendo por él. Pero tampoco voy a callarme y dejar que me pisotee.

—Dices que *esto...* —Gesticulo con las manos, señalándonos a ambos, y añado—: Es puro placer, pero hace un instante le has dicho a Ray que soy tu mujer. —Cierro los ojos arrepintiéndome en el acto de mis palabras. Ya no hay vuelta atrás—. ¿Qué estamos haciendo, Henry? Nuestro matrimonio es una farsa; no divorciaremos en cuanto lleguemos a Londres. No puedo continuar con esto, no puedo seguir acostándome contigo cada vez que te apetezca, y menos por una especie de impulso para sacarte la rabia del cuerpo.

—¿A qué cojones viene ahora esto? —apunta, dando un paso al frente. Llega a ser otra persona, y me sentiría amenazada por su estatura o por la rudeza de sus palabras, pero lo conozco y sé que nunca me haría daño—. Jamás te he prometido nada.

—¡Tampoco te lo he reclamado! —Subo la voz sin poder remediarlo.

—Entonces, ¿por qué ahora? ¿Qué es lo que ha cambiado? —expone, inquieto—. Dime qué sucede, Bella...

«Sucede que te amo».

Agrado los ojos percatándome de lo que acaba de pasarme por la mente. Lo amo. Una lágrima cae por mi mejilla, y él me la retira con el dorso de la mano. Nuestras miradas se unen a medio camino, y decido que es la hora.

—No puedo más... —Suspiro—. Mi padre me pidió que me acercara a ti para averiguar el secreto que Dana investiga sobre el grupo. Cree que tú eres su siguiente objetivo.

Ya está, lo confesé.

Henry se aleja de mí dando varios pasos atrás. Niega con la cabeza mientras aprieta la mandíbula de tal manera que es posible se rompa una muela.

—Vete. —Y, en este mismo segundo, me siento como una puta.

Obedeciendo a su petición, me marché de su dormitorio sin dejar de llorar en el trayecto al mío.

Me paso el resto de la noche sin pegar ojo, abrazada a la almohada, lamentando las palabras que dije. Me doy cuenta de que me importa poco o nada quién es Annie, qué significa el número trece que tiene tatuado en el cuello o el motivo de su enemistad con Ray.

Todo eso carece de importancia debido a que sé que, cuando esas dudas se despejen, no estaré a su lado, porque nunca hemos estado juntos.

HENRY

Traicionado. Esa es la palabra con la que definiría cómo me siento ahora mismo. Todo fue puro teatro para ella. Cuando ayer la vi acorralada por Ray, me embargó la ira y le confesé lo que me negaba a admitir: que Bella es mi mujer, mi esposa, mía.

¿Posesivo tú? Que va...

Necesitaba sentir su cuerpo, sus manos recorriendo mi piel, sus gemidos y

sus jadeos y la llevé a mi dormitorio con esa intención, pero no esperaba una negativa por su parte, y mucho menos lo que me contó después.

¿Tan ciego he estado que no he podido reparar en su ambición? ¿Será cierto que solo se acercó a mí para sonsacarme información? Cuando mencionó que nuestro matrimonio es una farsa y me dijo que lo del divorcio seguía en sus planes, me puse a la defensiva. No hemos tocamos el tema de la boda durante este último mes, y me ha pillado por sorpresa.

Al amanecer me llegó un mensaje al grupo de *WhatsApp* que tenemos todos, en el que se comentaba de anular una entrevista en un programa de televisión y, en su lugar, acudir a visitar a una niña que es fan de *Slow Death* y está enferma. Parece que la idea fue de Bella.

Nadie se opuso. Lo cierto es que no me agradaba la idea de ir al programa ese, tengo entendido que es bastante sensacionalista y que me harían preguntas sobre Las Vegas, mi esposa, y Annie...

Annie... Llegué a plantearme decirle todo cuando Dana realizó la pregunta hace tres semanas en Colombia, pero no lo hice. Pensando que era lo mejor, me alejé de ella un tiempo para que no le salpicara toda la mierda que llevo en mi interior. Y cuando volví a serenarme, recuperé mi humor, y con ello volvimos a disfrutar de nuestra compañía, dándome cuenta de que Charles tenía razón y que amo a Adabella.

Quizá por ese motivo me dolió tanto saber la verdad.

La observo de reojo, mientras abraza a la madre de la niña que hemos venido a visitar. Cada uno de nosotros le trae un obsequio; yo he decidido regalarle unas baquetas firmadas, entre otros detalles.

—¡No me lo creo! ¡Sois realmente vosotros! —exclama, alegre, intentando incorporarse de la cama—. ¡Mira, mamá, son ellos!

—Cariño, tranquila. Te vas a arrancar las vías —le advierte ella, refiriéndose a los tubos que tiene la pequeña.

—Tenemos entendido que eres una *deathlady* —comenta Alex, y ella asiente con la cabeza sin perder la sonrisa de su rostro.

Pasamos unos veinte minutos charlando con la niña sobre las canciones, y nos dice que le da pena no poder ir mañana al concierto. Pero que se alegra mucho de habernos conocido, que es como un sueño y que guardará todos los regalos como un tesoro.

Me encantaría asegurarle que se recuperará, que saldrá adelante, que todo irá bien. Pero no lo hago, no puedo prometer algo semejante.

Todos decidimos realizarnos unas pruebas de sangre y hacernos donantes de médula ósea. En caso de que alguien sea compatible, nos darían un aviso, y acudiríamos al centro médico más cercano de nuestro país para que extrajeran la médula. Nos han informado que la recuperación es de dos a tres días, y es algo que merece la pena si con ello se logra salvar la vida de un pequeño. Las chicas también se las hacen, incluida Bella.

Uno tras otro, entramos en la sala de extracción, y nos formulan una serie de preguntas. Nos explican que en unas veinticuatro horas nos darán aviso de si pasamos a la lista de donantes idóneos, ya que tienen que analizar que no tengamos ningún tipo de enfermedad contagiosa o cosas similares.

Durante todo ese tiempo, no dejo de fijarme en el aspecto de Bella, parece cabizbaja, pero ni ella ni yo cruzamos palabra alguna. Como dijo ella, ya no es lo mismo.

ADABELLA

Escucho el concierto de los chicos desde la zona del *backstage*, son increíbles. Lo que transmiten algunas de sus letras me emocionan, lo más seguro

por el doble sentido que le encuentro a frases en concreto.

Hace unas horas he hablado con papá por teléfono y le he dicho que dimito. Ha puesto el grito en el cielo y me ha recriminado que le dijera la verdad a Henry. Así que le terminé colgando el móvil. Puede que en el pasado soñase con estar al frente de la empresa, pero ya no es así.

He dejado todo bien atado para el espectáculo que tendrá el grupo en Buenos Aires y he hablado con los encargados de los eventos a los que deben acudir. Esta misma noche me marchó a Londres, no puedo seguir cerca de él.

Es la mejor decisión...

La fácil.

«¡No es para nada fácil!», respondo a mi conciencia, enfadada.

Antes de que finalicen de tocar, uso una de las limusinas y me voy dirección al hotel para recoger mis pertenencias e ir más tarde al aeropuerto. No me gustan las despedidas, supongo que a nadie, pero no tengo ganas de dar explicaciones.

Al traspasar el control de seguridad del aeropuerto, me permito encender el móvil y observo varios mensajes. Deben de haber recibido mi *e-mail*... Contesto a las chicas primero y les digo el motivo de tomar esta decisión. No tengo las fuerzas necesarias para leer el de Henry, pero, cuando voy a abrirlo, recibo un *e-mail* impidiéndomelo. Es del hospital, me imagino que con la información sobre si paso a la lista de donantes de médula ósea.

Lo abro y leo con atención. Mi rostro se va transformando a medida que avanzo en la lectura. No puede ser...

Queda inscrita en el banco de datos para ser donante; sin embargo, y debido a su condición actual, no podrá hacer la donación durante el embarazo y los siguientes seis meses después de dar a luz, ya que ha dado positivo.

¡Embarazada!

Tengo que apoyarme en una pared para no caer al suelo de la impresión.
Estoy embarazada, pero ¿quién es el padre? ¿Y qué voy hacer ahora?

16. Buenos Aires

ADABELLA

Oigo unas voces desconocidas a lo lejos. Parpadeo, la luz me molesta, y me doy cuenta de que estoy en una sala que no reconozco.

Un guardia de seguridad se aproxima y me sonrío.

—¿Se encuentra bien? —indaga, mientras me pasa un vaso de agua—. Ha perdido el conocimiento.

Observo lo que me rodea, mientras bebo un sorbo. No sé qué ha pasado, ni sé con seguridad cuánto tiempo llevo aquí.

—Hemos llamado a los servicios médicos del aeropuerto para que la examinen —me indica.

—Gracias.

Comienzo a palpar los bolsillos, busco mi teléfono y no lo encuentro. Frunzo el ceño y le pregunto al agente si sabe dónde puede estar. Por suerte lo tiene él y suspiro, aliviada.

Reviso el *e-mail* del hospital de nuevo, no ha sido un sueño, estoy embarazada. Me llevo una mano a la cabeza. ¿¡Dios, qué voy a hacer!?

Me paso la siguiente media hora contestando las preguntas que me realizan. Se han debido de creer que era una contrabandista o algo por el estilo, porque no me han dejado marchar de allí hasta que les he mostrado el mensaje con los resultados médicos.

Al final, he perdido el vuelo a Londres y creo que ha sido cosa del destino, porque ahora tengo un asunto que resolver antes de regresar a casa. Sin perder más tiempo, me pongo en una de las filas para comprar un billete nuevo, en esta ocasión para Buenos Aires.

Según mis cálculos, llegaré antes que el grupo. Mientras espero a que me llegue el turno, realizo una serie de llamadas; la primera al hotel, para volver a solicitar la *suite* que en un principio iba a ocupar, y, después, me pongo en contacto con una clínica privada de la capital, donde espero que puedan indicarme de cuánto tiempo estoy.

Justo en el instante en el que voy a abrir el mensaje de Henry, que aún no he leído, alzo la vista al escuchar: «el siguiente».

Tengo la suerte de que sale un avión dirección a Buenos Aires en poco rato, así que pago con la tarjeta de crédito el importe de inmediato y me marcho a la puerta de embarque con decisión.

Durante el vuelo no dejo de pensar en Henry, en mis sentimientos por él y en que hay un bebé creciendo dentro de mí...

Cuando aterrizo en tierras bonaerenses y vuelvo a conectar los datos del móvil, me llega un mensaje del hotel que me indica que, al llegar antes de lo planeado, me darán otra habitación para pasar esta madrugada.

Eso me da lo mismo, tal y como estoy, dudo que duerma algo.

HENRY

Ha dimitido. Se ha marchado, y ni siquiera se despidió...

Vuelvo a revisar la pantalla del teléfono, no lo ha leído. Lo más seguro es que se encuentre dirección a Londres. No me arrepiento de lo que le he escrito en ese mensaje, me gustaría saber qué me contesta, pero lo más seguro es que hasta mañana no obtenga una respuesta.

—Puedes estar tranquilo —me comenta mamá Fuller, posando su mano sobre el teléfono que sostengo—, pronto volverás a verla.

—Me ha engañado. —Me alejo, dándome la vuelta y guardando el móvil en el bolsillo del pantalón.

Los ritmos han cambiado, el *backstage* no parece el mismo sin la presencia de Bella en él. El resto de los chicos no saben cómo reaccionar ante la noticia de que vayamos a estar sin ningún representante para el último concierto de la gira. Y Adam cree que Jeremy no se atreverá a acudir para ejercer de mánager.

Las chicas me han interrogado para saber si he hecho algo, para que su amiga se marchara de esa manera. Me he mordido la lengua y no les he contado la discusión que tuvimos la noche anterior.

Cierro los ojos con fuerza al recordar lo cortante que fui al pedirle que se fuera de mi dormitorio. Tendría que haberle exigido algún tipo de explicación, pero lo único que pensé fue en que todos los ratos que habíamos pasado eran mentiras.

—Ahora, ella es libre, y la verdad está a punto de conocerse. —Mamá Fuller me ha seguido, y sus palabras me provocan un escalofrío por todo el cuerpo—. Sin embargo, es tarde para ambos.

—¿A qué te refieres? —Frunzo el ceño sin entender una mierda.

—Deberás perdonar para lograr ser feliz.

El pequeño Peter aparece de la nada correteando entre nuestras piernas, intenta huir de Awen que le persigue con los brazos abiertos de par en par. Cuando alzo de nuevo la mirada para preguntarle más detalles a la madre de Adam, esta se ha marchado a hablar con su nuera Alice, no sin antes advertirme que no vuelva a fumar a escondidas.

¡Mierda!

Mi móvil suena y me marchó al *set* que me han preparado para poder atender la llamada. Es mi padre, otra vez...

—¿Qué cojones quieres ahora? —No me ando con sutilezas, llevo aguantándolo demasiado tiempo.

—Deberías de tener más respeto a los mayores, y mucho más a mí —me responde de forma borde.

—No me jodas, y dime de una puta vez para qué me llamas.

—Tienes que mandarme más, he...

—No pienso darte una mierda —le interrumpo con brusquedad, mientras paseo dando vueltas, apretando con fuerza el teléfono por culpa de la rabia—. No me da la gana de seguir pagándote la bebida y las furcias con las que te acuestas.

—¡Cómo te atreves!

—¡¿Qué cómo me atrevo?! ¿Y tienes las narices de preguntarme qué cómo me atrevo? Puede que engañaras a mi madre hace años, pero no me tomes por un idiota. Sé, perfectamente, en qué usas el dinero que te mando y no estoy dispuesto a continuar así.

—Quizá deba aceptar esa oferta tan golosa que me ha ofrecido una periodista por contar cosas sobre ti...

Lanzo el móvil contra una de las paredes, cabreado y lleno de odio, consiguiendo que la pantalla se rompa y que la batería salga despedida en dirección contraria.

¡Joder!

Buenos Aires, Argentina. Final de la gira.

ADABELLA

Me he despertado temprano para acudir a la consulta de una matrona y he respondido a una serie de preguntas como he podido. Ahora, me encuentro a la espera de realizarme una ecografía transvaginal que, según me ha informado, no es dañina para el embrión y con ella se verifica tanto el tiempo de gestación como la salud del bebé.

Aún no me creo que esto me esté pasando...

Recostada en una camilla, espero con impaciencia que dé comienzo, mientras la especialista me indica que sentiré frío y me pide que intente relajarme y no me contraiga.

Me fijo en que realiza una serie de anotaciones en el ordenador con la mano izquierda, entre tanto con la otra gira en mi interior lo que mi conciencia ha denominado como *vibrador sin batería*, dado que su utilidad es nula.

Lo retira de mi interior dejándome con una sensación extraña y húmeda a causa del lubricante que ha utilizado. Trago saliva con fuerza cuando gira la pantalla y me muestra una mancha borrosa.

—En este momento tiene el tamaño de un garbanzo, *acá* su cabecita, y el resto de su cuerpo. —Me indica con el cursor del ratón—. Y, contestando a la cuestión referente a la fecha aproximada de la concepción, puedo estimar que sucedió entre el catorce y el dieciocho de febrero.

—El dieciséis. —En el cumpleaños de Henry.

—Sí, es posible.

No sabe cuánto.

Diez minutos más tarde, salgo de la clínica y pido un taxi para que me acerque al hotel. Durante el trayecto, no dejo de tener sentimientos encontrados con respecto a mi estado. ¿Estoy preparada para ser madre?

¿Y cómo le doy la noticia a Henry!? ¡Ay, no! ¿Y si no es de él?

Tendré que averiguar si sucedió algo entre Ray y yo esa noche. Reviso la hora, lo más seguro es que hayan llegado y ya se encuentren en las *suites*.

Al llegar al hotel, y después de sortear a los periodistas de la entrada, pregunto por la habitación en la que está, aprovechando que tienen que darme la nueva tarjeta de la habitación que usaré hoy. No tengo problema alguno para conseguir la información, puesto que no se ha difundido mi dimisión, y creen

que sigo perteneciendo al equipo del grupo.

Subo en el ascensor y me bajo en la última planta. Intento reunir las fuerzas suficientes para hacerle frente, cuadro los hombros y levanto el mentón. Tengo una meta, conocer la verdad. Y si tiene que salir la *perra* que llevo dentro de paseo para conseguirlo, que así sea.

Golpeo con los nudillos la puerta, y no tarda en abrir vestido tan solo en ropa interior....

—¿Te has quedado sin ropa? —¡Comienza la función!

—Vaya, vaya... Mira a quién tenemos aquí. Pensé que habías abandonado a los perdedores de Slow Death —Ray intenta provocarme, estoy segura de ello.

—Pues aquí estoy. —Sonrío de manera sarcástica.

—¿Y a qué se debe el honor? —pregunta, apoyándose en el marco de la puerta.

—He venido a hablar contigo.

—¿Solo a hablar? —Da un paso al frente, confiado, noto cómo su mirada repasa mi cuerpo de pies a cabeza, quedándose más tiempo del necesario en mis pechos—. Puede que hayas venido a repetir, preciosa.

La actriz que llevo dentro sale en escena, me toco el mentón y guardo silencio durante unos segundos consiguiendo que Ray deje de pensar en un rechazo inminente.

—La verdad, no estoy muy segura... —miento—, si hubiera sido algo memorable lo recordaría, cosa que no ha pasado. Puede que tu ego sea más grande que tú... —Bajo la mirada a su entrepierna imaginándome un cacahuete, y me río sin poder evitarlo.

—¡Pero qué! —exclama, molesto, cerrando el espacio que nos separa, y me rodea con el brazo la cintura para luego pegar sus labios a los míos.

Una arcada me sube por la garganta al recordar la sensación de sus labios. ¡Oh, no! Coloco las manos en su pecho intentando separarme de él, mientras hago memoria, esto ya lo he vivido. Ray no se separa, y me retuerzo entre sus brazos.

—¡Te dije que no te acercaras a mi mujer! —¡Henry!

Aprovecho que la fuerza con la que me sujeta Ray se debilita y le doy un pisotón con la punta del tacón en el pie descalzo.

—¡Putá! —grita, dando saltos de dolor.

Sin ser consciente de ello, Henry se sitúa a mi lado y, sin apenas mirarme, le da un puñetazo a Ray que lo deja tumbado en el suelo. Luego, se lanza encima de él y continúa golpeándole en el rostro, una y otra vez.

Me llevo las manos a la boca, toda la culpa es mía.

—¡Mierda, lo va a matar! —Giro la cabeza y al fondo del pasillo veo a Adam, John y Max, que aceleran el paso para poder llegar lo antes posible y separar a su amigo de Ray.

Con bastante esfuerzo lo consiguen, mi cuerpo tiembla de arriba abajo. Por suerte, Ray se incorpora y escupe al suelo.

—Deberíais controlar a vuestra mascota —les dice a los chicos.

Henry retoma las ansias e intenta por todos los medios librarse de los brazos de sus tres amigos, que tienen que sujetarlo con fuerza para retenerlo. Me sitúo delante de él y con la mirada vidriosa lo miro a los ojos.

—Lo siento —me disculpo, no solo por lo de ahora, también por lo de mi padre y por ser una insensata que no es capaz de llevar el control de su vida.

Me alejo de allí notando que las lágrimas caen por mis mejillas. De camino a mi dormitorio, me tropiezo con Alice y Martha que llevan de la mano a Awen y les pido disculpas a ellas también.

No dejo de susurrar «lo siento, lo siento», una y otra vez, incluso cuando

me dejo caer boca abajo sobre la superficie del colchón de mi habitación.

Tardo en recuperarme unos minutos, me sueno la nariz y agarro el teléfono móvil recordando que tengo el mensaje de Henry sin leer. Abro la aplicación y encuentro algo que no esperaba:

No soy muy bueno con las palabras, te has marchado y me siento culpable. Tenía que haberte dejado que me explicaras lo de tu padre. Tenías razón cuando dijiste que no podemos continuar como al principio. Ya no es igual, eres distinta a cualquier mujer con la que haya estado, y, pese a que tenemos que hablar sobre lo que sucederá de aquí en adelante, me odiaría el resto de mi vida si no te confieso que no quiero perderte. Espero una respuesta por tu parte, ojalá no sea tarde.

17. San Fernando

ADABELLA

Me despierto con los ojos hinchados tras haber pasado la noche llorando. Lo único que conseguí ayer fue que Henry se peleara con Ray, y recordar un beso que me di con este último. Después de eso no tuve el valor suficiente para salir en todo el día de la habitación.

Pensé en acudir al dormitorio de Henry y decirle lo del embarazo, pero me entró el pánico. Me pasé cerca de dos horas mirando el móvil y releendo lo que me dijo. Ni siquiera comí en todo el día, y eso me hace sentir fatal, debería cuidarme, ahora una vida depende de mí.

El asunto es que al final de la noche cuando ya no me quedaban más lágrimas que derramar, no sé muy bien cómo o cuándo, le mandé un *wasap* contándoselo todo.

¡Todo!

Me llevo las manos a la cabeza, ¿¡en qué estaría pensando!?

Estiro el brazo y busco el teléfono que ha de estar por algún lugar entre las sábanas y la almohada. Una vez lo localizado, compruebo que no he recibido contestación, reviso en la aplicación y veo que aún no lo ha leído.

Suspiro aliviada, aún me queda tiempo para pensar cómo enfrentarlo.

Me levanto de la cama y me voy al baño a darme una ducha. Dejo que el agua tibia actúe en cada músculo contraído y me relajo durante más de veinte minutos.

En cuanto salgo, me tapo con un albornoz blanco y utilizo una toalla pequeña para secarme el cabello retirando el exceso de humedad. De repente, doy un salto al escuchar que llaman a la puerta con insistencia.

Con paso apurado la abro y me encuentro con él cara a cara.

Hola, candidato a papá número uno.

HENRY

Destapo la cajetilla y retiro un cigarro que coloco entre los labios. No debería estar fumando, lo sé. Si mamá Fuller me viese, me regañaría, como mínimo. Pero sé que ayer la cagué con Bella.

¡Y ni siquiera me quedé a gusto tras romperle la cara al *comepollas* de Larson!

Decidí no ir detrás de ella, lo más seguro es que me rechazara de nuevo. Lo que hice fue caer de nuevo, me marché del hotel y no volví hasta la madrugada. Y lo peor de todo es que tengo los nudillos de la mano derecha destrozados y una ceja roja.

He estado poniendo la mano en hielo para bajar la inflamación, el concierto es mañana y espero poder estar a la altura del evento.

He arrastrado el pasado hasta la fecha. Todo se va a la mierda cuando creí que lo había superado. Debo pasar página, quiero hacerlo, lo necesito.

El teléfono de la *suite* suena, me acerco a contestar y me dice la recepcionista que todo está dispuesto para cuando quiera. Apago el cigarro en un cenicero y, a continuación, salgo al pasillo para ir en su busca.

Llamo en la puerta y espero un rato, pero no me atiende, así que decido ser un poco más ruidoso e insisto de nuevo. Al poco rato abre, lleva puesto un albornoz y su cabello ondulado aún está mojado. Con solo pensar que debajo de esa única prenda no lleva nada más logra que me ponga duro de inmediato.

Céntrate...

—¿Estás así por lo de ayer? —me pregunta, señalándome la cara con preocupación.

—Sí y no. Es largo de contar, creo que es necesario que hablemos —le comento, nervioso, a la espera de su respuesta.

Bella abre los ojos con asombro. Se ha puesto nerviosa de golpe, se retira un mechón de cabello para colocarlo detrás de la oreja. Y la demora de saber qué hará me está matando.

—Tú...

—¿Te apetece que vayamos a comer juntos? —la interrumpo por el temor a una negativa.

—¿Comer? —se extraña—. ¿En qué hora vivimos?

—Te acabas de despertar, ¿verdad?

—No dormí mucho la noche anterior... —Baja la mirada al suelo, y frunzo el ceño. ¿Tan mal me porté?

Le levanto el mentón con el dedo y le muestro una sonrisa.

—¿Tienes unos vaqueros? —Bella levanta una ceja ante mi cambio repentino en la conversación—. Tengo algo planeado, y será más cómodo para ti si vas con ropa informal.

—Todo lo contrario a la que suelo vestir, ¿no? —Se cruza de brazos y me reta con la mirada de manera graciosa. Aquí está mi Bella.

—Exacto, pero no cambiaría por nada del mundo tu estilo propio. —Avanzo dando un paso al frente y me arriesgo—. Tienes las piernas más sensuales que he visto en mi vida —le susurro a poca distancia de su boca.

Guardándome las ganas de besarla, me alejo y decido entrar en su dormitorio. Si quiero que todo salga como tengo planeado, debemos marcharnos pronto.

Me dirijo al vestidor y abro las puertas de par en par. Rebusco entre sus prendas algo que sea...

¡Joder! Esto se lo tiene que poner.

Lanzo un conjunto de ropa interior en un tono burdeos con encaje encima de

la cama y continúo con la ardua tarea. ¿Por qué las mujeres necesitarán tanta ropa?

—¿¡Se puede saber qué haces!?! —exclama a mi espalda.

—¿Vas a venir? —realizo la pregunta de nuevo sin dejar de remover la ropa.

—Sí, pero sé escoger mi propia ropa —me dice, enfadada, y consigue que me dé la vuelta.

—Está bien, pero apúrate. Te espero en la salita, y no hace falta que te seques el cabello. —Le señalo la melena con la clara intención de que la deje suelta. Adoro ese aire rebelde que adquiere su rostro cuando la tiene así.

—Dame cinco minutos.

ADABELLA

Me apresuro a escoger una parte de arriba cómoda y, a petición de Henry, unos *shorts*. Hace demasiado calor como para que me ponga unos vaqueros. Me visto a toda prisa y, luego, voy al baño para, al menos, peinarme un poco.

¿Habrá leído el mensaje? ¿Sabrá que estoy embarazada?

—¿Te falta mucho? —grita él.

—Dos minutos, ya termino —espeto, mientras me aplico un poco de crema hidratante sobre el rostro.

—Bella... —insiste.

¡Qué agobio! No he tardado tanto.

Con fastidio me aplico brillo sobre los labios, paso de maquilmarme. Salgo al dormitorio y busco el móvil de manera frenética, levantando sábanas y echando la almohada al suelo.

—Bella, ha pasado media hora.

¡Qué exagerado!, como mucho veinticinco minutos.

Debido a la urgencia que muestra, desisto en continuar con la búsqueda del teléfono. Por algún lugar ha de estar, ya lo encontraré.

Salgo del dormitorio, y Henry me observa con detenimiento realizando un escaneo por todo mi cuerpo.

—Lo has hecho a propósito, ¿no es cierto? —Mueve las cejas de manera cómica al señalarme las piernas al aire.

—No seas bobo. —Niego con la cabeza—. ¿A dónde vamos?

—Es una sorpresa, te gustará.

Me sujeta de la mano y me arrastra, sí, me arrastra literalmente hasta el ascensor. Una vez dentro, se gira y, sin venir a cuento, me besa en los labios. Mi cuerpo reacciona de tal forma que estoy convencida de que mi piel arderá en llamas ante su toque.

Coloca una mano en mi nuca, impidiendo que me aleje, la otra en mi trasero y acerca su pelvis a la mía para que quede constancia de que su excitación es notable.

Cuando las puertas se abren, tengo que darle un toque con la mano en el antebrazo para que se aleje, dado que, por el rabillo del ojo, puedo observar que un matrimonio mayor está tapándose la boca debido a la sorpresa.

Henry tarda en reaccionar, no sé si a propósito o no. Pero, cuando nos cruzamos con ellos al salir, les dice:

—Deberían probarlo una vez en la vida, se lo aconsejo. —Pongo los ojos en blanco y tiro de él para que deje en paz a los pobres ancianos, que han de estar cerca de los setenta años.

Me extraño al no ver ningún vehículo aparcado en la entrada del hotel y reviso a mi alrededor buscando con la mirada por si veo a Marcus. Pero no es así.

Henry sonrío de manera misteriosa y me indica que espere un segundo. Se

aleja hasta la zona de recepción y habla con uno de los encargados que al poco rato le pasa dos cascos.

¿Qué va hacer con eso?

—Vamos —me comenta, animado, para que lo siga fuera.

¡En el exterior nos espera una Harley!

—Henry..., nunca he subido a una moto —le indico con temor.

—Una primera vez... Interesante —vuelve a bromear—. No temas, no te haré daño, iré con cuidado. —Me guiña un ojo, y estallo en una carcajada.

Los paparazis captan el momento desde la distancia, ya que han instalado unas vallas para que no molesten a los huéspedes que acuden al hotel. Me imagino que en menos de cinco minutos nuestras instantáneas estarán por las redes sociales.

Me subo a la moto tal y como me indica, rodeo su cintura sintiendo que me tiemblan las rodillas, mientras me sudan las manos y el corazón me late a mil por hora.

En el momento que arranca, creo que voy a mearme encima, pero, a los pocos minutos, empiezo a disfrutar de la sensación, sobre todo de poder abrazarlo de esta manera.

En unos veinte minutos aparca en una zona de la costa, en la que se encuentra un embarcadero. Me fijo en uno de los carteles e intento leerlo, reza San Fernando.

Me quito el casco y sacudo la melena, estoy segura de que mi aspecto luce como si una vaca me hubiese lamido. Henry camina animado hasta una embarcación de tamaño medio y realiza un gesto para que suba primero, pero, al pasar por su lado, me ayuda dándome la mano para que no me haga daño y me estampe contra el suelo.

—¿Sabes navegar?

—Como me dé por intentarlo, seguro que lo hundo. No, no tengo ni idea, pero he contratado a un capitán para que nos lleve a dar una vuelta, mientras comemos.

Me fijo en que hay una mesa vestida y preparada para ello y me entra la emoción de repente.

¿No es muy pronto para que te afecten las hormonas?

¡Cállate, que no es eso!

Mi emoción es debida a que hace escasas horas pensaba que volver a estar con él sería imposible, también a que nunca me imaginé que Henry tendría un detalle como.... ¡Espera!

—¿Quién te dijo de hacer esto? —Levanto la ceja con curiosidad.

—¿No ha podido salir de mí? —Niego con la cabeza, mientras nos sentamos ambos en nuestras sillas correspondientes—. Vale, ha sido una idea de Adam.

¡Lo sabía!

—De todas maneras, es precioso.

El yate arranca, y comenzamos a comer. Aprovechamos para charlar, y me pregunta por el motivo real por el que papá me pidió que lo espiera. Le comento que Dana está tras una historia y que creemos que es algo de su pasado, mientras Henry frunce el ceño, pero me indica que continúe hablando. Le confieso todo, desde que la empresa sin la banda se iría a la quiebra hasta que me negué en ser una espía a sueldo.

Me relajo en el instante en que me dice que me cree. Y decido aprovechar para preguntarle el motivo por el que se lleva tan mal con Ray.

—Viene de lejos. —Su tono cambia, se le nota molesto. Alargo la mano y entrelazo nuestros dedos sobre la superficie de la mesa—. Como sabrás, hace unos años fueron teloneros de otra gira que tuvimos. —Asiento—. En uno de

los conciertos, creo recordar que fue en París, los invitamos a una de las fiestas, y, pasada la madrugada, vi que estaba llevándose a una menor a una de las habitaciones con él. No hay que ser muy listo para saber lo que iban a hacer.

—Cuando te refieres a una menor, quieres decir...

—Una niña. No tendría más de catorce, y eso que estaba maquillada. Pero, además, la pequeña debió de cambiar de parecer; eso en el mejor de los casos, en el que él le contara lo que tenía pensado hacer, claro está. —Baja la voz, afectado—. Todo el mundo iba bebido y estaba a lo suyo, yo también, no lo voy a negar, pero, desde un inicio, ese tipo no me cayó bien, y me di cuenta de todo. Esa fue nuestra primera pelea. Desde ese instante no lo trago.

—Creo recordar que papá me habló de ese incidente, pero para la prensa lo que sucedió es que desfasasteis

—Fue una manera de encubrir lo sucedido, aunque no me arrepiento de haber actuado de esa manera. Se merecía las hostias que le di —expresa con rabia.

Henry ha debido notar el cambio repentino en mi rostro, y no es para menos. He caído en la cuenta de que, si Ray se acostó conmigo, podría ser el padre de mi bebé...

Se me revuelve el estómago de solo pensarlo.

—¿Te encuentras bien? Tienes mala cara —indica él.

—Creo que voy a vomitar. —Me levanto de golpe y, como no tengo ni idea de dónde se encuentra el baño, saco la cabeza por la borda y... ¡Dios, qué asco!

Me retira el cabello de la cara y me frota la espalda, mientras las arcadas continúan. La deliciosa comida que he podido disfrutar hace unos instantes se ha convertido en algo repugnante.

—Qué raro que te marees ahora... Te habrá sentado mal las empanadas o quizás... —Una nueva arcada lo interrumpe.

¡Oh, no!

Inspiro en profundidad, el sabor amargo me queda en la lengua. No quiero ni tragar saliva. Me giro y advierto lo que sucede.

—No has leído el mensaje, ¿verdad? —le manifiesto mis dudas.

—¿Me contestaste?, ¿qué me escribiste? —pregunta, pasándome una servilleta para que me limpie los labios con ella—. Destrocé el móvil y estoy sin uno hasta mañana.

Mis dudas me atormentan, y no logro decidirme. Pronto no habrá nadie a quien pueda esconderle la verdad, es algo inevitable.

¡Díselo!

Y ahora qué hago, ¿se lo cuento o espero?

18. Todo

HENRY

He avisado al capitán para que se dirija a puerto, pero, como tenía pensado pasar todo el día con Bella navegando y en este instante estamos bastante alejados, me ha informado que llegaremos en una hora más o menos.

—Ven, estarás mejor dentro. —Extiendo la mano con la intención de que Bella entrelace nuestros dedos. Sonríe satisfecho al comprobar que no duda en hacerlo. Le ayudo a caminar rodeando su cintura con el brazo y la acompaño hasta el camarote.

Me fijo en la cara de asombroso que pone al ver la cama de matrimonio adornada con decenas de pétalos rojos esparcidos sobre la sábana blanca.

—¿Esto fue idea de...? —pregunta, dudosa, alejándose de mí para agarrar una rosa con tallo largo que hay encima de la almohada y se la acerca a la nariz para oler su aroma.

—De Max —le respondo sin dejar de observarla.

—¿Es que has pedido consejo a todo el grupo?

Bella se sienta en una de las esquinas del colchón, y realizo una mueca de fastidio al observar que se frota la barriga con la mano.

—Adam me dio la idea de llevarte a una cena romántica, Alex insistió en que me asegurara de que no nos siguieran los paparazis —enumero, mostrando con los dedos de la mano—. Max comentó que te podría gustar lo de los pétalos, y John me hizo prometer que hablaría contigo de Annie.

Guardo silencio a la espera de que realice la pregunta del millón. Sin embargo, me sorprende riéndose de manera nerviosa.

—¿Y qué has hecho tú? —cuestiona ella sin dejar de reír.

Levanto la barbilla y me paso la palma de la mano por la barba, todo ello

mientras entrecierro los ojos y mantengo una apariencia de misterio.

—*Álainn*, yo aporto lo mejor de todo —bromeo, y cierro los ojos haciendo un gesto con la mano como si me ajustara un corbata imaginaria—, mi carisma.

Bella se ríe sin descanso, termina por apoyar la espalda en la almohada, y reparo en que he vuelto a hacerlo, la he llamado *preciosa* en irlandés sin apenas haberme dado cuenta de ello. Pero me alegro de que, al menos, mis payasadas le hagan olvidar el malestar que sufría hace unos instantes.

Coloco las rodillas sobre el colchón y me agacho posando las manos a ambos lados de su cuerpo con la intención de besarla. Pero Bella aparta la cara hacía atrás y se tapa la boca con las manos, mientras niega con la cabeza.

—No me beses, acabo de...

Comprendo a qué se refiere y me aparto sentándome a un lado.

—Esa es la puerta del baño. —Le señalo con el dedo índice.

Masculla un «gracias» y se levanta para, me imagino, enjaguarse la boca. Me tumbo boca arriba en la cama y maldigo por lo bajo al recordar que no tengo móvil. En este instante, me vendría genial preguntarle a cualquiera de los chicos qué debo hacer ahora.

¿En serio? Yo lo tendría muy claro...

Joder, no voy a tirarme encima de ella como un lobo hambriento. Y menos si lo que pretendo es...

Me incorporo de golpe. ¿Qué cojones pretendo?

Quizá tenga razón John, y deba hablar con ella, sincerarme y contarle lo que siento. Nuestra situación es un tanto peculiar, por decirlo de alguna manera. Estamos casados... ¡Joder, estamos casados!

Si le planteo que quiero seguir adelante con el divorcio, puede que se piense que es porque no deseo seguir una relación con ella. Y eso no es así. ¿Cómo haré para que me entienda?

¡Mierda! ¡Necesito hablar con alguien!

ADABELLA

Me vuelvo a mojar la cara con agua e inhalo nerviosa. Observo mi reflejo en el espejo del baño, me han entrado ganas de llorar.

¿Cómo le digo que estoy embarazada?

«Henry, ¿te acuerdas del día de la boda?». No, no, así no.

«Estoy embarazada, pero no tengo ni idea de si eres el padre o lo es Ray». ¡No! Me odiará si lo hago de esta manera.

«Estoy enamorada de ti, tengo miedo de que, cuando te de una noticia importante, te alejes y me odies...»

Ahora sí que no hay forma de que salga con estas pintas, me caen las lágrimas, y todo porque no soy capaz de decirle la verdad. Me llevo la mano a la barriga y la acaricio consciente de que, en unos meses, mi vida cambiara por completo.

No sería justo para el que se mantuviera a mi lado solo por el hecho de que estoy embarazada, y mucho menos en el supuesto caso de que ni siquiera fuera suyo. No sé qué hacer.

—Bella, ¿te encuentras bien? —me pregunta, tocando a la puerta. Doy un pequeño salto y me seco lo más rápido que puedo el rostro con la toalla.

—Sí, salgo ahora —respondo sin dejar de darle vueltas a la cabeza.

Cuando salgo, lo encuentro retirando de la cama los pétalos rojos y gira la cabeza en mi dirección al escucharme. Me sonrío y me indica con la mano que me tumbe.

No tardo en hacerle caso, la verdad es que estoy agotada, la tensión de estos dos últimos días no me ha permitido descansar. Me ayuda a quitarme las sandalias y suelto un jadeo de placer al sentir sus manos en las plantas de los pies. Cierro los ojos dejándome llevar por la sensación de paz y tranquilidad.

—Bella, tenemos que hablar —plantea él sin dejar de masajear.

No, no quiero una charla ahora. Si hablamos, tendré que contarle lo del bebé y no estoy preparada.

Eso. Espera a que el pequeñín vaya a la universidad, de ese modo será todo más sencillo...

Tampoco es eso, pero, según me he informado, no puedo realizar una prueba de paternidad hasta llegar a la semana catorce de gestación, como mínimo. Y la idea de una punción transabdominal me pone los pelos de punta.

—Bella... —insiste de nuevo.

Realizo un ruido con la garganta para darle a entender que le he escuchado. Si quiere hablar que lo haga... Yo... Yo no soy capaz de confesarme sin derramar una lágrima en este momento.

—No creo en el matrimonio. —Abro los ojos de par en par y trago saliva cuando nuestras miradas se cruzan—. ¡Joder! No es lo que piensas, esto no es lo mío...

Frunzo el ceño al comprobar lo nervioso que está, ha dejado de tocarme y aprieta los puños con fuerza. Me incorporo y extendiendo las manos para posarlas encima de las suyas.

—¿Qué ocurre, Henry? ¿Por qué sacas ahora lo del tema del matrimonio? —Quizá no quiera estar atado a mí, puede que solo le guste físicamente y no sepa cómo decírmelo...

Me duele la cabeza al pensar en todos los secretos que nos alejan el uno del otro. Antes hizo referencia a Annie, podía haber aprovechado para preguntarle por ella. Pero ¿con qué derecho puedo solicitar tal cosa si no tengo el valor como para hablar de lo que me está sucediendo?

Mantengo una mano encima de las suyas, y la otra la he llevado a mi barriga inconscientemente. Él se da cuenta e imita mi gesto. La respiración se

me atasca de golpe, acaricia mi abdomen con una mirada de ternura que me deja sin aliento, y tengo que retener como puedo las ganas de llorar y gritarle la verdad.

—¿Así mejor? —Asiento sin ser capaz de verbalizar una mísera palabra—. Sé que sonará como un tópico, pero no es por ti, es por mí. Soy hijo de una madre soltera. —Vuelvo a asentir, es algo que sabe todo el mundo—. Lo que casi nadie sabe es que mi padre estaba casado con otra mujer. El tener un papel o recitar unos votos delante de unas personas no asegura una fidelidad, y mucho menos la felicidad.

—Henry, yo no he cambiado de opinión. Entiendo que nos casamos por un arrebato y que no éramos conscientes de lo que hacíamos —musito, manteniendo el nudo en la garganta.

—Espera, creo que no me estoy explicando bien. —Ahora sí que me he perdido del todo.

—¿A qué te refieres? —le cuestiono, y me paso la lengua entre los labios al sentir la boca seca.

—Jamás he sentido celos, nunca he pensado en una mujer más allá de una noche, y mucho menos me he imaginado un futuro con una hasta que llegaste a mi vida. —A medida que habla, siento que el corazón se me contrae.

Subo la mirada y expulso el aire que mantenía en los pulmones con alivio. Me tiembla la barbilla y siento cómo una lágrima se me desliza por la mejilla. Entreabro la boca, pero no emito sonido alguno.

—Eres mi Bella, y no quiero perderte. —Me acaricia la mejilla con la palma de la mano, y cierro los ojos al sentir el calor que esta emite—. Nunca he sentido esto por nadie. Y la idea de que pidas el divorcio, por alguna absurda razón, no me agrada. Sé que es una locura, ni yo mismo lo entiendo, pero tenía que decírtelo.

—Yo también quiero decirte que...

—¡En cinco minutos estaremos llegando a puerto! —grita el capitán desde el otro lado de la puerta, interrumpiéndome.

—Joder, debe de ser el karma, que me castiga por haber interrumpido en tantas ocasiones a mis amigos —dice, poniendo los ojos en blanco, logrando que sonría de nuevo—. Eres preciosa... —susurra al fijar la vista en mí, y me pasa la mano por la nuca para luego acercar sus labios y besarme.

HENRY

Le agarro la mano y le ayudo a que baje del barco. Sé que quedan cosas de las que hablar, pero, al menos, ahora sabe que, para mí, estar a su lado no es una mera distracción.

—¿Mañana vendrás al concierto? —le pregunto, mientras caminamos dirección a la moto.

—Claro, supongo que podré entrar —duda.

—Daré aviso a los de seguridad para que no haya problema, al fin y al cabo, eres mi esposa. —Levanto las cejas al mencionar la última palabra.

—Para no agradarte la idea del matrimonio, bien que te gusta marcar territorio. —Se ríe ella.

Tiro de ella y pego mi pelvis a la suya, bajo la cabeza rozando sus labios con los míos, mientras le toco el trasero con las manos.

—A lo bueno es fácil acostumbrarse —le susurro.

—¡Joder, tío! Deberías arreglar el puto teléfono, llevamos intentando localizarte casi una hora. —Escucho la voz alterada de Max a mi espalda.

Me alejo de Bella, cabreado. ¡Puto karma de los cojones!

—¿Qué sucede? —pregunta Bella con curiosidad.

Me percato de que Max duda, antes de hablar, y me temo lo peor.

—Tu padre ha hablado con Dana. —¡Mierda!

—¿Ha dado la exclusiva? —inquiero, impaciente.

—Aún no, Dana ha intentado localizarte y, al no conseguirlo, se metió en el hotel a escondidas y se lo soltó a Adam. Odio a esa mujer...

—No eres el único —comento con los dientes apretados.

—¿¡Me queréis decir qué está pasando!?! —ordena Bella, cruzándose de brazos.

—¿Aún no le has hablado de...?

—No, y ahora no hay tiempo. ¿Dónde está Dana?

—En el hotel. Me ha traído Marcus, menos mal que no tienes ni puta idea de organizar una cita y comentaste a dónde ibas.

—Vete a la mierda, Max —le digo, sin ganas de bromear, giro la cabeza y observo a Bella—. ¿Vienes conmigo en la moto o prefieres...?

—Contigo —asegura, subiéndose a la Harley.

—Nos vemos allí —me indica Max, y asiento en conformidad.

Aumento la velocidad al cambiar de marcha, Bella me agarra con fuerza la cintura, y noto que le tiemblan las piernas. Estoy siendo demasiado impulsivo, tengo que mantenerme tranquilo y no conducir como un temerario. Lo último que quiero es que tengamos un accidente, no soportaría que le pasara nada por mi culpa.

En cuanto llegamos al complejo, la prensa se vuelve loca al vernos llegar juntos y comienzan a fotografiarnos. Bajo de la moto y me saco el casco para luego ayudar a Bella a hacer lo mismo.

Al entrar nos dirigimos al ascensor y subimos en pleno silencio. Se abren las puertas y desde el pasillo se escucha la voz de John.

—¡No puedes dar la noticia! —¡Mierda, mierda, mierda!

Apuro el paso, y Bella me agarra de la mano para seguirme. Me freno antes de entrar en la *suite*, de dónde creo procede la voz de mi amigo. No puedo dejar que se entere así...

—Bella, tengo que ocuparme de esto solo —le comento, mirándola a los ojos—. Te prometo contarte todo en cuanto haya terminado.

—Como prefieras, esperare en mi dormitorio —lo beso antes de llamar a la habitación, y permito que se marche con una sensación agridulce.

Espero unos minutos y, cuando creo que puedo enfrentarme a la realidad, golpeo con los nudillos para que me abran.

—¿Qué es lo que te ha dicho mi padre? —le pregunto a Dana al verla en la mitad del salón, sin apenas mirar a John al pasar por su lado.

—Todo, me ha contado todo.

19. Monumental

HENRY

¿Todo?

Ese bastardo hijo de la gran puta ha sido capaz de...

El pecho me sube y me baja con rapidez, mantengo los puños apretados y la rabia me corroe. Doy un paso al frente, mientras escucho que John cierra la puerta de un portazo. Todo esto debe de estar molestándole bastante para que actué de esta manera. Pero ahora no tengo la cabeza para pensar en él, necesito saber qué cojones le ha dicho la escoria de mi padre a esta bruja malnacida.

—Explícate mejor, y más te vale ser concisa en la respuesta, porque no quiero permanecer más tiempo del necesario en la misma habitación que tú —le increpo, señalándole con desprecio.

—Henry... —John menciona mi nombre. Me doy la vuelta y miro a mi amigo a la cara antes de responderle.

—No te metas, no vengas ahora de conciliador. Bien sabes el daño que esta mujer le ha hecho en los últimos meses al grupo, así que no te involucres, John —le indico, molesto.

Mi amigo frunce el ceño y da un paso atrás. Sé que le ha jodido lo que le acabo de decir. Pero debe darse cuenta de que no puede seguir tratando de cuidar de nosotros como si fuéramos unos mocosos.

Le observo mientras extiende la mano para irse de la habitación, y me giro en el instante en el que escucho la voz de Dana de nuevo:

—No me dejes a solas con él —comenta ella.

—Vaya, ¿acaso me tienes miedo? —Doy un paso, acercándome a ella—. ¿Me temes?

—Henry, déjala, la estás asustando. —John me sujeta del brazo para que no

siga avanzando en la dirección de Dana. Realizo un movimiento brusco y me aparto de ambos—. No le he contado la verdad, porque creí que sería mejor que se lo dijeras tú, estoy convencido de que cuando...

—¡Haz lo que te de la puta gana! —grito a mi amigo, cabreado, y, después, miro con desprecio a Dana—. No mereces ni la saliva que malgasto hablando contigo.

Salgo de la *suite* con rapidez, escucho a John que me llama a mi espalda, pero continúo caminando por el pasillo con la mala suerte de que Bella abre la puerta de su habitación y me observa mientras me alejo.

No puedo estar cerca de ella ahora, no puedo...

Me meto en el ascensor y doy un puñetazo rompiendo el espejo que hay en el interior. Me acabo de cortar. ¡Estupendo!

Al pasar por el *hall* de la recepción, una de las empleadas se tapa la boca al ver que voy dejando un pequeño rastro de sangre que salpica el suelo de mármol blanco. Tengo tal cabreo encima que ni me disculpo, salgo del hotel, y la prensa se revoluciona al verme salir.

Por suerte, tengo alquilada la moto para todo el día y sigue donde la dejé aparcada. Me pongo el casco y acelero con tal brusquedad que varias personas se asustan, apartándose de mi camino. Hacen bien.

Cuando conocí a mi padre y me percaté de cómo era en realidad, el dolor y la rabia me consumi6. Charles, el padre de Adam, intent6 enseñarme a boxear para que canalizara ese odio de alguna manera, y, durante un tiempo, ayud6. Pero no fue suficiente cuando Annie apareci6 en mi vida.

A un chaval que acudía a entrenar al mismo gimnasio que yo en aquel entonces le llam6 la atención lo bien que se me daba, y me inst6 a acompañarle a lo que él llam6 *peleas sin ley*.

Humildad y nobleza, dos valores imprescindibles que me habían enseñado

en ese deporte, desaparecieron por completo cuando me dejé llevar por la adrenalina y el descontrol. Me importaba una mierda las apuestas, no lo hacía por el dinero, acudía noche tras noche por la sensación que me generaba.

Cada país, sin excepción, cuenta con lugares similares. No es muy difícil dar con ellos, tan solo es necesario ir a beber unas cuantas cervezas a un local cercano a un gimnasio de boxeo y dar con la persona indicada.

Dejé de hacerlo gracias a mamá Fuller, la angustia que le estaba generando mi actitud determinó que me centrara en la música. Le prometí no volver a participar en eso y lo he cumplido hasta hace unas semanas...

Golpear un saco no era suficiente, mi padre apareció de nuevo en mi vida. Al principio, usaba un tono de arrepentimiento que no me creí del todo, pero es mi padre. Siempre quise tener uno como los demás chicos del barrio e, incrédulo de mí, pensé que podría haber cambiado, aunque al poco tiempo pasó de pedirme dinero a exigirlo.

La gota que colmó el vaso fue cuando vi salir del dormitorio de Bella al *comepollas* de Larson. Caí de nuevo, me marché y busqué un sitio donde perder la noción de la realidad. Me emborraché hasta casi perder el sentido y me metí en varias peleas.

Aún puedo sentir el primer impacto que recibí del puño cerrado de mi padre en la cara, tenía siete u ocho años y acababa de conocerle. Mi madre estaba emocionada con la idea de que fuera a dejar a la esposa y se viniera a vivir con nosotros. Estuvo toda la vida enamorada de él, y el muy cabrón ni siquiera se dignó a ir a su entierro cuando falleció.

Aparco la moto cerca de un sitio que me puede servir, el bar en cuestión está al lado de lo que parece una escuela de boxeo, y varias personas entran con mochilas mientras charlan animadas entre ellas.

Me retiro el casco y avanzo con la intención de descargar parte del odio

que siento, bien sea con alcohol o con lo que se tercié. Sin embargo, la imagen de la mirada de Bella me sorprende de repente. Cierro los ojos con fuerza intentando alejarla de mi mente.

«Te pareces tanto a él», me decía mi madre con una sonrisa en la cara.

¡Joder!

Empujo la puerta y entro.

ADABELLA

Henry me ha pedido que le deje su espacio para resolver el asunto de Dana, y estoy esperando en la habitación a que termine para que me comente lo que sucede una vez haya acabado. Espero que confíe en mí y me lo diga, me estoy volviendo loca pensando en mil y una hipótesis distintas.

Me acerco a la puerta al escuchar a Henry, alterado, la entreabro llena de curiosidad y no tardo en ver que sale de la *suite*, muy enfadado. Lo miro a los ojos, llena de incertidumbre, ¿vendrá a hablar conmigo?

No, no lo hace. Aparta la mirada y se aleja por el pasillo hacia el ascensor. Giro la cabeza y observo que John lo llama, seguido de Dana que, al verme, se para frente a mí.

—No te fíes de Strom, es peligroso. Es... —comenta ella con rapidez.

—¡Dana! —exclama John, que sin perder tiempo la sujeta del brazo—. No tienes derecho a hablar así de Henry, no lo conoces, no tienes ni idea de lo que hablas.

—Sé lo suficiente como para...

—Eres una maldita cabezota —masculla él, dejándome perpleja al ver que la levanta del suelo sin dificultad y la lleva al dormitorio de nuevo—. Esa noticia no va a salir a la luz.

—¡Eso no es decisión tuya! —le grita ella, mientras intenta deshacerse de su agarre.

—Lo decidirás una vez conozcas la verdad —le contesta él, que cierra la puerta como puede, una vez entran.

¡¿Y quién me va a contar lo que pasa a mí?!

¡Uh!, parece que te vas a quedar con las ganas de saber más.

Cierro la puerta y me tumbo en el sofá con la sensación de que Henry no vendrá esta noche. Temo que cometa alguna locura. La mirada que tenía hace un rato me ha recordado a la de la mañana en Las Vegas cuando Ray salió de mi dormitorio.

¡Pero qué difícil es todo esto!

¿No podía haberme enamorado de un ejecutivo de la empresa? No. Tenía que ser de un roquero barbudo con problemas, que no me quiere contar.

Me levanto y comienzo a danzar por la habitación, mientras me doy cuenta de lo poco que realmente conozco a Henry. Hasta Dana parecía sincera al asegurar que tuviese cuidado con él.

Intento despejar la mente, tanto estrés no ha de ser bueno para el bebé. Me sirvo un vaso de agua y decido darme una ducha. Mañana es el concierto en el estadio Monumental y...

Monumental será cuando se enteren de tu estado.

Y aún me quedan siete meses...

Me he despertado esta mañana; bueno, más bien casi al mediodía para ser sincera, y, como supuse, Henry no ha venido como me comenté anoche. He bajado al restaurante del hotel y he pasado un rato con las chicas, las cuales tampoco saben nada de él.

Estoy buscando a John para que me diga qué ha sucedido con Dana y me está costando bastante. No se ha presentado a comer, salgo del ascensor y lo veo charlando con Martha en el pasillo.

—Hola... ¿John, puedo hablar contigo un segundo? —le pregunto, sintiendo un nudo en el estómago. Creo que la comida de aquí no me ha sentado muy bien.

—Puedes hablar delante de mamá Fuller, para ella no existen los secretos —comenta él, risueño, muy distinto a como lo vi anoche.

—Está bien. Me preguntaba si se ha solucionado lo de Dana. —¡Dios!, creo que voy a vomitar.... Me tapo la boca con la mano, y Martha frunce el ceño.

—No dará la exclusiva, puedes estar tranquila.

Ok, bien. Asiento con la cabeza y me giro con rapidez al mismo tiempo que retiro del bolsillo la tarjeta electrónica de la puerta para ir directa al baño.

—¡Tienes que contárselo! —Martha grita a mi espalda y con su comentario consigue que me atragante con el vómito y me lo trague.

¡Pero qué asco!

Entro corriendo en la habitación, mientras escucho que entran detrás de mí.

—Pequeña, todo saldrá bien —me indica la mujer con voz dulce, retirándome el pelo de la cara mientras me dejo el hígado en el fondo del lavabo—. Debes acudir al estadio, y, aunque la decisión es tuya, creo que hay algo que tienes que hablar con Henry.

Tiene razón, ella no ha tardado ni dos segundos en darse cuenta de qué me sucede. Tengo que ser sincera con él.

Después de volver a darme una ducha y de ponerme ropa limpia, Marcus me lleva hasta el estadio en la limusina. No tengo problema en acceder al *backstage*, y la gran mayoría muestra alegría la verme de nuevo por allí. Es algo extraño, porque en la discográfica era una *bruja* a la que nadie apreciaba.

Pregunto a varias personas si han visto a Henry, pero parece que aún no ha llegado. Me aproximo a uno de los extremos del escenario, muy cerca de

donde trabaja Emilie con la mesa de sonido.

El grupo de Ray está ensayando en este instante, así que me imagino que, en cuanto acaben, le tocará a Slow Death, y, por lo tanto, Henry aparecerá. O eso espero al menos.

Lleva media hora de retraso, y Ray esta con tal alegría que no quiere salir de debajo de los focos. Escucho a los lejos que Alex se queja, ladeo la cabeza y me encuentro con algo que no puedo creer.

—¿¡Estás loco!?! —exclamo al ver las pintas que trae.

Tiene la nariz rota, o eso parece por lo hinchada que está, además no logra abrir uno de los ojos del todo. Bajo la mirada y abro la boca, alarmada. ¡Sus manos!

—Tío, te la vas a cargar, pero bien —le avisa Max, y le lanzo una mirada para que se calle. Creo que soy capaz de matar a alguien en este instante.

—¿Se puede saber de dónde vienes y qué has estado haciendo? —le recrimino.

—¡Buff!, ya sabía yo que lo de tener esposa no iba a ser divertido... —dice él, pasando la palma de la mano por el mentón.

—¿¡Estás borracho?! Pero..., pero... ¡Dios!

—Venga, no es para tanto. —Henry da un paso con los brazos abiertos con la intención de abrazarme, pero, al sentir el aroma del alcohol, soy incapaz de reprimir una arcada y termino vomitándole en los pies.

—¡Oh, no! —Escucho la voz de Alice detrás de mí.

Cierro los ojos con fuerza, me paso el dorso de la mano por la boca y abro los párpados. Henry me observa, frunce el ceño con preocupación; supongo que intenta despejar la cabeza de lo que sea que haya bebido.

—Estoy embarazada —murmuro, pero, teniendo en cuenta que todo el mundo está pendiente de cada gesto que realizo, me da la sensación de que lo

han escuchado en París.

¡Vaya, de dónde vienen los niños!

Henry da un paso atrás, abre la boca y luego la cierra. Parece que necesita tiempo para digerir la noticia.

—Preciosa, me gustaría saber si voy a ser el padre, por avisar a la prensa si eso... —Ray aparece en escena, y creo que me va a dar un ataque en cualquier momento.

Todas las miradas se dirigen a mí, y yo solo quiero desaparecer.

20. Resaca

HENRY

Debo de estar soñando, no puede ser verdad lo que acaba de decir Bella.

Más bien, una pesadilla.

Se me ha quitado la borrachera de golpe, y no soy capaz de articular palabra. ¿Embarazada? ¡¿Bella está embarazada?!

¡Joder!, esta es la peor resaca de mi vida.

Noto cómo Alex me pasa el brazo por los hombros, giro la cabeza, y mi rostro debe ser el vivo retrato del miedo. El mismo que debe estar sintiendo ella en este momento.

Rebobino recordando un minuto en la conversación, me cuesta un poco, pero lo termino consiguiendo. Ray... ¿Esa escoria humana ha insinuado que el bebé puede ser suyo?

Me abalanzo hacia delante con impulso, mientras preparo mis puños para romperle la boca. Pero no llego a rozarle, puesto que todos y cada uno de los chicos me frenan sujetándome con fuerza.

—¡Soltadme! —grito, furioso—. Hijo de puta. ¿La violaste? Pienso matarte, me has escuchado, pienso acabar contigo —le amenazo, intentando llegar a él.

—Inténtalo, te prometo que te hundiré en la miseria como me toques de nuevo, Strom —me advierte con arrogancia.

Las chicas rodean a Bella, que se ha quedado petrificada ante mi reacción, tiene el rostro pálido y se lleva la mano a la barriga. Nuestras miradas se unen, y en la de ella contemplo miedo.

«¿Me teme?».

—¡Se acabó! —exclama Alice, dejando a Bella con Mey y Emilie—. No

pienso permitir esto, ¿estáis locos o qué? —Alternando la mirada entre Ray y yo—. ¿Tenéis idea de lo peligroso que es poner a Bella en esta situación? ¡No, claro que no! No dejaré que le suceda lo mismo que me pasó a mí.

Observo que se da la vuelta y sujeta el brazo de mi Bella alejándola de todos. Incluido de mí...

Alice tiene razón, esto debe ser una locura para Bella, y aunque me encantaría... ¡Oh, sí! Disfrutaría de ello, y mucho, dándole la paliza que se merece ese cabrón de Ray. Tengo que controlarme.

—Podéis soltarme, no voy a matarlo —les aclaro entre dientes.

Veo la duda en sus rostros, Adam increpa a Larson y le invita a que se marche al *set*. Él debe tener otro plan, porque sonríe mostrando toda la dentadura y se mueve dando pasos cortos con una lentitud que me desespera.

—La idea de ser padre me desagrada bastante, pero te puedo garantizar que, si ese *bastardo* es mi hijo, lucharé para que lleve el apellido Larson... —susurra al pasar cerca de nosotros—. Además, puede que con ello consiga meterme de nuevo entre las piernas de tu *adorada* mujer.

Realizo un movimiento extendiendo los brazos con la intención de agarrar su cuello.

—¡Henry, déjalo, intenta provocarte! —dice John.

Una de dos, a este tío le gustan las emociones fuertes o no aprecia su vida.

Me importa una mierda, quiero borrar esa estúpida sonrisa de su cara.

Ray se aleja acompañado de su grupo por el interior del *backstage*. Pese a que ya no lo tengo enfrente, incordiando con su presencia, continúo con la mala hostia.

—Será mejor que vayas a darte una ducha y te cures esas heridas antes de ir a hablar con tu chica —me recomienda Adam.

—La amas, ¿verdad? —pregunta John, al tiempo que me sueltan mis amigos.

—Sí... —respondo, expulsando el aire de mis pulmones.

—¿Se lo has dicho? —cuestiona Max con el ceño fruncido, y asiento.

—Pero ¿y si ese bebé no es mío? —La tristeza de esa idea me atormenta. Miro a mis amigos a los ojos esperando algún tipo de consuelo.

—Contéstame a una cosa —Alex interviene—. ¿Dejarías de amarla en caso de que eso fuera así? —Guardo silencio unos instantes meditando la cuestión—. Sé que no es lo mismo, y que lo de Peter es diferente, pero te puedo asegurar que lo quiero.

—Lo sé, *bro*, lo sé.

Dejo a mis amigos atrás y comienzo a caminar dirección al camerino, cabizbajo. Allí me daré una ducha y, luego, tendré que ir a buscar a Bella para mantener una charla con ella.

No quiero perderla, pero, al mismo tiempo, me ha dejado de piedra enterarme así de su estado. Somos tan distintos, y, precisamente, esas diferencias son las que me atraen de ella.

Pero un bebé... ¿Y si no es mío?

¿Y si lo es?!

Adam y Alice se enamoraron durante el embarazo de Awen. Son unos padres magníficos, pero yo no soy él. No sabría cómo afrontar la educación de un niño. Mi infancia no fue sencilla. ¿Y si pierdo el control?

Los recuerdos de las visitas de mi padre llegan de improvisto:

—*¡Te he dicho que no hagas ruido!* —me regaña, zarandeándome al no haberle obedecido.

El impacto contra mi cabeza llega con rapidez, en esta ocasión ha sido

con la palma de la mano y no con el puño cerrado.

Me intento cubrir con los brazos, pero me los retira con brusquedad y, acto seguido, me lanza con todas sus fuerzas contra la pared. Mamá escucha el alboroto, llega a los pocos segundos al salón y se percata de lo que sucede al instante.

Lo he vuelto hacer, lo he enfadado. Yo solo quería jugar un poco con los coches...

—Déjalo, es solo un niño... —Mamá extiende la mano para apaciguarlo. Él la retira con vehemencia, sin embargo.

—¡Es un maldito bastardo que lo único que pretende es enfadarme! —El corazón me late con fuerza, tengo miedo de que lo pague con mamá.

Avanza caminando hacia mí, su mirada es fría y lejana. Agrando los ojos cuando le observo retirarse el cinturón... Sé lo que va a suceder.

Aprieto los puños con fuerza. Bella no merece una vida así.

ADABELLA

Debí esperar. No tenía que haberlo dicho así, y menos sin saber de quién puede ser el bebé.

Puede que Henry no quiera ser padre... Puede que, aunque sea suyo, no quiera un compromiso así. Puede...

¡Me voy a volver loca!

Me siento en un sofá con una sensación amarga en la garganta. Ya está, ya lo saben, y no hay vuelta atrás.

—¡Eh!, no te pongas así. Todo se arreglará. —El consuelo de Alice no logra subirme el ánimo—. Tienes que ser fuerte, no estás sola. Nos tienes a nosotras.

Observo a las chicas que asienten a la vez y me fijo en la expresión de

Mey.

—Mey, ¿estás bien? Sé que tú y Alex estabais...

Desvía la mirada un instante y, luego, me muestra una sonrisa. Da unos pasos acercándose hasta el sofá y se sienta a mi lado. Me sujeta la mano, creo que intenta transmitirme que no sucede nada, pero su habitual fortaleza y carácter están muy alejados en este momento.

—No te preocupes por mí. ¿Quieres a ese bebé? —me pregunta con delicadeza.

Aprecio que se esté centrando en mí en su circunstancia, pero sé que debe estar pasándolo mal. Lleva meses intentando quedarse embarazada sin conseguirlo. Y después de la experiencia que tuvo en el pasado, haber llegado a esa decisión debe ser complicado.

—Él. —Me llevo la mano a la barriga, y añado—: No es culpable de tener a una madre irresponsable. Estoy aterrada, no voy a engañaros, pero saldré adelante, con o sin padre para mi hijo.

—Dudo que Henry se desvincule —dice Emilie, comedida—. Lo conozco, y estoy segura de que te quiere.

—No estoy muy segura de cómo reaccionará ahora que sabe que Ray puede ser... —Me cubro la cara con las manos. No quiero reconocer esa posibilidad en alto. Sería tan injusto que fuera así.

—¿Has recordado algo de esa noche? —indaga Alice, llena de curiosidad.

—No del todo, sigo con lagunas...

—¿Qué vas hacer ahora que has dimitido de la discográfica? Me refiero, ¿tienes a dónde ir? —A Mey se le iluminan los ojos y se levanta de golpe—. Podrías venir a la casa de Alex a vivir conmigo, soy una buena compañera de convivencia te lo puede asegurar Alice.

—Lo que pasa es que quieres tener ayuda con el terremoto de Peter. —Se

ríe su amiga—. Mi casa también está disponible si la precisas, Adam tiene casi tantos dormitorios como guitarras —comenta, poniendo los ojos en blanco.

—Gracias por vuestra oferta, pero tengo un apartamento y ahorros.

Me han subido un poco el ánimo, ahora me encuentro apoyada por ellas. Continuamos charlando un rato y me agregan a su grupo de *WhatsApp* para mantener el contacto cuando volvamos a Londres.

Todas insisten en querer saber cómo evoluciona la gestación, incluso se han ofrecido a acompañarme a la clínica si es preciso. No vuelven a sacar el tema de la paternidad, han empezado a criticar a sus parejas para hacerme sonreír.

Alice se queja de que su marido continúa intentando cocinar sin éxito y que no sabe qué hacer para que no queme la casa. Mey ha conseguido que no deje de reír, pues nos ha revelado que Alex tarda más que ella en el baño antes de salir a cualquier sitio.

Sospecho que ambas exageran, pero es gracioso.

Emilie nos ha confesado que Max le ha propuesto irse a vivir con él, y que, aunque lo ama, cree que necesita un tiempo antes de que eso ocurra.

—Pero ¿estáis bien? —indaga Mey, cruzada de brazos.

—¡Sí! Claro que lo estamos. Es que me da miedo que perdamos... —admite Em, que se acaba de poner colorada—, que nos acostumbremos a... Bueno, que la rutina nos afecte.

La carcajada que sueltan las otras dos es tremenda.

—Em, dudo mucho que la rutina os vaya afectar. Conociendo a Max, no os faltará emoción. Sea la decisión que sea la que tomes, en caso de que decidas irte a vivir a su casa, intenta que tu padre no deje a *Slow Death* sin uno de los miembros.

Al mencionar Alice a Mike, el jefe de sonido, y padre de Emilie, esta

última se pone blanca. Creo que esa posibilidad es más real de lo que parece.

De repente, llaman a la puerta del camerino.

Emilie, que es la que está más cerca, se aproxima para abrirla. Bajo la mirada al ver que es Henry y trago saliva con fuerza.

Toca charla con el candidato número uno.

—¿Podéis dejarnos a solas? —demanda él a las chicas.

—Más te vale no meter la pata —le indica Mey al pasar por su lado.

—No la alteres —le advierte Alice antes de irse.

—Suerte —le desea Em, dándole un beso en la mejilla.

Henry cierra la puerta, se mantiene de espaldas apoyando la palma de la mano en el marco de la misma. Soy capaz de escuchar el suspiro que realiza antes de girarse.

¿Qué significa eso?

¿Y ahora qué hago? ¿Me levanto?, ¿me quedo sentada en el sofá? ¡Ay, me estoy agobiando!

Frunzo el ceño con tristeza al darme cuenta de que no me dirige la mirada. Si al menos supiese con seguridad que él es el padre, podría echarle en cara su parte de la responsabilidad. Podría ponerme a la defensiva, gritarle. Pero... por desgracia, no es así.

Contengo las lágrimas con todas mis fuerzas, no me quiero derrumbar. Si en algún momento hemos podido llegar a tener alguna oportunidad de que una relación se formara entre ambos, la he perdido.

—Lo siento, yo no quería que... —Se me forma un nudo en la garganta que me impide continuar.

—No sé qué decir, Bella —me dice con los ojos cerrados.

—Lo siento —repito de nuevo al levantarme del sofá—. Desearía poder

asegurarte que es tuyo, pero no puedo. No logro recordar lo que sucedió con Ray en Las Vegas, y... —Me quedo a pocos pasos de Henry, llena de dolor al comprobar que no reacciona—. Grítame, enfádate conmigo, pero no me hagas esto.

—No quiero hacerte daño. —Al fin, se digna a mirarme, y me percato de la angustia que padece—. No sé qué esperas de mí.

Directo al corazón.

Doy un paso al frente buscando estar más cerca de él. Me arrepiento al instante en el que Henry se gira dándome la espalda.

—Se ha acabado, ¿verdad? —Empiezo a sentir indignación y cólera en mi interior al no recibir contestación alguna de él—. Vete, no te necesito. Ni a ti, ni a ningún hombre. —Gira la cabeza clavándome la mirada pendiente de mis palabras. Avanzo hasta la puerta y la abro invitándole a que se marche—. Voy a tener a mi hijo y, en el caso de que resultes ser el padre, no me negaré a que formes parte de su vida, pero no puedo, ni quiero, forzarte a que me apoyes en mi decisión.

—Bella... —Extiende la mano rozándome la mejilla, y volteo la cara.

—No me vuelvas a llamar así —le indico, haciendo referencia al apodo—. Márchate, por favor. Tienes que prepararte para un concierto.

Siento que mi alma se destroza a cada paso que da alejándose por el pasillo. No creí que fuera a ser de esta manera, pensé que... No sé qué llegué a pensar.

Doy un portazo con fuerza y dejo que todo el dolor salga a la superficie. Lloro desconsolada durante lo que parecen ser horas. Cuando consigo recobrar el aliento, me sueno la nariz e intento recobrar las fuerzas para enfrentar la vida que, a partir de hoy, me espera.

21. Rumores

HENRY

Sigo pensando que esto es toda una puta pesadilla y me gustaría imaginar que continúo tirado en ese callejón de mala muerte, donde dos idiotas me emboscaron para resarcirse por haberle ganado la pelea de anoche a su amigo.

Incluso preferiría estar en el local bebiendo como un loco por haber sido tan descuidado y permitir que eso sucediera, pero no es así. El dolor que siento en mi interior es mucho más agudo que las heridas que lucen en mi rostro y manos.

Al salir del camerino en el que se encontraba Bella, caminé por el *backstage*, cabizbajo, sintiéndome el peor de los hombres que pisan este mundo. No la miré a los ojos, sabía que, si *eso* pasaba, no me alejaría de ella, no podría irme de su lado.

Alice dijo una gran verdad, necesita tranquilidad, seguridad y confianza, cosas que yo no puedo otorgarle. Me gustaría poder dársela, pero soy un cabrón inestable que no sabe controlarse, y temo hacerle daño. No solo a ella, también a su bebé. Un pequeño que crece en su interior y que cabe la posibilidad de que sea mío. Estoy acojonado, tanto si eso resulta ser así como si por el contrario es de... Ray.

No sé cómo he llegado al escenario, intento evadirme con el ritmo enfermizo de graves y bajos golpeando con angustia. El atril que sostiene el *crash* se tambalea debido a la furia con la que estoy tocando. Las manos me tiemblan, y agarro con fuerza las baquetas apretando los dientes sin dejar de realizar ningún movimiento.

No estoy en mi mejor momento, se me va el compás, no hay que ser un experto para percatarse de ello. Alex me ha echado más de una mirada asesina durante la actuación, y Max se ha acercado en algún momento para

preguntarme, entre tema y tema, que tal lo llevaba.

Un viaje al centro de un volcán sería más divertido.

La voz llena de dolor de Bella me atormenta, no me la puedo sacar de la cabeza. Soy un puto cobarde que no pudo sincerarse y decirle el miedo que me corroe. ¡Joder! Debería de estar a su lado, abrazarla y confesarle que la amo y que me importa una mierda quién sea el padre del bebé, porque ella es la madre, y sé que lo terminaré queriendo, aunque no fuera mío. En mi interior sé que la apoyaré en lo que precise y que no la abandonaré si me acepta.

Pero ¿qué pasará en el futuro? ¿Cómo reaccionaré cuando los llantos del pequeño se hagan notar o cuando empiece a tocar todo a su paso?

A eso mismo es a lo que le tengo pánico, a convertirme en mi padre sin darme cuenta.

Adam y Max han empezado a realizar su combate ficticio con sendas guitarras, y el público enloquece. Se aproxima el final del concierto, y no tengo ánimo para seguir. Estoy hecho una mierda, la he perdido.

Mañana tenemos el último espectáculo de la gira, Argentina se ha volcado con Slow Death y se decidió aumentar el número de actuaciones a dos.

Las luces se apagan, y soy el primero en despedirme saliendo del escenario. Tengo la intención de ir directamente al *set*, pero, de repente, observo por el rabillo del ojo que Jeremy está hablando con Mike.

—¿Qué cojones hace él aquí? —Escucho como Adam maldice a mi espalda.

—Tranquilo, *bro*, deja que me encargue yo —le aconseja Alex.

Un asistente se acerca hasta nosotros y nos trae agua para refrescarnos, mientras vemos que nuestro vocalista habla con él. April mira con desconfianza la escena, pone los ojos en blanco y llama a John. Ella quizá sea una de las pocas chicas junto con Em que trabajan en este mundo, lleva en el

equipo de Mike desde el principio. Al principio, a su novio no le agradaba la idea de estar rodeada de tanto chico, pero es una mujer de carácter que sabe lo que quiere.

—¡Hey!, tienes una visita en el camerino —le indica con rapidez.

—¿Sabes quién es? —pregunta John.

—Ni idea, solo sé que dijo que era importante. —Volteo la cabeza y me fijo en el gesto preocupado y pensativo que pone mi amigo—. Hey, ¿estás bien?

—No es nada. —Levanto una ceja al percatarme de la sandez que acaba de decir. No es habitual verlo de esta forma, oculta algo—. Gracias por avisarme, April. Chicos, luego me ponéis al día con... nuestro mánager.

Tanto Max como Adam asienten. No obstante, yo me quedo pensando en qué será lo que sucede para que John esté más misterioso de lo normal.

Al rato Alex ha terminado de charlar con Jeremy, y ambos caminan hasta donde estamos.

—Jeremy ha venido para hacerse cargo, dado que Adabella dimitió —dice Alex.

—Para dos días, podía haberse quedado en Inglaterra —masculla Adam, molesto, refiriéndose a él como si no estuviera presente.

—Cuanto amor en el ambiente... —suelta Jeremy, lleno de sarcasmo—. Henry, tenemos que hablar. La has liado, y bien.

Exhalo con fuerza y, haciendo oídos sordos, me alejo de todos. No necesito una charla, y mucho menos de él.

Frunzo el ceño al ver a lo lejos a Mey, que camina con paso firme en mi dirección. Parece enfadada, muy enfadada.

—¡Eres un hijo de puta! —exclama, dándome una bofetada con todas sus fuerzas.

—¡Eh! —me quejo al instante, y me toco la mejilla sintiendo cómo me palpita.

—¿Se puede saber qué ocurre? —indaga Alice, que acaba de llegar. Sostiene entre las manos la cámara, y su rostro cambia por completo al ver la presencia de nuestro mánager.

El resto del grupo, Mike y Emilie terminan por rodearnos.

—¿¡Cómo has podido?! —me increpa Mey, sobresaltada—. Se ha ido. ¿Se puede saber qué coño le has hecho?

—¿¡Qué!? —dicen, mirándome al mismo tiempo, tanto Em como Alice.

—No hice nada, no le dije nada —me excuso con lo primero que me viene a la mente—. ¿Está bien?

—¿Qué si está bien? —Me señala la rubia con el dedo, llena de incredulidad—. ¿Estás tonto o te ha caído un foco en la cabeza? Acabo de leer un *wasap* de Bella diciéndonos que nos quiere, pero que va a alejarse de todo durante un tiempo. Que no la busquemos.

Las chicas vuelven a exclamar, mientras buscan sus teléfonos y revisan la aplicación.

—Es una chica lista, es lo mejor para todos —Jeremy habla de nuevo.

—Tú cállate, si no quieres que sirva tus huevos para el desayuno de mañana. —¡Joder con la chica de Alex, da miedo!

—¿Qué vas a hacer? —me implora Em, consternada.

—No sé a qué te refieres, Bella ha decidido irse. Necesita espacio, tranquilidad. Si voy detrás de ella, no lo obtendrá.

¡Vaya excusa de mierda!

—No estás hablando en serio... —Niega ella con la cabeza—. No te reconozco.

—¿No me reconoces, Em?

—Ya lo veo. —Aprieta los puños dando un paso atrás—. No tienes que jurarlo. El Henry que yo conozco jamás dejaría marcharse a la mujer que quiere, la cual podría estar esperando un bebé suyo, y no estar a su lado. El Henry que yo conozco me enseñó lo maravilloso que es el mundo a través del arte. Es un hombre lleno de carisma, humor negro, y que se preocupa por los suyos. A ti, a ti no te conozco. —Toma aire y pone un gesto de asco con la boca.

Se da la vuelta marchándose por el pasillo del *backstage*, dejándome con la peor sensación del mundo. No solo le he fallado a Bella, también le estoy fallando a la que considero como una hermana.

—Vete, en este momento necesita más a su pareja que un padre sobreprotector. —Mike le da un codazo a Max.

—¿Lo dices de verdad? —pregunta mi amigo sin creerse que esas palabras hayan salido de nuestro jefe de sonido.

—Lárgate antes de que me arrepienta —le amenaza él.

Sin perder tiempo, Max se aleja para ir a buscar a Emilie.

Dos horas más tarde y después de escuchar las quejas de todos, llego al hotel. La recepcionista al verme, me llama y me pasa un paquete. Es el nuevo móvil que había pedido tras haber destruido el anterior. Le doy las gracias y subo a mi dormitorio.

Intento no castigarme más de lo necesario con la decisión que he tomado. Me intento entretener instalando aplicaciones en el teléfono. Cuando logro tener todo tal y como lo tenía antes, abro el *WhatsApp* y observo cientos de mensajes en el grupo que tengo con los chicos. Deslizo el dedo para revisar el resto y me paraliza al encontrar el nombre de Bella.

¡Ábrelo!

Bella: Estoy aterrorizada, acabo de leer tu mensaje y yo tampoco quiero perderte. Ahora, temo que eso ocurra... Estoy embarazada, Henry. Y no sé si eres el padre. No he dejado de llorar pensando en cómo decírtelo, llevo horas dando vueltas por la habitación sin saber cómo reaccionarás. Solo deseo que, al menos, no me odies.

Jamás seré capaz de odiarte, eres mi Bella, eres... *Álainn*.

ADABELLA

En cuanto salí del camerino, me encontré en los pasillos del *backstage* con el mánager del grupo, Jeremy. Las noticias vuelan, y una de las primeras cosas que mencionó fue el tema del embarazo.

Me echó en cara la poca profesionalidad que he demostrado durante la gira y aprovechó para decirme que mi padre llevaba días intentando localizarme.

Pues se puede olvidar de que vaya a realizar la visita de rigor a su casa cuando regrese a Londres. Ya ha hecho bastante durante estos últimos meses presionándome para que investigara a Henry.

Camino hacia la salida del estadio, decidida, pero, a medida que lo hago, me da la sensación de que la gente me observa y murmura a mis espaldas. Continúo sin que eso me afecte, ya que deben de ser imaginaciones mías.

El dolor que siento en el corazón me oprime cada vez más, solo pretendía obtener de él una prueba de que, al menos, siente algo por mí, que me mirara a los ojos o que me gritase me daba igual. Pero la indiferencia ha sido peor...

En cuando llego al exterior, un nubarrón de periodistas me acorralan. No dejan de preguntar por Henry, por el matrimonio y...

—¿Son ciertos los rumores de embarazo? —realiza la pregunta del momento un corresponsal al que no logro identificar, mientras noto que mi rostro se descompone.

Intento alejarme sin dar ningún tipo de declaración al respecto, pero no es sencillo; me agarran de la blusa desde la espalda y me tapan el camino a la limusina. El sudor recorre mi nuca, las piernas me tiemblan. Tengo la sensación de que entraré en pánico en cualquier instante.

Sin embargo, respiro con alivio cuando veo a Marcus.

—Gracias... —le agradezco, cuando me separa de varios paparazis.

—No tienes que darlas, estoy aquí para proteger y salvaguardar a toda la familia Slow —responde él con solemnidad, mientras abre la puerta del coche para mí, consiguiendo que me emocione y se me cree un nudo en la garganta al imaginar que *eso* va a ser algo casi imposible.

Durante el trayecto al hotel, decido enviarles un mensaje a las chicas para que no se preocupen por mí. Tengo que reunir las fuerzas necesarias para afrontar lo que vendrá en los próximos meses, y estar en el foco de toda la presión mediática no ha de ser bueno para mi bebé.

Busco un billete de avión en la aplicación que tengo en el teléfono y realizo la compra para volar lo antes posible.

Me llevo la mano libre a la barriga y sonrío al imaginarme sosteniéndolo por primera vez en brazos. No estoy segura de que tendrá un padre, pero no le faltará una mamá.

Con muchas dudas en la cabeza y varias horas de viaje, llego al aeropuerto de Dublín. Aquí espero encontrar la serenidad que necesito y, además, podré volver a ver a alguien a quien extraño mucho.

Recojo el equipaje de la cinta transportadora antes de salir y, cuando lo hago, busco un rostro conocido. Inmediatamente, suelto la maleta al encontrarla y empiezo a correr con los brazos abiertos.

—Lo siento tanto... —sollozo, abrazándola con todas mis fuerzas.

—No tienes porqué sentirlo, mi pequeña —me dice, acariciándome la espalda.

—Le he fallado a todos, he dimitido porque no fui capaz de seguir las órdenes de papá y he perdido al hombre que amo porque no sé si el bebé que espero es suyo o no —suelto de carrerilla sin dejar de llorar ni un instante.

Mi tía Anna se aleja de mí un momento para limpiarme las lágrimas que corren por mis mejillas y me da un beso para tranquilizarme.

—No pienses en eso ahora, me tienes a mí. No estás sola. Y si ese *barbudo* no sabe apreciarte, no te merece —sentencia ella.

Pero duele tanto...

El tiempo dirá si mi corazón es capaz de curarse y volver a latir de nuevo.

22. Time

Blessington, Irlanda. Un mes más tarde.

ADABELLA

Llevaba años sin pisar tierras irlandesas, los estudios y más tarde el trabajo con papá me lo impidió. Cierro los ojos cuando siento el aire fresco chocar contra mi rostro, mientras los rayos del sol me dan de lleno.

Vivir en una gran ciudad como Londres no me permite apreciar los pequeños detalles que la naturaleza brinda. Aquí, en las afueras de Blessington se respira de otra manera.

Huele a caca de vaca.

Arrugo la nariz con asco, es cierto, huele a estiércol.

Ha pasado un mes desde que mi tía Anna me acogió en su casa, y tengo tanto que agradecerle. No me juzgó cuando le expliqué los detalles de mi relación con Henry, tampoco me criticó por la decisión de necesitar tiempo para mí. Incluso recibió a los dos días una llamada de mi padre, su hermano, y ella negó conocer dónde me encontraba. «Le vendrá bien preocuparse un poco», me aseguró ella, mostrándome una sonrisa cómplice.

Creo que acudir a ella ha sido la mejor opción. Es cierto que las chicas se han convertido en mis amigas y que les he pillado un cariño especial, sé que me cuidarían, me escucharían e incluso pondrían a parir a Henry solo para estar de mi lado. Pero sus parejas son los mejores amigos de él, y acabaríamos encontrándonos tarde o temprano.

Hablo con ellas por *WhatsApp*, aunque no me atrevo a preguntar por Henry. Lo veo en la televisión y se me forma un nudo que me impide respirar. La tristeza me golpea al recordar los momentos vividos junto a él. Echo de menos sus payasadas, sus cambios de humor repentinos, su fogosidad cuando me

sostenía entre sus brazos...

Ver una película se ha convertido en algo distinto, doloroso; me faltan sus chistes malos, las críticas sobre los diálogos absurdos y sus comentarios sobre ella para empezar un debate y conocer mi opinión. Antes hubiera apagado el televisor nada más ver las primeras letras de los créditos, ahora me es imposible. Se me nublan los ojos a causa de las lágrimas.

Pensé que la distancia y el no tener contacto con él me harían poder olvidarle y arrancarle de mi corazón, pero ha pasado un mes, y cada día que pasa me doy cuenta que estoy engañándome a mí misma. Lo amo, y eso dudo que vaya a cambiar.

—Adabella, cariño. Deberías entrar. —Giro la cabeza y veo a mi tía en la ventana observando el cielo con los ojos entrecerrados—. Tiene pinta de que va a llover.

—¡Voy en un rato! —voceo para que me escuche desde esa distancia.

Estoy tumbada en una silla en el jardín trasero, aquí poco más se puede hacer. Los días se suceden con rapidez, y me entretengo regando las plantas, dando paseos por el pueblo o leyendo. Hago lo posible por no estar pendiente de las noticias o el móvil.

Ayer fui al ginecólogo a una revisión, y todo va bien. Pude escuchar el corazón de mi pequeño, y, como las náuseas y los vómitos no han cesado, me ha recetado unas pastillas para controlarlo.

Al estar perdiendo peso y no ser bueno para el bebé, me ha aconsejado que vigile estar bien hidratada, que coma lo más sano posible y que no me olvide de volver el próximo mes. Sin embargo, no sé qué haré de mi vida en ese tiempo, tengo la opción de quedarme aquí y dar a luz en Blessington o, de lo contrario, volver a Londres y enfrentarme a la cruel realidad.

Suspiro, indecisa, y me levanto para entrar en la casa. Recojo el libro que

dejé sobre la mesa de madera y frunzo el ceño al escuchar el motor de un vehículo que está aparcando en la entrada de la edificación.

Antes de entrar, me tomo el tiempo necesario para limpiarme las suelas de los zapatos en la alfombra para evitar ensuciar el suelo, pues mi tía Anna se enfurece cada vez que ve los restos de tierra que quedan por la casa. Cierro la puerta corredera a mi espalda tras unos minutos y, al no ver a mi tía por el salón, me dirijo a la cocina.

—Tía, creo que... —Me quedo callada al momento, y se me forma una sonrisa enorme al ver a mi primo—. ¡Nate! —exclamo al verlo, sorprendida por el cambio físico que ha dado.

—Hola, pecosa, ¿me has extrañado? —se mete conmigo antes de abrazarme con fuerza.

—No te metas conmigo, ya no tengo tantas pecas... —Me llevo las yemas de los dedos al puente de la nariz, recordando los veranos que pasaba aquí cuando mi madre aún estaba viva y mi padre era otro. Alejo la melancolía de mi mente y vuelvo al presente—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Y el trabajo?

—Lo bueno de ser mi propio jefe es que puedo organizar la agenda como me salga de... —Mi tía carraspea antes de que suelte una palabrota, y él enmudece al instante—. Bueno, ya me entiendes. Me enteré por la prensa que estabas desaparecida y me imaginé que podrías estar aquí. No podía desaprovechar la oportunidad de verte sin ser juzgado por...

—Tu tío no te odia, es que le cuesta comprender... —Su madre le acaricia el antebrazo con cariño.

—Bueno, no quiero pensar en eso. Tienes que ponerme al día, tienes a la prensa echando humo. No dan contigo y están saliendo una barbaridad de rumores sobre divorcio, engaños, y hasta llegaron a hablar de que hubo una pelea entre ambos y que por eso te marchaste. ¿Es cierto que estás

embarazada?

—¡Por Dios, para, pareces uno de ellos! —espeto, angustiada.

—Será mejor que os vayáis a la sala y os pongáis al día, os llevaré algo para picar en un rato —nos indica mi tía.

—Mamá, no te vayas a poner celosa, que también he venido a verte a ti —le dice él en tono meloso.

Me río por lo bajo al ver que ella levanta una ceja sin creérselo del todo, y, después, salimos juntos de la cocina.

Una vez estamos sentados en el sofá, Nate me comenta cómo le va el negocio y me sorprende escucharle decir que no tan bien como le gustaría, puesto que es difícil luchar contra las grandes empresas y hacerse un hueco en el mercado de la moda con el poco margen de beneficio con el que se mueve. Pero él está animado, no piensa desistir y va a seguir luchando por su sueño. Es tenaz y lo conseguirá.

Luego, le hago un breve resumen de todo y, después de prestarme atención, me fijo en que su rostro cambia por uno más serio.

—¿Qué sucede?

—Ese tal Ray Larson está difundiendo que el hijo que esperas puede ser de él... —me anuncia sin adornos de ningún tipo—. ¡Eh, tranquila! Nadie ha podido confirmar aún que lo estás, ni le han dado crédito a sus habladurías. Los periodistas lo están linchando desde que se han destapado los líos que lleva a la espalda con varias *groupies*.

Los líos que tenga ese idiota no me interesan lo más mínimo. Lo que me gustaría saber es qué estará pensando Henry, si me extraña o si nunca lo ha hecho. Sin embargo, preguntárselo a mi primo es una tontería, él no sabría darme una contestación.

Lo hecho tanto de menos...

HENRY

Veo a mi padre que entra en mi dormitorio, intento gritar con todas mis fuerzas, abro la boca lo máximo que puedo, pero no sale de ella ningún sonido. Me siento pequeño e indefenso, me tapo con la sábana de la cama, lleno de miedo. Mi cuerpo tiembla, y cierro los ojos con fuerza. Al poco rato noto que tira de ella y me hago un ovillo sujetándome las rodillas con las manos.

Esta borracho, otra vez. Algo le ha tenido que molestar, no sé el qué.

Cuando me sujeta del brazo con rudeza y me gira, abro los ojos, pero ya no estoy encima del colchón y reconozco el cuarto al mirar a mi alrededor. Volteo la cabeza y observo la escena con impotencia. Soy yo con seis años intentando escapar de los golpes que mi padre me da con el cinturón.

Doy un paso al frente queriendo evitar que continúe, pero no puedo moverme. El sonido del cuero que rompe el aire con fuerza antes de chocar contra la espalda del pequeño Henry me pone los pelos de punta. Recuerdo con nitidez la sensación de la piel al romperse y la angustia por saber cuándo caerá la siguiente paliza.

—¡Para! —grito con tanta energía que mis propios oídos pitan.

El movimiento del brazo de papá se frena, y, como si viera todo en cámara lenta, se gira. Niego con la cabeza, aterrado, al comprobar que no es él, soy yo.

Me incorporo de la cama con el corazón latiendo a mil por hora. Las gotas de sudor caen por mi rostro, y me llevo las manos a la cabeza mientras cierro los ojos.

«Era una pesadilla, una pesadilla», me repito una y otra vez para intentar calmarme.

Desde que Bella se marchó, he comenzado a tener este tipo de sueños cada noche y, por el día, no dejo de pensar en ella.

Me levanto de la cama aún con la sensación en el corazón y me voy a la ducha. Sé que es una pérdida de tiempo volver a intentar dormirme, así que entro en el vestidor y escojo la ropa que me pondré más tarde.

Hoy volveré a entrenar temprano...

Salgo de casa sobre las seis de la mañana, la calle sigue llena de periodistas, y me cubro la cabeza con la capucha antes de ponerme a correr. Recorro unas quince millas trotando sin descanso, y la persecución no cesa durante todo el trayecto.

Al regresar, casi sin aliento por el esfuerzo, bajo al sótano y me vendo las manos antes de ponerme los guantes de boxeo. Realizo varios golpes consecutivos imaginándome que es la cara de mi padre. Luego, sin venir a cuento, me llega la imagen de Ray y golpeo con más ímpetu... Sostengo el saco con las manos y, exhausto y totalmente roto, me abrazo a él al recordar a Bella.

23. Sucesos

Un mes después.

HENRY

He tratado de no hacer caso de los medios de comunicación este último mes, no enciendo el televisor, ni mucho menos entro en las redes sociales. Sé que se rumorea que me ha dejado, que hemos tenido una discusión y se ha ido.

También me he enterado de que el *lamepollas* de Ray ha intentado sacar provecho de la situación saliendo en algún tabloide, pero, según me ha comentado John, los paparazis no le han creído, y ahora escapa de ellos igual que una gallina. Y todo debido a las chicas que han salido a hablar de él.

Donde las dan, las toman...

Estoy tan preocupado por ella, me arrepiento tanto de cómo me comporté. Debe odiarme, y con razón.

Me recompongo al escuchar el timbre de casa y subo las escaleras para abrir. Como sean los chicos de nuevo para decirme lo cobarde que soy, los usaré de *sparring*.

Me sorprendo cuando me encuentro con mamá Fuller acompañada Charles.

—¿Ha pasado algo? ¿Está todo bien? —Es lo primero que les pregunto, es raro que se hayan desplazado de esta manera sin avisar. Me hago a un lado para que entren y cierro la puerta.

—Han pasado muchas cosas, y, no, nada está cómo debería —me dice Mamá Fuller, llena de indignación, mientras pone los brazos en jarra—. Mírame bien a los ojos —ordena, sujetándome el mentón como cuando era un crío—. Tú no eres como él. No eres como él —repite con elocuencia, consiguiendo que la vista se me nuble con las lágrimas que intento retener.

Esa misma frase fue la que dijo cuando me conoció, en ese momento sentí

que un escalofrío recorría mi cuerpo. No entendía cómo una señora podía asegurar y leer con tanta facilidad lo que ocultaba a todo el mundo, pero con los años aprendí que con mamá Fuller todo es posible. Su marido se portó como un padre cuando más lo necesité, y en ella encontré la comprensión que mi propia madre no pudo darme.

Sin ser capaz de saber qué decir, la abrazo con cariño, y ella me corresponde con el mismo sentimiento. Noto en la espalda una serie de palmadas que Charles me da para reconfortarme.

—Chico, estamos preocupados por ti —se sincera Charles, hablando por los dos.

Me alejo de Martha y me paso la palma de la mano por los ojos.

—Es la hora de que cierres la puerta del pasado y empieces a vivir el presente —me sugiere, enigmática como de costumbre, pero sé a qué se refiere.

—Tenéis razón, no puedo seguir así. Me estoy volviendo loco.

Ambos me sonrían, y de alguna manera, al haber llegado a esta conclusión, el peso que llevo arrastrando desde hace mucho se aligera un poco.

El matrimonio no tarda en marcharse. Después de darme una ducha y comer algo, me dispongo a buscar a mis amigos para informarles de la decisión que he tomado.

Para mí, es todo un desafío volver a encontrarme cara a cara con mi pasado y enfrentar las acciones que me atormentan... Pero ella, mi preciosa Bella, se merece que lo intente.

Solo me queda la esperanza de que no sea demasiado tarde cuando eso suceda.

Les he enviado a los chicos un mensaje al grupo de *WhatsApp*, avisándoles que me pasaré por sus casas para comunicarles un asunto. Alex me ha

contestado que vaya a la de él, que allí están tanto Adam como Max, aunque John no ha dado señales de vida. ¡Quién sabe lo que estará haciendo!

Esquivo a la prensa de la calle y acelero el paso al cruzar la carretera. Mi amigo está pendiente de abrir la puerta en el preciso instante en el que llegue. Una vez dentro, me pregunta si quiero beber una cerveza, y la acepto de buena gana.

—¿Dónde están los peques? —les pregunto al no verlos corretear a nuestro alrededor.

—Están con Alice y Mey, jugando en el jardín —me comunica Adam.

—Venga, tío, suéltalo ya. ¿Qué es eso tan importante que nos querías decir? —Max se impacienta mientras observa la hora.

—¿Acaso tienes prisa?

—Sí, he quedado y no me gusta llegar tarde. —Utiliza un tono de voz grave, y me percató de que, por primera vez desde que está con Emilie, se me ha pasado por la mente una barbaridad de las mías.

Sin ponerle remedio, comienzo a carcajearme y decido verbalizar mi ocurrencia.

—Espero que no tengas atada a Em a la cama esperando por ti. —No paro de reír, y todos se me quedan mirando como si me hubiese vuelto loco—. ¿Qué?

—¿Acabas de hacer un chiste sobre Emilie y Max? —inquiérese Adam.

—Síiii —alargo la vocal de manera cantarina—. ¿Tantas facultades he perdido en este tiempo que ni una pequeña risita os echáis?

—Bro, nos has dejado en *shock* —dice Alex con seriedad—. Dinos el motivo de que te hayas dignado a recordar que tienes amigos.

—Me marchó, voy a... —titubeo, inhalando con fuerza antes de continuar—, voy a ver a Annie y a enfrentarme a mi padre.

—¡Joder! —Max exclama, agrandando los ojos—. ¿Lo haces por ella?

—Y por mí, no puedo continuar así.

—Henry, no quiero ser un cabrón, pero ¿qué sucederá si el hijo que espera al final no resulta ser tuyo? —La curiosidad de Alex tiene su lógica.

—No puedo asegurar qué pasará en el futuro, todavía no sé si querrá verme y si me aceptará a su lado. No obstante, os puedo decir que cada día que paso alejado de ella es una agonía, que la amo y que eso no cambiará.

—¡Ya iba siendo hora que espabilaras! —Mey irrumpe en el salón, acompañada de Awen, Peter y Alice—. Tengo información que te gustará saber. —Frunzo el ceño sin saber a qué se refiere hasta que caigo en la cuenta.

—¿Sabes dónde está? —Me levanto del sofá, nervioso por saber si estoy en lo cierto.

—¿Acaso lo dudabas...?

Una hora más tarde salgo de la casa de mi amigo con más ánimo y me dirijo a la de John. No me quiero ir sin despedirme de él.

Durante el trayecto, vuelvo a tener a los pesados de la prensa detrás y les hago un corte de manga mandándoles a la mierda antes de girarme y llamar a la puerta de John. Me impaciento un poco al no recibir respuesta de él, pero sé que debe estar dentro, porque su coche descapotable está aparcado en la entrada del garaje. Es raro que no lo haya guardado.

La puerta se abre, y, sin pensarlo, entro.

—Joder, tío, ¿por qué cojones has tardado tanto? —me quejo, dejándole atrás, y voy directo al salón—. ¿Para qué tienes el móvil?, ¿no has visto el *WhatsApp*?

—Henry, no es un buen momento... —Me giro, intrigado por la manera en la que se ha expresado, cuando de repente observo por el rabillo del ojo que

alguien sale de la cocina.

—¿¡Qué cojones hace ella aquí!?! —grito de golpe al encontrarme con Dana en su casa.

—Tranquilo, que ya me marchaba. Solo he venido a informar de algo que te podría interesar, pero he recurrido a John porque sé que nadie de la banda me haría ni puto caso.

Avanzo en su dirección, ella da dos pasos atrás y busca la mirada de John con temor a lo que le pueda hacer.

—Pues ahora estoy aquí, así que dime qué quieres —le ordeno con vehemencia.

—Yo... quería avisarte de que puedes estar tranquilo. No saldrá ningún tipo de exclusiva sobre Annie o tu padre. He convencido a la revista de que era demasiado arriesgado sin tener pruebas... —Desvía la mirada, puede que con arrepentimiento, pero me da lo mismo.

—No pienso darte las gracias por nada —le comento, y ella vuelve a fijar la vista en mí.

—No las esperaba —me replica, alejándose hacia la puerta que da al garaje—. Por cierto, puedes estar tranquilo. Tu padre tiene un contrato de exclusividad y no podrá hablar con ningún otro medio de comunicación —termina diciéndome, pero, antes de marcharse, mira a mi amigo y se despide—: Adiós.

Con la mirada le recrimino a John lo que opino sobre que se relacione con esa mujer. Las palabras sobran en este aspecto, y decido respirar hondo antes de explicarle el motivo de que viniera a visitarlo.

ADABELLA

Con la llegada de mi primo los días son más llevaderos, aunque continúo

extrañando a Henry. Me duele no saber nada de él, sobre todo en momentos como los de hoy, cuando tengo que volver a la revisión ginecológica.

Nos desplazamos a la ciudad en coche, el viaje me revuelve el estómago, y Nate tiene que realizar unas dos paradas estratégicas para que no decore el salpicadero de su camioneta con el desayuno de esta mañana.

Estoy preocupada. Sé que es normal el malestar durante los primeros meses del embarazo; sin embargo, las pastillas que me han recetado no han conseguido que se me retiren los vómitos y estoy de casi dieciséis semanas.

En la sala de espera de la consulta, me entra miedo de repente. «¿Y si algo va mal?». Nate me sujeta la mano queriendo que me tranquilice al ver que no dejo de mover la pierna de manera nerviosa.

Cuando escucho que la auxiliar me llama, me levanto como un resorte y le lanzo una mirada cómplice a mi primo para que entre conmigo. Él pone cara de desagrado al principio, pero, al final, me acompaña. Seguro que debe de pensar que me verá abierta de piernas o algo similar.

—¿Continúa con los vómitos? —me pregunta el especialista.

—Sí, no han cesado. —Froto las palmas de las manos una con la otra.

—¿Con qué frecuencia sucede? —prosigue el facultativo.

—Dos o tres veces al día... ¿Va todo bien? —inquiero, notando que me sube el ritmo del corazón.

—Eso vamos a ver, ¿puede levantarse y subir a la báscula? —Asiento, y me descalzo para obedecerle.

Me pesa e, inmediatamente después, me dice que puedo volver a ponerme las deportivas. He dejado de usar los zapatos de tacón debido a que los pies se me han empezado a hinchar hace poco.

—Ha perdido un cinco por ciento de su masa corporal con respecto a la última visita. Eso significa que está padeciendo hiperémesis gravídica. Vamos

a modificarle la dieta y a controlarla de cerca para asegurarnos de que no va a más.

—Pero... ¿está bien mi bebé? —Me llevo con miedo la mano a la barriga y se me nubla la vista por culpa de las lágrimas.

—En la ecografía sale todo correcto, solo vamos a asegurarnos de que lleguen los nutrientes necesarios para que continúe creciendo sano y fuerte. —La mirada del médico se suaviza, debe de estar acostumbrado a tratar con mujeres llenas de hormonas y temores típicos de primerizas como yo.

Me aconseja que evite el estrés, me hidrate mucho y aumente la ingesta de frutas y verduras al máximo. También me indica que, si noto que la pérdida de peso es muy exagerada, me mareo o pierdo el conocimiento, acuda inmediatamente al hospital.

Por lo demás, me recuerda que puedo hacer una vida normal, y quizás ha pensado que Nate era mi pareja, porque lo mira a él cuando ha comentado que puedo mantener relaciones sexuales. Casi me da la risa al fijarme en la cara de espanto que ha puesto mi primo.

—En la próxima visita, vienes con mi madre —me advierte, molesto.

—No te pongas así. —Me río al recordar el gesto que hizo echándose para atrás al escuchar lo que le dijo el ginecólogo—. No es que lleves un cartel que diga que eres gay.

—No soy gay. —Deja de caminar y me mira a la cara—. Soy bisexual, que es distinto. Pero... ¡joder, eres mi prima!

La carcajada que me sale es enorme. No lo puedo evitar.

Decidimos ir a una cafetería a tomar algo aprovechando que estamos en el centro. Y, teniendo en cuenta todo lo del asunto de la prensa y de Ray, le comento a Nate que, si no le importa a su madre, me gustaría quedarme para dar a luz aquí. Tengo miedo de empeorar...

—Sabes que no te pondrá inconveniente por quedarte en casa —me asegura él—, y sabes de sobra que puedes contar conmigo para lo que necesites.

Voy a darle las gracias cuando me fijo en la televisión del local en la que sale la imagen de Henry y me quedo de piedra al comprobar que se encuentra en Irlanda.

El corazón me empieza a latir con fuerza, me pregunto si estará aquí por mí. Retiro el móvil del bolso con rapidez y escribo a las chicas para preguntarles si saben algo. Es la primera vez desde que me marché que nombro a Henry y espero que me contesten con sinceridad.

Alice: Hola, guapa. ¿Qué tal la revisión?

Bella: Bien, pero contéstame. Henry está en Dublín. ¿¡Qué hace aquí!?

Mey: Ha ido por asuntos familiares.

Frunzo el ceño al leer esto último, sin entender si lo dice o no por mí.

Emilie: Su padre vive allí.

Alice: ¿Vas a ir a verlo?

Bella: ¿Yo? No, él fue quien se quedó mudo, y no le importó que me fuera.

Emilie: No fue así exactamente...

Bella: ¿A no? Que yo sepa, no he recibido ni un solo mensaje suyo en este tiempo.

Mey: Tampoco él de ti.

Alice: Haya paz...

Alterada por la conversación, dejo el teléfono sobre la mesa y me cruzo de brazos. Nate me observa levantando una ceja.

Mejor que no pregunte, que eres capaz de morderle.

Le pido que me lleve de vuelta al pueblo, y vamos a buscar la camioneta

que esta aparcada unas cuantas calles de distancia tras haber pagado la consumición.

La vuelta se me hace lenta y tediosa, no solo por el malestar físico que me provoca estar metida en el vehículo durante casi una hora, sino porque no dejo de pensar en Henry.

Me da tiempo a estar furiosa, y pasar de la tristeza a querer ponerme a llorar desconsoladamente. ¿Quién me entiende?

Yo no, y tengo que soportar tu estado cada segundo.

La entrada de la casa de mi tía Anna no es muy grande, así que Nate decide aparcar la camioneta en un descampado que queda cerca. Al preguntarle el motivo, me dice que caminar me vendrá bien.

—Debes relajarte, el médico te ha dicho...

—¡Sé lo que me ha dicho! —le levanto el tono, y me arrepiento al instante—: Lo siento, no he debido gritarte, la culpa de lo que me pasa no es tuya.

Nate me abraza, y le devuelvo el gesto. Cuando se aparta, me acaricia la barriga y me sonrío.

—Todo saldrá bien —me calma.

—¿Bella...? —La voz ruda y varonil de Henry me deja sin aliento. Ladeo la cabeza para mirar por encima del hombro de mi primo y observo que está situado en la puerta de la casa de mi tía.

No sé cómo reaccionar, me quedo sin palabras.

¿Qué hace aquí?

Camina con decisión sin dejar de mantener su mirada en la mía, me permito volver a fijarme en los pequeños detalles que adquiere su rostro al llevar la vista a la mano de Nate, que continúa sobre mi barriga.

¿Eso son celos?

No quiero hacerme ilusiones, no puedo, ni quiero hacérmelas. Sin embargo, no puedo evitar pensar en el motivo de su viaje y en que todavía quede un resquicio de lo que nos unió.

—Quítale las manos de encima a mi mujer —masculla con los dientes apretados, mirando a Nate a los ojos.

Y, por alguna absurda razón, mi corazón se expande.

24. Annie

HENRY

He alquilado un apartamento en Dublín para realizar las cosas con calma. Estoy decidido a ir a buscar a Bella y sincerarme con ella, pero antes tengo que resolver el asunto de mi padre.

Hace años que no camino por esta zona y, aunque las fachadas de las casas han cambiado y los comerciales de los bajos tengan otros nombres, tengo la sensación de que todo sigue igual que siempre. Es extraño.

No vengo con la intención de pelear con él, tampoco tengo pensado recriminarle lo mal padre que ha sido y es. Simplemente, quiero cerrar de una vez por todas esta herida que lleva abierta tanto tiempo y que no deja de sangrar.

Golpeo con los nudillos la puerta de su casa y espero con impaciencia que me abra. La última vez que lo vi en persona se presentó por sorpresa en Londres, y al principio creí sus mentiras de que había cambiado, que había dejado la bebida y que se arrepentía de todos sus actos. Aunque me pidió dinero para poder pagar la hipoteca de la casa, porque perdió el empleo que tenía por culpa de la crisis, tardé un poco en acceder.

Toda mi vida he anhelado tener un padre normal, uno que me abrazase por la noche y me tranquilizara al despertar en mitad de una pesadilla. Uno que me enseñara a montar en bicicleta o me llevara a los partidos de rugby. Alguien que sonriera al verme triunfar en la música... o que me regañara por no sentar la cabeza y me portara bien con una mujer. Le creí..., pero, no, el muy cabrón me hizo creer que a él también le hubiera gustado que sucediese.

Sin embargo, todo era una farsa, solo le interesaba el dinero.

Meses más tarde volví a recibir una llamada de él solicitándome una

cantidad mayor. En esa ocasión su tono de voz era mucho más brusca y exigente. Me negué en rotundo, y entonces fue cuando me amenazó con contarle al mundo lo de Annie.

No debí permitir que la culpa me atormentara... de nuevo.

Escucho el sonido de un juego de llaves y, acto seguido, abre la puerta de par en par. Mi padre sigue teniendo el mismo aspecto intimidador de siempre, es tan alto como yo, se le ve un hombre fuerte y robusto a pesar de los años.

Se cruza de brazos y me observa detenidamente antes de hablar.

—¿Vienes a entregarme el cheque en mano? —me pregunta con indiferencia.

Las ganas de soltarle un puñetazo en la cara son enormes, pero cierro los ojos intentando serenarme, y, al abrirlos de nuevo, algo cambia en mi interior.

La furia que antaño desprendía su mirada ha desaparecido, en su lugar lo que encuentro es soledad, tristeza y amargura. Me percató de que su rostro muestra las arrugas típicas de los años y su cabello ha adquirido canas.

Ya no siento odio hacia este hombre, sino pena.

—He venido con la intención de decirte adiós para siempre, no te quiero en mi vida y no te necesito en ella, nunca te he necesitado —le comento, sin moverme del sitio. No obstante, él se ríe ante mis palabras, quizá crea que no voy en serio—. Sé que no puedes seguir extorsionándome con lo de Annie o te verás envuelto en una demanda millonaria, así que espero no volver a saber de ti nunca más.

Al terminar de decirle lo que quería, enmudece y su cara muta por completo. Me giro con la intención de marcharme, pero noto que me sujeta del brazo con fuerza intentando impedir que lo haga. Me zafó de él con un movimiento brusco y lo miro a los ojos sin miedo.

—Ten cuidado, ya no soy el niño indefenso al que golpeabas con el

cinturón —le aconsejo, mientras aprieto con fuerza los puños a ambos lados del cuerpo. La comisura de su boca se eleva ligeramente, pero, al ver que no me amedrento, frunce el ceño—. El título de *padre* siempre te vino demasiado grande —murmuro antes de empezar a caminar dirección al coche.

Cuando coloco las manos sobre el volante, justo antes de encender el motor, me permito tomarme un segundo para reflexionar en cómo me siento. Y por primera vez me creo las palabras de mamá Fuller: «No eres como él, no eres él».

Quiero ir a ver a Annie; sin embargo, creo que será mejor si llevo conmigo a Bella y le explico todo. No dejo de pensar que puede que no me quiera ver, que no quiera escuchar mis explicaciones, y que sea demasiado tarde para pedirle disculpas.

Marco en el navegador las coordenadas de la casa de la tía de Bella, donde ha pasado estos dos últimos meses según las chicas, y me pongo en marcha. Tardo en llegar unos cuarenta minutos y aparco enfrente de la pequeña casa de dos plantas. Merodeo un poco dudando si llamar o no cuando de repente un movimiento desde el interior de la finca me llama la atención.

Una señora se aproxima a mí, mientras se limpia las manos llenas de tierra en el delantal floreado que lleva puesto. Debe de ser la tía de Bella, aunque no se parece en nada al padre de esta.

—Hola, soy... —Extiendo la mano para saludarla de manera formal, pero me interrumpe.

—Sé quién eres, me llamo Anna. —¡Joder!, qué casualidad que se llame así—. Soy la tía de Adabella.

Bajo el brazo al comprobar que no tiene la intención de aceptar mi visita a la primera de cambio.

—He venido a ver a Bella.

—Eso me imagino, ha ido a la revisión médica, estará al llegar.

—¿Va todo bien? Ella y el bebé... —La incertidumbre de conocer su estado me lleva inquietando todo este tiempo.

La mujer da un paso al frente alzando el mentón con hostilidad, me da la impresión de que no le caigo muy bien.

—Sé cuidar de los míos —recalca con dureza—. El asunto es si tú estás dispuesto a dar la cara como un hombre o has venido a dañar a mi sobrina con tu presencia.

Respiro hondo y le sujeto las manos antes de que se arrepienta de haberse acercado tanto a mí.

—Anna, le puedo asegurar que amo a su sobrina con todo mi corazón. Y si ella me acepta de nuevo en su vida, la cuidaré cada segundo que pase a su lado. Le doy mi palabra.

La tía de Bella alza una ceja de manera escéptica. Retira las manos con cautela y se aleja dejándome a solas, plantado como un arbusto, sin saber qué cojones hacer.

—¡Tendrás que ganártela, espera ahí a que regrese! —grita desde la zona del jardín.

Lo tienes crudo con la familia política.

«¡Genial!», pienso con sarcasmo.

Camino por la carretera dando vueltas como un maldito perro guardián a la espera de que Bella regrese y, casi una hora más tarde, la veo aparecer a lo lejos, acompañada de un chico alto que le pone las manos en la barriga de manera cariñosa.

—¿Bella...? —Me sorprendo al escucharme mencionar su nombre. Me entran unas ganas enormes de separarle de inmediato de ella al contemplar que ese tipo no retira las zarpas al verme—. Quítale las manos de encima a mi

mujer —le indico, mirándolo a los ojos con rabia.

—¡Henry! —exclama Bella, y, al mirarla, me doy cuenta entonces de que sonrío. ¿Por qué cojones sonrío?

—¿Qué?

—Este es mi primo, Nate.

¡Mierda!

ADABELLA

La cara que se le ha quedado a Henry al decirle que Nate es mi primo es para immortalizar en un cuadro y recordárselo de por vida.

—Encantado, tú debes ser el batería... —se presenta Nate.

—¡Joder, lo lamento! Pensé... —Henry se frota la nuca con la palma de la mano.

—¡Otro como el ginecólogo!, que se imagina que me acuesto contigo —suelta mi primo, poniendo los ojos en blanco—. Voy a decirle a mamá que hemos llegado —me comenta, dándome un fugaz beso en la mejilla—, vete a enseñarle a tu marido las vacas del lugar.

—¿Qué? —Mis intentos para que no me deje a solas con Henry son inútiles, se marcha dando pasos largos y riéndose—. ¡Nate!

Aprieto las manos con nerviosismo desviando la mirada sin saber qué espera que le diga, mientras él me sujeta del mentón con delicadeza para que lo mire a los ojos.

—Lo siento tanto, Bella —se disculpa, pero la actitud que tuvo sigue doliéndome.

—¿Qué lo sientes? Me hiciste daño, Henry, mucho.

—Soy un imbécil. ¿Podrás perdonarme? —me ruega una oportunidad, que

hace que se me encoja el alma—. Te he extrañado, *Álainn*.

Inclina la cabeza acercándose despacio, cierro los párpados queriendo saborear el momento, sentirlo no solo con el tacto, sino en cada poro de mi ser. Nuestros labios se unen, y me rodea con sus brazos de forma posesiva. Suave, lento y cálido, todo a la vez.

Su barba me produce cierto cosquilleo que me hace gracia, y poso la palma de la mano en su mandíbula sin dejar de mover la boca al ritmo que marca mi corazón.

Cuando se detiene, exhalo, y él junta nuestras mejillas, abrazándome.

—Necesito que me acompañes, Bella, quiero presentarte a Annie.
—¿Annie?

Sin saber a qué viene ahora que hable de ella, me alejo porque no comprendo el motivo. El gesto de preocupación que veo en su mirada hace que no lo verbalice y permito que me guíe de la mano hasta la entrada de la casa de mi tía. Tengo curiosidad por saber quién es y por qué es tan importante para él que yo lo sepa.

Le comento a mi tía que voy a salir con Henry a dar un paseo y que volveré más tarde. Ella me dice que le envíe un mensaje en caso de que la necesite.

Henry me abre la puerta del coche y me ayuda a subir al asiento del copiloto. Tengo una intriga tremenda por saber a dónde me va a llevar, aunque después sé que será necesario tener una conversación con él sobre mi bebé, y temo que llegue ese instante.

Me intento concentrar en la carretera para no marearme, pero no lo consigo.

—¡Para! —doy un grito, cuando siento que me sube una arcada por la garganta que no puedo reprimir, y abro la puerta casi al mismo tiempo que él frena el coche.

¿Por qué me tiene que pasar esto? Pienso con tristeza y preocupación

mientras vomito.

—Venga, ya pasó —me consuela Henry, sosteniéndome el cabello y acariciándome la espalda.

Me tapo la cara con ambas manos, y las lágrimas me salen solas, mientras niego con la cabeza y balbuceo que no va a pasar. Le explico que el médico me ha dicho que tengo no sé qué cosa impronunciable y que debo controlar no perder más peso.

—Bella —menciona mi nombre, y alzo la mirada retirándome las manos de la cara para poder verlo—, no pienso irme. Cuidaré de ambos, todo saldrá bien.

—¿Lo dices en serio? —pregunto con miedo.

—Jamás dudes de la palabra de tu marido, mujer —bromea, intentando imitar a un vaquero del oeste americano y me hace sonreír—. Eres preciosa cuando te ríes.

Volvemos a subir al coche, y me siento en una nube. Esta mañana me desperté creyendo que no volvería a verle, que quizás era el momento de solicitar el divorcio de una vez por todas y dejarle ir. Y ahora, ahora estoy sentada a su lado, mientras me acaricia la rodilla con el pulgar, y me siento feliz.

Sin embargo, todo eso cambia al ver el lugar a dónde me lleva.

—¿Qué hacemos aquí? —le pregunto, temerosa de conocer la verdad.

—Annie está aquí, ven... —me indica, y lo sigo por un camino empedrado.

No estamos solos, miro a mi alrededor, varias personas están en silencio y con el rostro apenado. Henry ha entrelazado nuestros dedos, y siento cómo le tiembla la mano. Trago con fuerza cuando se para de golpe. Levanto la vista para verle el rostro, tiene los ojos llorosos, me da miedo decir algo inapropiado.

—Me enteré de la existencia de Annie cuando tenía doce años. Le pedí permiso a mi madre para ir a conocerla, y me lo negó. La mujer de mi padre aún estaba con vida y no sabía que tenía otro hijo. —Escucho con atención cada palabra que sale de su boca, aunque su mirada está fija en la lápida que tiene enfrente—. Cuando cumplí los catorce años y supe que mi padre había enviudado, decidí que era el momento de venir y lo hice.

Realiza una pausa, y aprieto su mano para darle fuerza.

—Tenía una medio hermana y cada noche, desde que supe de ella, me culpaba por no poder estar a su lado. Lo poco que conocí de mi padre fueron los golpes que me daba y el desprecio que me profesaba, no deseaba lo mismo para Annie. —¡Dios! Me destroza el alma conocer lo duro que tuvo que ser eso para él—. Era una niña muy risueña, preciosa, a la que se le iluminaban los ojos cada vez que me veía...

Lo abrazo con todas mis fuerzas, no puedo seguir escuchando el dolor que me trasmite al hablar.

—Henry, no tienes porqué contarme esto ahora —le sugiero con pesar.

—Tengo y debo. —Aspira por la nariz con fuerza, y continúa—: Cuando cumplí los diecisiete años, en una de mis visitas sorpresas, escuché desde la calle los gritos de mi padre, Annie acababa de cumplir los trece años. —Su tatuaje...—. Ella quería ir a casa de unas amigas para celebrarlo. Entré casi tirando la puerta abajo por miedo a que le tocara, ella nunca me comentó que le hubiese levantado la mano, pero el temor estaba ahí. Subí las escaleras y me los encontré, forcejeé con él. La rabia me pudo, y arremetí con todas mis fuerzas. Mi hermana se interpuso entre ambos, y, no sé cómo, ella...

—Henry... —Las lágrimas caen por mi rostro, es demasiado dolor.

—Fue mi culpa, yo la mate.

—¿Qué? —No creo eso.

—Si no hubiese acudido, si no hubiese perdido el control, ella seguiría viva. No se hubiera caído por las escaleras y seguiría con vida.

—Henry, fue un accidente. Tú no tienes la culpa —le recuerdo, intentando que me mire.

Tardamos en salir del cementerio media hora, he intentado consolarle como he podido, pero este tipo de vivencia precisa de algo más que unas palabras y unas caricias. He descubierto una faceta de él que desconocía, una que me ha mostrado sin mascararas de humor, ni artificios. Cruel, real y desgarradora.

De alguna manera, eso me ha unido más a él, me siento parte de su mundo y deseo que eso no cambie.

25. Aprendiz

HENRY

Ha sido duro acudir al cementerio, los recuerdos de los momentos vividos con ella me siguen doliendo en el alma. Max siempre tuvo la teoría de que me volcaba con Emilie en protegerla porque me recordaba a ella, y es verdad.

Bella me ha dejado espacio durante el viaje de regreso a la casa de su tía, se ha mantenido en silencio y, de vez en cuando, me acariciaba el antebrazo con delicadeza. Sé que estos últimos meses han tenido que ser muy duros para ella, y quiero que sea consciente de que lo que le dije esta mañana no es hablar por hablar.

Así que le he pedido quedar esta noche para ir a cenar juntos, ver una película o lo que se tercié. Me estoy volviendo loco pensando qué diablos hacer. Quiero que sea algo especial.

No dejo de dar vueltas en el apartamento, no sé a dónde cojones llevarla porque, según me ha dicho, no tolera muy bien ciertas comidas, y la cita podría ser un fracaso estrepitoso.

Expulso una bocanada de aire y termino por agarrando el teléfono para preguntarles a los chicos.

Henry: *Help!*

Alex: ¿Ya la has vuelto a cagar?

Max: Necesitáis sexo de reconciliación, bro.

Adam: ¿Cómo está Bella?

John: ¿Y con tu padre?

Henry: ¡Joder! Un poco de calma. A mi padre lo he mandado a tomar por culo. Bella no está llevando bien el embarazo, tiene muchas molestias, así que he decidido quedarme en Dublín.

Max: El sexo, te olvidas de lo del sexo

Henry: Max, aún no me he acostado con ella, hemos ido al cementerio.

Alex: Entonces es lógico que no hayáis follado. Eso corta el rollo a cualquiera.

Henry: Pero ¿queréis dejar de meterme presión para que me acueste con mi mujer?

Adam: ;;;Ay!!! Tu mujer ♡♡♡

Adam: Perdón, Alice me ha quitado el móvil y se ha emocionado al leer eso.

John: Bro, ¿qué sucede?

Les explico un poco lo que tengo pensado hacer, y me aconsejan que charle con las chicas, dado que conocen mejor a Bella que ellos.

Unos cuatrocientos ochenta y seis mensajes después y dos llamadas con amenazas de por medio de Mey, consigo tener más o menos claro cómo pasar la velada.

Me preparo con tiempo, alquilo una limusina para que vaya a buscarla sobre las seis, reviso el vestuario que me he traído en la maleta y me doy cuenta de que debo ir de compras. Eso o Alice me mata como se entere de que no le he hecho caso.

Salgo del edificio comprobando la hora, y, al llegar al *hall*, el portero del edificio me informa que hay varios periodistas esperándome. No quiero que Bella tenga que pasar un mal rato por culpa de ellos, así que aprovecho para indicarle que deje pasar al *parking* del edificio la limusina en cuanto la vea.

Estoy ansioso por ver la reacción que tendrá y, también, demasiado nervioso. Espero no cagarla.

ADABELLA

Histórica. Ese es el adjetivo perfecto para definirme en este instante.

Me he probado cinco faldas, cuatro camisas, tres pantalones, pero sigo sin tener ni idea de qué ponerme para la cita con Henry. No sé cuáles son sus planes, y en caso de que me lleve a algún restaurante lo más seguro es que sea algo informal, pues comentó que le gustaría ver una película, así que...
¡Arrrggg!

Lanzo un vestido a un rincón del dormitorio sintiéndome más indecisa que nunca, me dejo caer de espaldas encima de la cama, abatida. Intento pensar en qué opción sería la más adecuada, pero lo único que me viene a la mente es la imagen de Henry con sus vaqueros desgastados, sus camisetas sin mangas y...

Una idea me viene de golpe.

—¡Nate! —lo llamo, y me incorporo dando un brinco mirando la puerta fijamente—. ¡Nate, ven de una vez! —insisto.

—¿Qué quieres ahora, pecosa? —Aparece preguntando con cara de dormido.

—Necesito tu ayuda... —le digo con desesperación.

—¿Quieres que te ayude? —Su voz suena dubitativa.

—Has visto a Henry... !Mírame!, no pegamos ni con cola.

—No exageres, ha vuelto a por ti, será que le gustas tal como eres —espetea, intentando darme ánimos.

—Por favor, Nate, aconséjame qué ponerme, nada me convence. —Me llevo las manos a la cabeza y le ruego con la mirada.

Lo que se llega a hacer por una cita...

—Venga, levántate. —Pone los ojos en blanco y extiende el brazo para que le obedezca.

Durante la siguiente media hora, me dejo aconsejar por mi primo. Me ha prestado una camiseta de corte roquero y me ha dicho que con unos simples vaqueros de cintura alta estaré perfecta. Ha insistido en que lleve el cabello sin recoger, eso me ha recordado lo mucho que le gusta a Henry mi melena.

El encuentro de esta mañana con él me abrumó, quería decirle tantas cosas, quería echarle en cara su comportamiento, y, al mismo tiempo, solo pensaba en no dejar de abrazarle por miedo a que se alejase otra vez.

—Adabella, ha llegado un chófer a buscarte, está fuera esperando a que salgas —me informa mi tía, entrando en mi dormitorio.

—Dos minutos —le indico, mientras busco un bolso o algo que pegue con lo que me he puesto.

¡Imposible de combinar, desisto!

Termino guardando tanto el móvil como las llaves en el bolsillo del vaquero y les doy un beso rápido a mi primo y a mi tía antes de marcharme. Estoy deseando llegar lo antes posible y ver a Henry, aún me cuesta asimilar todo lo que ha sucedido en tan pocas horas, pero estoy ansiosa por pasar con él más rato y así quizá recuperar el tiempo perdido.

La limusina es tan cómoda que apenas noto los giros en las curvas o la velocidad a la que va y no me molesta el viaje. Justo antes de que el conductor me indique que estamos a punto de llegar, reviso el teléfono para controlar la hora que es. Después, miro a través de la ventanilla y me fijo en el edificio al que accedemos por el *parking*.

El chófer me abre la puerta y me señala que suba a la última planta por el ascensor, que el señor Strom está avisado de mi llegada. Me despido de él y obedezco las indicaciones que me da.

Cierro los ojos meciendo mi inexistente barriga, con los nerviosos en la boca del estómago. Camino por el pasillo dirección hacia la única puerta que

visualizo y llamo al timbre.

Mi boca se abre por completo cuando lo veo, está vestido con un traje formal con una corbata de estampado floral. Su mandíbula cuadrada le da un toque rudo y travieso, y bajo la mirada al darme cuenta de que no he acertado en mi decisión al cambiar de ropa.

—Estás preciosa, *Álainn*. —Me sujeta de la mano y tira de mí para que entre en su apartamento, el olor de una deliciosa cena llega a mi nariz.

—Creo que no voy muy acorde contigo... —le comento.

—Vas perfecta, ¿sabes a qué me recuerda esto?

—¿A qué? —pregunto, llena de curiosidad, cuando los ojos le brillan bajo mi mirada.

—A la escena final de *Grease*. —Frunzo el ceño intentando reconstruirla—. ¡No me digas que esa tampoco la has visto! ¡Oh, tienes que verla, tenemos que hacer ese baile!

Me río al verlo tan emocionado, mientras me guía para mostrarme la distribución que tiene el lugar, tanto la cocina como el resto de las habitaciones son enormes.

—Y este es el baño, busque un sitio que tuviese bañera para que, cuando pasen los meses, podamos disfrutarlo juntos. —Me guiña un ojo, y me doy cuenta de que aún no hemos tenido la charla.

—Henry... Tenemos que hablar de mi bebé —le recuerdo, dándome la vuelta para mirarlo a los ojos y que perciba que es un tema serio.

—No —niega con rotundidad, dando un paso al frente.

—¿Cómo qué no?

—No es tu bebé, es nuestro bebé. —Extiende la mano para llevarla a mi barriga, y me emociono al sentirle tan cerca de mí—. Me importa una mierda lo que diga Ray, eres mi esposa, este es mi hijo. Y, aunque tengo un miedo

gigantesco a cagarla, sé que, estando a tu lado, todo irá bien. —Con su mano libre me acaricia la mejilla—. ¿Me enseñarás a ser un buen padre, Bella?

Asiento con lágrimas en los ojos, no consigo hablar, simplemente me abrazo a él y lo beso.

—Te amo, *Alainn*. —Le escucho susurrar al separarme de él.

—Henry, yo también te amo —me sincero, y rompo a llorar.

Cierro los ojos al sentir sus labios sobre los míos y, cuando sus manos me comienzan a tocar por dentro de la camiseta, subo los brazos por inercia. Quiero sentirlo en mi interior, quiero que deje de ser un recuerdo y se convierta en algo tangible, real y presente.

Le retiro la corbata tirándola al suelo, mientras él se quita la chaqueta y desabotona la camisa blanca que tan bien le queda. Danzamos hasta el dormitorio sin fijarnos donde ponemos los pies y caemos de lado sobre el colchón entre risas.

Me besa el cuello y baja por mi clavícula hasta llegar a mis pechos, levanta la cabeza, y nuestras miradas se unen antes de que su lengua juegue con mi pezón y este se ponga duro. Gimo al sentir sus dientes, y lo succiona dejándome sin aliento.

—Tengo los pechos sensibles —jadeo, dando una explicación absurda.

—Me he fijado, tendré que mimarlos por igual —bromea de manera graciosa, aproximándose al otro.

Encorvo la espalda notando que la cabeza me da vueltas, la respiración se me acelera cuando escucho el sonido de la cremallera del vaquero que llevo puesto. Inmediatamente después, me retira tanto el pantalón como la ropa interior a medida que esparce más besos por mi vientre.

Cuando abro los ojos de nuevo, me percató de que está desnudo y se pasa la lengua entre los labios mientras fija su mirada en mi cuerpo. Agarra mis

tobillos y me abre las piernas... De mi boca sale una pequeña risa nerviosa al verlo ascender por mi cuerpo, su miembro roza mi entrada, jadeo, y sus labios me besan.

Me pasaría el resto de mi vida entre sus brazos, sintiendo sus manos por toda mi piel. Mientras acaricia mi mejilla y se distancia para mirarme a los ojos, siento que entra en mi vagina con delicadeza.

La lentitud con la que está abriendo mi sexo es delirante, porque me gusta la rudeza con la que Henry me trata cuando nos acostamos. Sin embargo, mi rostro se refleja en su mirada, y me doy cuenta en este instante de que no es solo sexo o lujuria lo que me está demostrando, es amor.

Abrazo su cintura con mis piernas, las gotas perladas de sudor brillan en su frente, y, con cada centímetro que avanza en mi interior, mis uñas se clavan más en su espalda. Exhalo de placer cuando nuestros cuerpos se juntan, y su mirada refleja preocupación.

—¿Estás cómoda? —me plantea con voz grave.

Muevo la pelvis dándole a entender que no es hora de charlar, y se da por aludido cuando se retira para volver a entrar de nuevo, pero no da una fuerte embestida como pensé que haría, sino que se mece de manera candente y sosegada.

Enseguida, empiezo a disfrutar de una nueva sensación, mis músculos se estiran ante el grosor de su miembro notando cada vena hinchada de una manera que jamás me imaginaría. Llevo las manos al cabezal de la cama y me agarro con fuerza echando la cabeza hacia atrás, mientras pasa su lengua por un pezón para luego mordisquearlo y mi excitación aumenta.

Debe haberlo notado, porque incrementa el ritmo, entrando y saliendo, una y otra vez sin darnos apenas descanso para recoger oxígeno en el proceso. Su pene se endurece, y creo que no aguantaré más, clavo los pies en el colchón y

recorro parte del camino impulsándome hacia él. El sonido del choque de nuestros cuerpos, los jadeos y el frenesí son, en parte, los culpables del grito que pego al llegar al orgasmo.

No obstante, Henry tarda unos minutos más en alcanzar el suyo, y, cuando lo logra, las réplicas de mis espasmos se acentúan al sentir su semen caliente en mi interior.

Quedo rendida con la cabeza sobre su torso, sintiendo el sube y baja de su pecho, mientras él me acaricia la melena y yo realizo círculos con las yemas de los dedos en su antebrazo.

—No tenemos remedio. —Le escucho decir y poso mis ojos en él para prestarle atención—. Siempre empezamos la casa por el tejado. —Se ríe.

Me pide que le espere un segundo y se aleja para levantarse, y, mientras lo hace, no puedo evitar mirar su espalda ancha y fuerte, donde el apellido Strom cubre gran parte de la misma en un impresionante tatuaje. Se agacha para recoger del suelo el pantalón y busca en el interior de un bolsillo algo que guarda con recelo entre sus manos.

Se sienta en el borde de la cama y me indica que me aproxime a él. Lo hago sin pudor alguno, nerviosa por saber qué esconde.

—No soy bueno preparando grandes ocasiones, le pedí consejo a las chicas, y Alice me dijo que me vistiese con un traje, Emilie me comentó que la cena la disfrutaríamos mejor en casa por la presencia de los paparazis, y Mey, bueno, Mey me dio una orden muy concisa: «Es una tradición, más te vale seguirla». —Reprimo una carcajada al oírle imitar a mi amiga.

—No tienes que hacer nada, Henry, me gusta estar a tu lado. No necesitas ponerte un traje. Y, mientras estemos juntos, me dará igual a dónde vayamos a cenar. —Sonrío al explicarle lo que pienso.

—Queda anotado para el futuro, pero quiero darte algo, esto es para ti.

—Me pasa una pequeña cajita que sostengo entre las manos.

Siento cómo tiemblo de expectación y me llevo una mano a la boca llena de emoción cuando veo el contenido.

—Probablemente, me gane un buen grito de Mey, pues me insistió en que debía ser un colgante, pero fue verlo y pensar en ti. —Retira el anillo y me sujeta la mano izquierda. Me emociono, no puedo evitarlo—. El corazón simboliza el amor que siento por ti, Bella, las manos, la amistad que espero conservar el resto de mis días, y la corona, la lealtad y fidelidad que juro jamás te faltarán —se declara, mientras lo coloca en el dedo anular de mi mano izquierda.

Reconozco la simbología del anillo Claddagh, también lo que implica que me lo haya puesto así, con el corazón mirando hacia mí. Soy de ascendencia irlandesa igual que él, y por eso tiene una mayor importancia.

Con los ojos llenos de lágrimas observo el exclusivo diseño que tiene, muestra dos manos entrelazadas que agarran un corazón, y una corona sobre ellos. Es precioso.

—No quiero que nos volvamos a separar, *Álainn*. —Trago saliva con fuerza intentando no derramar ninguna lágrima—. Sé que probablemente me gane un no rotundo por cómo he reaccionado, pero me gustaría que vinieses a vivir conmigo y formásemos una familia. Eres mi esposa; ¡joder!, no sabes lo agradecido que estoy a Elvis de que nos casase. —Me río en cuanto menciona al hombre que nos unió en matrimonio en Las Vegas—. ¿Qué me dices? ¿Me aceptas como esposo?

Respiro profundamente, me levanto y me siento sobre sus rodillas rodeando su cuello con los brazos. Noto lo rápido que se anima su miembro al verme en esta posición y uso una voz suave y melosa para contestarle.

—Te acepto, Henry Strom, como amante. —Beso su mandíbula, y

continúo—: Amigo. —Poso mis labios en su mejilla—. Y fiel compañero.

Sus manos me sujetan la cintura, y me arrima a su cuerpo, nos besamos y terminamos rodando por la cama entre risas.

El camino que hemos recorrido hasta llegar aquí es una locura, pero estoy deseosa de conocer qué nos deparará el futuro.

26. Papá

Dublín. Tres meses más tarde.

ADABELLA

La convivencia con Henry está siendo toda una sorpresa, tenemos nuestros momentos en los que no dejamos de discutir por tonterías, pero al rato disfrutamos de la reconciliación de una manera muy muy pasional. Me sube la temperatura corporal al recordar la fogosidad que me muestra a pesar de haber subido de peso en estos tres últimos meses y no sentirme yo misma.

Reconozco que es muy atento y está teniendo una la paciencia tremenda con los arrebatos que me dan, siempre he sido una mujer con temperamento, pero, estando embarazada, la situación se ha acentuado.

Aun siendo así, hace apenas unos minutos hemos sufrido nuestra primera pelea fuerte, y todo debido a que no quiere que me haga la amniocentesis, ni realice las pruebas de paternidad. Se ha puesto de lo más irritante y se ha marchado al salón dejándome en la cocina con la palabra en la boca.

¡Odio que haga eso!

Le sigue costando verbalizar las cosas en el momento, y creo entender el motivo. Tiene un miedo atroz a convertirse en el maltratador que era su padre; no obstante, me he cansado de repetirle que confío plenamente en él y que sé que jamás se comportará así conmigo o con el pequeño.

Es como hablar con una pared.

¡Exacto!

Arrastro la silla para incorporarme mientras siento la rabia correr por mis venas. No pienso dejar que esto acabe de esta forma, no me da la gana. Camino con determinación con la intención de enfrentarme a él y decirle lo que pienso sin guardarme nada dentro.

—¿Y ya está?! ¿No piensas decir nada más al respecto? —Estoy tan molesta que lo sujeto del brazo para que se dé la vuelta y me mire a la cara—. No estoy conforme, quiero realizar la prueba.

—Bella... —Niega con la cabeza, mientras menciona mi nombre como si realizase un esfuerzo sobrehumano—. No quiero comenzar de nuevo. No es bueno para ti, ni para el bebé.

—No me pongas la excusa del bebé, estoy harta de escuchar que no puedo hacer esto o aquello por el embarazo. Vamos a hablar del tema, y se acabó. —Me cruzo de brazos esperando a que me dé la razón.

Buff, y aún quedan varios meses...

—¿Por qué insistes tanto? —Frunce el ceño—. Larson ha desaparecido de los medios de comunicación, la prensa ha dejado que el rumor que había extendido se apague. Ahora de lo único que hablan es de que estamos viviendo juntos y que esperamos la feliz llegada de nuestro, y repito, nuestro hijo. ¿Por qué es tan importante para ti? No es suficiente saber que me da lo mismo. Es mío, diga lo que diga esa prueba.

Comprendo su punto de vista, pero necesito que entienda el mío.

—Porque tú no tienes ni idea de lo que es despertarse cada mañana sin saber con certeza lo que has hecho. Porque no sabes si el día de mañana nuestro hijo descubrirá los rumores que Ray se ha encargado de decir por ahí. —Me llevo las manos a la cabeza y me doy la media vuelta para que no vea lo frustrante que es para mí—. ¿Qué le diré si eso sucede?

—*Álainn...* —Me abraza desde la espalda y posa sus manos sobre la barriga—. Tengo miedo de que os pase algo, no es necesario que la hagas. Si tantas dudas te genera conocer la verdad —me aclara, realiza una pausa y suspira de forma casada—, puedes esperar a que nazca...

—¿De verdad? —Me giro para mirarlo a los ojos—. ¿No te molesta que

quiera saberlo?

—Como te he dicho, me importa una mierda el resultado de la prueba, Elvis es nuestro hijo —recalca, convencido, mostrándome una sonrisa socarrona.

—Perdona, ¿has dicho que nuestro hijo se llamará «Elvis»? —Me río ante esa posibilidad—. No pienso dejar que le pongas nombre de perro a nuestro hijo, ¿y si resulta ser una niña?

En la última revisión intentamos saber si era niño o niña, pero no estaba colocado bien como para que se viera. Así que no tenemos ni idea del sexo que tendrá.

—No es nombre de perro, es el nombre de El Rey —me indica, imitando a Elvis Presley—, y si es niña siempre le podremos llamar como a su...

—No, no y no. Ni Priscilla, ni Lisa, no me gustan —sentencio con firmeza—. Además, ¿quién te ha dicho que tengas que ponerle el nombre tú?

—¿Tienes alguna idea de qué nombre ponerle? —Levanta una ceja de manera graciosa.

—No —niego sin apenas mover los labios.

Lo cierto es que ningún nombre me convence, jamás imaginé que elegir uno para un hijo fuera tan complicado.

—Pues entonces puedo aportar ideas, y Elvis me agrada. ¡Sería el nuevo rey del *rock*! —expresa con entusiasmo.

—Estás obsesionado con enseñarle a tocar la batería. —Coloco las manos en la barriga al reírme, pero me quedo muda cuando noto un movimiento.

—¿Qué sucede? ¿Necesitas algo? —me pregunta, preocupado.

—Creo que se ha movido —le comento, sintiéndome extraña y emocionada al mismo tiempo.

—¿Qué?! —Inca una rodilla en el suelo y me pone las palmas de las manos a ambos lados de la barriga—. ¡Venga, pequeñín! Dale otra patadita a mamá —le murmura, como si yo no estuviese presente escuchando su confidencia, y espera con atención recibir algún tipo de respuesta—. ¿Se ha dormido? —Sube la cabeza sin alejar las manos de mí.

—Puede, aunque como le guste dormir tanto como al padre... —me meto con él.

—Tampoco es para tan... —Se queda mudo al sentir el movimiento del bebé, abre la boca y me sonrío—. Es él, ¿lo has notado?

—¡O ella!, y por supuesto que lo he notado. —Me río al contestarle al comentario.

Henry se yergue, sus ojos brillan de una manera especial, expresan ilusión y felicidad. La misma que se ha alojado en mi corazón desde que estoy a su lado. En algún momento me encuentro abrumada por todo lo que ha sucedido en tan poco tiempo, en como mi vida ha dado un giro repentino de ciento ochenta grados, pero es mirarlo y es impensable no dejarse arrastrar por lo que me dicta el corazón.

Porque para ser sincera, él me completa de una manera que jamás imaginé.

HENRY

Aún faltan un par de meses para que Bella dé a luz, pero parece que cada día que pasa está más agobiada. Habla de las cosas que quedan pendientes de comprar para el pequeño o pequeña como una cuna, un cochecito, pañales y ropa...

Intento que su estancia en Dublín sea lo más confortable posible y, aunque no podemos disfrutar de la serenidad que nos daría ser anónimos, he planificado varias salidas consiguiendo esquivar a los paparazis. Ahora,

estamos tumbados en el sofá viendo una película que ha escogido ella. Hemos llegado al acuerdo de que alternaríamos nuestros gustos y Bella elegirá un día y otro yo.

Acaricio su nuca con las yemas de los dedos sin prestarle mucha atención al televisor, algo lógico teniéndola así de cerca.

—Bella, podríamos ir este fin de semana a la zona de... —Llaman a la puerta. ¡Qué raro!, no esperamos ninguna visita, los chicos me dijeron que vendrían el mes que viene y se quedarían hasta que nazca el bebé para estar a nuestro lado.

—¿Será algún periodista? —susurra tras apagar el reproductor.

—Lo dudo, el portero del edificio sabe que no puede pasar nadie sin permiso —le indico, y me levanto con la intención de averiguar quién es.

Echo un fugaz vistazo a Bella por encima del hombro antes de girar el pomo. Está espléndida. Su cabello luce con más brillo que nunca, su piel se ha vuelto más suave y sensible al tacto. Pero lo que más aprecio del cambio que ha sufrido en estos meses no es sobre su físico, el cual me pone como una moto, sino la sonrisa que me regala cada mañana al despertar a su lado.

Vuelven a llamar con insistencia, y resoplo al abrir. Me quedo de piedra al encontrarme de golpe con el padre de Bella.

Tu suegro, será mejor que te cubras las pelotas con las manos.

Y, por muy estúpido que haya parecido el consejo de mi conciencia, le hago caso y me llevo las manos al paquete.

—Hola, suegro. ¿Vienes a darnos tu bendición o tienes algún nuevo encargo para tu hija? —inquiero, sarcástico, teniendo en cuenta todo lo que le dijo a Bella que hiciese para conocer los planes de Dana.

—Strom, deja de manosearte delante de mí. He venido a hablar con Adabella —sentencia, firme.

—¿Papá? —Escucho la voz de mi esposa y veo que se levanta del sofá como un resorte. Al instante compruebo que parpadea y se lleva la mano a la cabeza. ¡Mierda!

Corro en su dirección para sujetarle de un brazo y ayudarle a sentarse de nuevo. He estado pendiente de su dieta tal y como aconsejó el médico para evitar en la medida posible que los mareos y los vómitos fueran a más. Y por suerte ha mejorado, ya no los sufre tan a menudo como al comienzo, pero eso no quita que debe tener cuidado con determinados movimientos bruscos.

—¿Os encontráis bien, *Álainn*? —le pregunto, preocupado, al comprobar que observa a su padre sin un ápice de color en su rostro.

—Sí, lo estamos —responde sin dejar de mirarlo—. ¿Qué haces aquí, papá?

—He venido a ver a mi hija, ¿tan extraño es?

—Sí, teniendo en cuenta que llevamos sin hablarnos meses —alega ella.

Me aseguro de que Bella está cómoda y reparo en el gesto de desaprobación que pone el señor O'Connell con la cara al fijar la mirada en su hija. ¿Es por ella, por mí o es por el bebé?

Le susurro al oído a Bella si quiere hablar con él a solas para que estén más relajados sin mi presencia, y niega con la cabeza. Para darle mayor énfasis, me sujeta de la mano con fuerza y, de esa manera, me deja claro que no quiere quedarse sola.

—Tranquila, no me iré. —Le devuelvo el gesto apretándole la mano.

—¿Qué es lo que quieres, papá? —Bella insiste de nuevo, de manera forzada y tensa.

—Yo... —La mirada del señor O'Connell pierde intensidad, expulsa una bocanada de aire antes de seguir hablando y vuelve a mirarnos a los ojos—. ¿Puedo sentarme? —Señala el hueco que está al lado de su hija.

¡Joder! El señor O'Connell pidiendo permiso para algo. ¿Dónde está mi móvil? ¡Esto hay que grabarlo!

—Puedes —le apremia Bella, y él lo hace.

—Enterarme por la prensa de que voy a ser *abuelo* me ha dado qué pensar en estos meses. —Mi esposa abre la boca, quizá con la intención de decirle que el mismo se lo buscó, pero él realiza un gesto con la mano para que le permita continuar—. Lo sé, me lo merezco. No sé en qué momento dejé de ser un buen padre. O sí. Nunca hemos hablado de mamá y del cambio que supuso en nuestras vidas perderla tan pronto. Te alejé de mi vida enviándote a colegios, porque me recordabas demasiado a ella, y eso no fue justo para ti.

—Papá... —La tristeza con la que ahora lo menciona me recuerda el momento en el que me contó lo duro que fue para ella perder a su madre por un cáncer fulminante.

—No lo he hecho bien, lo sé, y lo lamento mucho. He sabido dónde estabas desde la primera vez que hable con Anna. Conozco las tretas de mi hermana y sé cuando intenta engañarme. He venido para asegurarme de que eres feliz y que este hombre te cuida como debe ser. —Me mira entrecerrando los ojos.

—Lo soy, mucho —le asegura ella, y mi pecho se hincha de orgullo.

—No pretendo con esto que vuelvas a la empresa, te juro que no existe ninguna doble intención por mi parte, tan solo quiero recuperar a mi hija —termina reconociendo él con la mirada afligida.

Bella me suelta la mano y se abraza a su padre con los ojos bañados en lágrimas. Los observo en silencio y me alegro de que la reconciliación entre ambos sea de esta manera. Puede que el señor O'Connell sea un capullo integral, pero será bienvenido a nuestra familia si quiere a su hija, mientras no le haga daño.

—Bueno, tengo que volver a Londres esta misma noche —nos informa él,

levantándose del sofá—, pero me gustaría estar para el nacimiento de mi primer nieto —le solicita de manera encubierta su aprobación.

—Me encantará que estés con nosotros —le dice ella.

Ayudo a Bella a levantarse, y acompañamos al padre a la salida para despedirnos. Con decisión, él se da la vuelta justo cuando está bajo el marco de la puerta.

—Una cosa más, se me olvidaba comentaros que he mantenido una pequeña charla de lo más amistosa con Ray Larson. —Mi rostro muta por completo al escuchar el nombre de ese cabrón—. No me gustó para nada que te mencionase en los medios de comunicación, ni que pusiera en entredicho tu reputación.

Poso la palma de la mano en la espalda de Bella al notar que está conteniendo el aliento a la espera de saber de qué hablaron, así que decido intervenir.

—Bella es mi esposa, la futura madre de mi hijo. Me importa una mierda lo que le haya dicho ese malnacido —declaro con rotundidad.

—Lo sé —afirma.

—¿Qué, qué te ha dicho? —murmura Bella, llena de asombro.

—Es curioso lo rápido que es capaz de decir la verdad un hombre cuando su carrera discográfica pende de un hilo. —El señor O'Connell suelta una carcajada, y me quedo un tanto aturdido—. Cariño, te prometo que pensé que me daría un ataque de risa cuando le escuché admitir que le habías vomitado al besarte. Me confesó que ni siquiera os acostasteis, te quedaste dormida sobre la cama, y él aprovechó para quedarse para molestarle a él. —Me señala con el dedo.

Conmocionado ante la noticia, me giro para mirar a Bella a los ojos.

—Henry, es tuyo... —menciona Bella en un susurro.

—¡Joder, por supuesto que lo es! —La beso sosteniendo su rostro entre las manos, lleno de alegría.

No me doy cuenta del momento en el que el padre se aleja por el pasillo dejándonos a solas, tan solo me centro en la felicidad que me invade.

27. Vida

ADABELLA

Henry me acerca en coche hasta un local bastante conocido del centro en la zona de Temple Bar, porque las chicas han viajado desde Londres para verme. Han insistido en que debía salir de casa, y mi esposo, aunque últimamente no se aleja ni un segundo de mí, ha estado de acuerdo con ellas.

—No te olvides de beber suficiente agua que luego te dan mareos —indica preocupado—. Y no permitas que te líen hasta las tantas, tienes que descansar... —prosigue.

—Sí, papi —me burlo de él, poniendo un tono de voz infantil, mientras disminuye la velocidad y aparca—. No debes preocuparte, estaré bien.

Me despido dándole un beso fugaz en los labios y abro la puerta para salir con rapidez, estoy ansiosa de volver a ver a Alice, Mey y Em.

Desde la acera escudriño con atención por si las reconozco entre los viandantes y sonrío al verlas sentadas en una de las mesas de la terraza.

—¡Dios, estás enorme! —suelta Mey, al verme—. ¿No te faltan dos meses aún?

Me llevo las manos a la barriga y frunzo el ceño. Estoy embarazada, ¿qué se espera? Alice reacciona con audacia y reprende a la rubia dándole un codazo.

—No le hagas caso, estás preciosa —asegura ella.

—¿Ya sabéis si es niño o niña? —pregunta Em, que se levanta para cederme su asiento y arrimar otra silla a la mesa para sentarse ella.

—No hay manera, está siempre en una posición que no se le ve —les comento—. Pero basta ya de hablar de mí, ponedme al día de una vez. —Fijo la mirada en Em—. ¿Te has decidido de una vez? ¿Vas a mudarte?

Exhala antes de darme una contestación y mira de reojo tanto a Alice como a Mey, que esperan impacientes una respuesta.

—¿Os conté que le pedí un tiempo? —Las chicas asienten con la cabeza, pero se mantienen en silencio, expectantes—. Bien, pues me lo concedió, ha estado durante todos estos meses viniéndome a buscar a mi apartamento y dejándome en la misma entrada al finalizar cada salida que hemos tenido. Siempre he vivido bajo la atención de mi padre y quería conocer lo que es ser una persona autosuficiente. Mi reticencia a vivir con él era porque pensaba que todo cambiaría si aceptaba, pero he tomado la decisión de transigir y decirle que sí —nos revela con una sonrisa en los labios.

—¡Hostia! —exclama Mey—. ¿Os dais cuenta de que seremos todas vecinas?

Ante la espontaneidad de la rubia, estallo con una sonora carcajada que termina siendo acompañada por el resto.

Los minutos vuelan con rapidez entre confidencias y anécdotas que les han ocurrido a los pequeños Peter y Awen. Mey nos confiesa que Alex y ella siguen intentando aumentar la familia, pero que ya no se agobia tanto con la idea. «Lo que tenga que ser, será», concluye.

Alice, al contrario, no deja de estar atenta al móvil durante el tiempo que compartimos. Su hija, Awen, se ha quedado en Londres con Martha y Charles, que insistieron en que se harían cargo de su nieta hasta que viajasen a Dublín en un par de semanas.

Es algo a lo que no acabo de acostumbrarme. Es increíble con que facilidad se arropan los unos a los otros, y me siento enormemente afortunada de que me hayan aceptado en su familia con tanta naturalidad.

HENRY

Aprovechando que Bella está con las chicas, me dirijo a la dirección que me ha facilitado Max para reunirnos. Y, aunque no pienso decirle lo acertado que ha sido con su decisión, me gusta el local que ha elegido. Es uno de los pubs más turísticos de la ciudad, Toner's; allí sirven la mejor pinta de Guinness Stout de todo Dublín, emplean más de dos minutos para servirla con su característica fina capa de crema.

Conduzco bordeando el río Liffey, que riega la acogedora zona de Temple Bar, y llego al Samuel Beckett Bridge de Calatrava, que une las dos orillas, pero no lo cruzo. Continúo el trayecto por la Cardiff Lane Street y, cuando estoy cerca de mi destino, empiezo a buscar un lugar donde estacionar.

Me bajo del coche y camino observando los contrastes que brinda la ciudad de Dublín: cielos húmedos y nublados que en un instante cambian a intensos y limpios azules, parques verdes, ríos, canales, y numerosas iglesias de piedra negra, cuyas torres emergen por encima del resto.

Las fachadas de los edificios de ladrillos oscuros y apagados, con las puertas de maderas y los ventanales pintados en vivos y chillones colores, que resaltan pese a las nuevas edificaciones de cristal que renuevan la ciudad.

De alguna manera, aún sin haberme criado aquí, me siento ligado a esta tierra, a la pasión que transmiten sus gentes, y su alegría.

Al entrar en el pub, lo primero que vislumbro es la enorme barra de madera y una decena de grifos de cerveza, entre las que repite la omnipresente Guinness. Pintas de color rojo intenso de la variedad Stout llenan las jarras de los clientes, que degustan con calma el líquido, mientras charlan sobre el último partido de Hurling (un deporte autóctono desconocido en otros lugares, pero una religión aquí).

Por un instante, me imagino mostrándole todas estas cosas a mi futuro hijo o hija. Me encantaría que conociera sus raíces, y pensar en eso me llena de

orgullo.

Salgo de mi estado en el momento en el que Adam y Alex dan un grito al unísono desde el fondo del establecimiento para avisarme de donde se encuentran. Están sentados en una mesa acompañados de John y Max.

—¿Habéis hecho lo que os pedí? —les pregunto, incluso antes de tomar asiento.

—Joder, *bro*. Ni un ¡cuánto tiempo!, ni un os he extrañado...

Max se mete conmigo, y aprovecho para devolvérsela al instante. Modifico las facciones de mi rostro y pongo cara de tristeza. Me llevo la mano al pecho y finjo un llanto, mientras digo:

—¿Cómo me dices eso?! Con lo mucho que yo os quiero. —Me retiro una lágrima imaginaria de la mejilla y cambio de nuevo el tono de voz—: Ahora, decidme si Mey ha podido terminar de decorar la habitación que os pedí, para que Bella no me siga volviendo loco con el tema.

—Sí, pesado, te lo aseguré ayer y te lo vuelvo a repetir en persona hoy —afirma Alex, dando un sorbo a la bebida que tiene en la mano—. A mi Diosa le ha gustado volver a realizar el trabajo que tanto le gusta, le he animado a que monte su propia empresa de decoración.

—¿Crees que te hará caso? —indaga Adam.

—Mey terminará haciendo lo que le dé la gana, es algo que siempre he admirado en ella, aunque estoy convencido de que, si se anima, le irá bien. Es una gran profesional.

Oír a mi amigo hablar de su pareja y de lo feliz que es realizando el trabajo que ama me recuerda lo mucho que Bella ha sacrificado en el espacio de tiempo en el que me conoció. Levanto la vista, John me observa con su típica mirada, una que me notifica que sabe que algo me sucede.

—Chicos, se me ha ocurrido una idea —suelta de repente él—. En unos

ocho meses el contrato que nos une a Jeremy llega a su fin, y es necesario que busquemos a un nuevo mánager.

—Alguien en quien confiemos —aconseja Adam.

John continúa manteniéndome la mirada y, al ver que no digo nada, levanta una ceja. Frunzo el ceño sin saber qué pretende.

—Me pregunto quién podría acompañarnos en los futuros eventos y ser todo lo contrario a nuestro querido Jeremy... —comenta Max, dirigiendo sus ojos directamente hacia mí—. ¡Joder, tío! ¿No te das cuenta?

—¿De qué?

—¡Bella! Ella podría ser nuestra mánager —expone John como si se le acabara de ocurrir, cosa que dudo mucho.

—¿Estáis todos de acuerdo en ofrecérselo a Bella? —cuestiono, incrédulo.

—Tío, el matrimonio te ha vuelto más idiota de lo que eras. —Se ríe Max—. ¡Claro que sí!

A la noche, tumbado en la cama junto a la mujer que amo, poso la palma de la mano en su vientre y siento las pataditas que lanza nuestro bebé en su interior. Acabo de contarle a Bella lo que los chicos han propuesto, y se ha puesto a llorar, y, aunque me asegura que es de felicidad, no me agrada ver lágrimas en su rostro.

—Te amo, Henry —me susurra, y coloca la cabeza en el hueco de mi cuello mientras se arrima más a mi cuerpo.

—Yo también te amo, *Álainn*.

ADABELLA

Dos meses después.

—No puedo, no puedo, no puedo... —lloriqueo, quejándome de dolor.

Niego con la cabeza una y otra vez sin dejar de repetirlo, mientras Henry me pasa una gasa por la frente para retirarme el sudor.

No tengo ni idea de las horas que llevo en la sala del hospital, las contracciones son cada vez más fuertes e insoportables. Por alguna absurda idea dije que sí cuando me preguntaron si quería tener un parto natural.

«¡Quiero la maldita epidural!».

—Sí que puedes, mi amor, eres maravillosa —me anima, poniéndome ojitos.

—¡Te odio! No pienso dejar que vuelvas a ponerme las manos encima, ya puedes ir alejando tu enorme polla de mí, Strom. —Aumento el volumen de mi voz al sentir una nueva contracción. Intento respirar, pero hasta eso me genera un esfuerzo sobrehumano.

—Espero que sea una broma. —Su rostro se contrae con la idea—. ¿No lo dirá en serio, Doctor? —Una pequeña risa de fondo es la respuesta que recibe.

Miro al equipo médico que no deja de merodear entre mis piernas, esperando que me digan que falta menos.

—¡Empuja con fuerza! —me grita la matrona cuando ve asomar la cabecita del bebé, y me dan ganas de darle una patada en la boca para que deje de dar órdenes. No obstante, la obedezco con la única idea de sostener entre mis brazos a mi bebé.

Cuando creo que ya no voy a poder seguir más, el sonido de un llanto me devuelve a la realidad. Parpadeo con cansancio y siento cómo Henry me besa en los labios.

—Eres toda una campeona —me halaga—. ¿Quieres sostener a nuestro hijo entre tus brazos?

—¿Es un niño? —pregunto sin casi mover los labios.

—Un precioso hombrecito —me indica, mientras posa en mi pecho al pequeño, al que rodeo con el brazo por miedo a que se caiga.

Los ojos se me llenan de lágrimas, y apenas me entero de lo que sucede a mi alrededor, ya que no dejo de observar a mi pequeño, llena de emoción. Es muy pequeñito, con el pelo cobrizo y la naricita redonda. Me entran ganas de llorar, pero no sé si es debido al esfuerzo que he realizado o a la inexplicable conexión que siento con él.

¿Cómo es posible que sienta tantas cosas al mismo tiempo?

Noto que la camilla se mueve. Henry no se ha separado de mi lado en ningún momento y me sostiene la mano caminando al mismo ritmo para seguir agarrado a mí.

Alterno la mirada entre nuestro bebé y él, que no deja de sonreír.

—¡Es un niño! —grita de repente, y me percató que en el pasillo está todo el mundo: mi padre, tía Anna, mi primo y los chicos del grupo con sus respectivas parejas. Incluso, los padres de Adam, los Fuller.

—¿Qué nombre habéis escogido? —pregunta con interés Adam, que abraza de la cintura a Alice.

En ese instante, dirijo la mirada a mi esposo, aún no lo hemos decidido, pero como diga «Elvis», lo mato.

—Pues el asunto es que aún no... —duda, riéndose mientras se toca la nuca.

—Enhorabuena, papi, ya tienes todo un campeón al que criar —le interrumpe Alex, dándole una palmada en la espalda, pero Henry, más allá de responderle, agranda los ojos y me mira como si se hubiese dado cuenta de algo.

—¡Campeón, claro! —expresa de repente—. *Álainn*, ¿qué te parece Neill?

«Neill...».

Observo a mi pequeño que mueve la boquita de una manera muy graciosa y me percato de que, en efecto, es todo un campeón. Me gusta la idea de ponerle un nombre irlandés, y asiento.

—Familia, os presento a Neill —les presenta con orgullo su padre.

Sonríó al ver cómo le dan un abrazo felicitándole cada uno de sus amigos.

Ni que hubiese estado él casi catorce horas para parir...

Mi tía Anna me da un beso en la mejilla y se aleja dejándome espacio. Antes de marcharse, me dice que volverá mañana a visitarme, pero que debo descansar, porque lo necesitaré. Papá me sonríe y acaricia la manita de Neill antes de despedirse también.

Por su lado, mi primo Nate muestra una sonrisa un tanto traviesa y se inclina para hablarme al oído.

—Estoy orgulloso de ti, pecosa, sé que no es el momento ideal, pero...

—Realiza una pausa, dirige la mirada a uno de los integrantes de Slow Death, e intenta sonsacarme—: Dime que ese rubio macizo es gay.

Me río por lo bajo sintiendo dolor, niego con la cabeza e intento no volver a reírme.

—Lo siento, pero creo que John no es gay —le comento, y él pone cara de fastidio.

—¿Bi? —insiste con algún tipo de esperanza.

Me quedo pensativa un instante, Nate se me queda mirando con demasiado interés en conocer lo que opino. Pero la realidad es que John es un desconocido para la prensa, siempre ha mantenido su vida privada alejada de ellos, y, aunque en alguna ocasión alguna *groupie* ha manifestado haber estado con él, siempre ha sido muy cauteloso y jamás se le ha visto con nadie.

—Eso es un... —Nate espera a que le diga algo.

—Nate creo que es *hetero*, no tienes nada que hacer... —Mi boca se abre

de golpe dando un bostezo.

La manera con la que sonrío mi primo me hace temer lo peor, pero soy incapaz de reprocharle nada. Estoy agotada.

—Chicos, nos vemos mañana, voy a cuidar de mi familia. —Henry se aleja de sus amigos y me acaricia la mejilla.

Familia, esperanza, ilusión, amor...

Jamás creí que conseguiría hallar la felicidad, y menos con él, con el alocado y divertido batería de Slow Death, Henry Strom. Pero la vida siempre nos da sorpresas, y esta ha sido maravillosa.

Epílogo

JOHN

Distraído, camino con las llaves en la mano por el *parking* del edificio, donde reside tanto Henry como Bella, mientras medito sobre cómo han cambiado las vidas de mis amigos, que han alcanzado la felicidad junto a sus parejas. He venido a hacerles una última visita para charlar sobre la vuelta a Londres.

Doy con mi coche y me dispongo a abrir la puerta del conductor, pero el sonido de un mensaje entrante en el móvil me distrae. Lo más seguro es que sea ella, debería de hablar con los chicos y comentarles la verdad; así y todo, sé que no la aceptarán.

Leo con atención el *wasap*. ¿Está aquí?

Observo a mi alrededor por si la veo, pero, en su lugar, me asalta por sorpresa la persona que menos me imaginaba encontrar. Me besa con euforia y rudeza sin mediar una sola palabra antes. Los latidos de mi corazón no dejan de retumbarme en los oídos, mientras siento cómo mi miembro se pone duro a medida que aumenta la excitación.

Sé que debería alejarme o, quizá, rechazarle. No obstante, en su lugar, lo sujeto de la nuca atrayendo su cuerpo más al mío y abro la boca aceptando el placer que corre por mis venas.

Cuando creo que voy a explotar, se separa un poco y me sonrío. Nuestros pechos suben y bajan con rapidez, me falta el aliento.

—Sabía que no podía estar tan equivocado contigo... —me insta Nate. Tengo la intención de preguntarle a qué demonios ha venido esto cuando escucho a mi espalda un jadeo, me giro y la veo.

—Dana... —murmuro, aturdido.

La periodista escruta de lo más meticulosa a Nate para, luego, fulminarme con la mirada, se da la media vuelta y emprende la huida dirección a la salida.

—No me habré metido en una relación, ¿no? —Ladeo la cabeza observando de nuevo a Nate, se ha puesto colorado, y el arrojo que mostró hace un instante al besarme parece que se ha marchado.

—No es... —Me quedo pensativo un segundo y decido modificar la frase—. No es fácil de explicar.

—Eso quiere decir que existe la posibilidad de... —Da un paso al frente, y su sonrisa vuelve a aparecer.

Me agacho para recoger las llaves de coche, que cayeron al suelo cuando él apareció, y abro la puerta. Antes de subirme, lo miro de nuevo y expulso una bocanada de aire.

—Mañana vuelvo a Londres. Esto no volverá a ocurrir —le explico, y cierro la puerta para arrancar el motor.

Para mi sorpresa, él da unos pequeños golpes a la ventanilla, y pulso el botón para que el cristal descienda.

—Supongo que mi prima no te lo ha dicho aún, pero me mudo a Londres. —Me guiña un ojo y se aleja, dejándome totalmente descuadrado.

¡¿Qué?!

«Tu serenidad será perturbada para bien cuando menos te lo esperes». Las palabras de mamá Fuller regresan a mi mente, niego con la cabeza. Por primera vez, me planteo que se ha podido equivocar, porque *esto* no presagia nada bueno.

Continuará...

La decisión de John

Slow Death 5